

**Editorial**

**Informe**

De la formación permanente a la pastoral sacerdotal.  
Pbro. Guido Villalta Loaiza

**Informe**

La formación permanente como actitud espiritual. Pbro. Alain Viret

**Informe**

Formación sacerdotal permanente. Pbro. Horacio J. Alvarez

**Teología**

Los ministerios ordenados y su importancia en la vida de la iglesia.  
P. Eduardo Perez - Cotapos Larraín ss. cc.

**Espiritualidad**

Sacerdotes de corazón. Hna. María Josefina Llach, aci.

**Pastoral**

Ministerio e inculturación. Mons. Jorge Casaretto

**Formación Humana**

De plástico: rutina, cansancio, insatisfacción. Pbro. Víctor Fernández

**Testimonio**

La enfermedad es un gran don de Dios. Mons. Jorge Novak

**Semblanza**

Breve semblanza del padre Manuel Moledo. Carlos Alberto Sabatté  
Homilía del Cardenal Antonio Quarracino

**Recensiones**

**Noticias**

## EDITORIAL

---

Desde estas páginas hemos aludido en varias oportunidades a la formación sacerdotal permanente. Es más, “Pastores” nace como un servicio a la misma, según el subtítulo de nuestra publicación: “Cuadernos para la formación sacerdotal permanente”. Estamos convencidos de que se trata de una dimensión esencial de nuestra vida ministerial; convicción confirmada -además- por la enseñanza de la Iglesia y la experiencia cotidiana de nuestros presbiterios.

Transcurridos ya varios años desde que se dieron algunos hitos significativos para este tema (Sínodo sobre la formación sacerdotal; Exhortación *Pastores dabo vobis*; varias reuniones nacionales y regionales) podemos decir que -usando la jerga periodística- el tema de la formación sacerdotal permanente “está instalado” entre nosotros. Esto es motivo de alegría y serena confianza de cara al futuro. Sin embargo, debemos ser conscientes que en esta materia, como en tantos otros campos de la vida de la Iglesia, no basta con reconocer la validez y vigencia de un tema; no basta con estar “preocupados” por algo; se trata de “ocuparse” en la búsqueda de respuestas a los desafíos planteados. Por tanto se hace necesario avanzar, sin prisa y sin pausa, en algunas acciones concretas que ayuden a nuestros cleros en este específico servicio pastoral. Gracias a Dios, y a la respuesta generosa de muchos, hay gran cantidad de iniciativas, a distintos niveles y con distintos resultados. Algo de ello hemos ido reflejando en varios números de “Pastores”.

Queremos seguir apoyando este esfuerzo que consideramos de gran provecho para todo el pueblo de Dios. Este es el sentido de nuestra insistencia, puesta de manifiesto en cada número que publicamos. En el presente ofrecemos un Informe que contiene tres notas ligadas por el tema común. La ponencia del Pbro. Guido Villalta Loaiza, Secretario Ejecutivo del Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM (DEVYM), “*De la formación permanente a la pastoral sacerdotal*”. Esta conferencia fue presentada en la reunión de Comisiones de Ministerios de América Latina y el Caribe, organizada por el DEVYM, el pasado mes de diciembre. Se describe el camino que se viene haciendo a nivel continental en orden a una perspectiva cada vez más amplia y abarcativa del “cuidado pastoral” de los sacerdotes. Las otras dos notas contienen sendas reflexiones sobre aspectos particulares de la formación permanente. El Pbro. Horacio J. Alvarez, de la Arquidiócesis de Córdoba y miembro de nuestro equipo de redacción, hace algunas consideraciones sobre la formación permanente del clero joven; el Pbro. Alain Viret, de la diócesis de Annecy (Francia), aborda la formación permanente como actitud espiritual, que abarca todas las dimensiones de la vida presbiteral. El Informe en conjunto y cada una de las notas que lo integran ofrecen elementos “teñidos” por la propia experiencia eclesial y el contexto en el cual desarrollan su ministerio los autores. Creemos que a todos puede resultarnos provechoso enriquecernos con estos elementos, que amplían nuestro horizonte y nos sugieren pistas concretas de acción.

Otra convicción de quienes llevamos adelante “Pastores” es el carácter central y “vertebrador” de la dimensión espiritual de la formación permanente. De allí que siempre hayamos procurado incluir en nuestra publicación artículos que ayuden a nuestros lectores a progresar en el camino espiritual. En esta oportunidad contamos con la colaboración de una

religiosa que nos propone elementos de reflexión desde su condición de mujer consagrada. Se trata de la Hna. María Josefina Llach, Esclava del Sagrado Corazón, quien ha escrito el artículo “*Sacerdotes de corazón*”. Los pastores necesitamos escuchar y aprender de los demás miembros del pueblo de Dios.

Hemos percibido la buena acogida que ha tenido la publicación de semblanzas sacerdotales. Procuraremos continuar con esta sección. A todos nos hace bien ver cómo el Evangelio ha sido vivido por otros hermanos; cada uno destacando algún rasgo más significativo del “Buen Pastor”. También hoy la formación permanente necesita de modelos que nos muestren un rumbo. En esta ocasión presentamos la figura sacerdotal de Mons. Manuel Moledo, “el Padre Moledo”, quien marcó con su predicación y testimonio a varias generaciones de católicos argentinos.

Buscando aportar elementos para una reflexión sistemática sobre nuestra propia identidad, publicamos el artículo titulado “*Los ministerios ordenados y su importancia en la vida de la Iglesia*”, del P. Eduardo Pérez Cotapos, ss.cc. Se trata de una conferencia ofrecida en la reunión de Comisiones de Ministerios del Cono Sur, que fue organizada por el CELAM y tuvo lugar en Santiago de Chile en mayo de 1996. En este mismo sentido ofrecemos el aporte de dos obispos, Mons. Jorge Casaretto (Obispo de San Isidro) y Mons. Jorge Novak (Obispo de Quilmes), quienes comparten con nosotros sus reflexiones pastorales, ayudándonos a avanzar en el camino de la fidelidad desde la propia vida y el ejercicio cotidiano del ministerio.

Atentos a no descuidar la dimensión humana de la formación permanente hemos querido transcribir la reflexión sencilla y profunda del Pbro. Víctor Fernández, publicadas en el Boletín Diocesano Río Cuarto, a raíz del cansancio y la rutina en la vida ministerial. Aunque localizadas en su realidad particular, se proponen orientaciones que pueden ser de provecho para muchos.

El jueves santo, en el marco de la misa crismal, los sacerdotes somos invitados a renovar las promesas sacerdotales. En la vigilia pascual, con todos los fieles, renovamos las promesas bautismales. En este clima de “vida nueva” al que nos invita la Pascua, quienes hacemos “Pastores” queremos llegar a todos nuestros lectores para ofrecerles este modesto aporte. El Señor Jesús, que “hace nuevas todas las cosas”, nos ayude a renovarnos para un servicio cada día más fiel y generoso.

## **INTRODUCCIÓN**

Mucho se ha escrito, hablado y comentado en nuestra Iglesia, en estos últimos años sobre la Formación Permanente y la Pastoral Sacerdotal. He leído algo de lo mucho que se ha escrito. Eso, unido a lo que he logrado experimentar y ver en algunas partes, es lo que sencillamente les quiero transmitir. Eso quiere decir que no pretendo ser muy original con la presente exposición, ni busco decirles muchas cosas nuevas. El objetivo de esta reflexión consiste en hacer presente ante ustedes, algunos aspectos de lo que es y deberá ser la pastoral sacerdotal, desde diversos puntos de vista.

Dado el objetivo de nuestro Encuentro, creo que sí es importante considerar los aspectos básicos de contenido de la Pastoral Sacerdotal, las implicaciones que lleva consigo, las personas involucradas en la misma y lo que la Iglesia nos ha dicho y quiere de nosotros en este servicio que prestamos. Sé, por otra parte, que el gran cariño con que cada uno de ustedes trabaja en su propio país, al servicio del clero, les hará disculpar la falta de pericia de quien les habla, y enriquecer con sus aportaciones todo lo que pueda faltar a la presente reflexión.

En cuanto al título: De la Formación Permanente a la Pastoral Sacerdotal, ha sido puesto en forma deliberada, ya que pretendo descubrir algunos matices que nos hagan ver un cierto proceso y camino de clarificación. No es mi intención, como es obvio, contraponer la Formación Permanente a la Pastoral Sacerdotal, sino buscar un lenguaje común.

## **I. RECORRIENDO UN CAMINO CON EL CELAM**

### **1.1 Encuentro Latinoamericano sobre Seguridad Social del Clero (Petrópolis 1972)**

Este primer Encuentro Latinoamericano concluyó con un pequeño Documento dividido en tres partes, precedidas por una Introducción.

- a. La primera parte constata los hechos y manifiesta que en los distintos países ha surgido la inquietud de resolver el problema y poner en marcha algún sistema de Previsión Social para el Clero. El caminar de los países, sin embargo, es diverso.
- b. La parte doctrinal está fundamentada desde el Génesis, manifestando que Dios con su Providencia creó al hombre a su imagen y semejanza y lo rodeó de los bienes necesarios para subsistir. Manifiesta que no va en contra de la pobreza de la Iglesia, y que el ser humano no sólo debe **evitar un Providencialismo sin previsión, sino también un previsionismo sin Providencia**.
- c. La tercera parte propone una serie de recomendaciones en las que sobresale la inclusión de los religiosos y de Agentes de pastoral. Todo debe ser fruto de una conciencia de fraternidad. El documento concluye alabando la actitud del CELAM por organizar este tipo de Encuentros, los cuales deben darse con alguna frecuencia.

### **1.2 II Encuentro Latinoamericano sobre Previsión Social del Clero (Caracas 1973)**

---

<sup>1</sup> El autor, sacerdote de Costa Rica, es Secretario Ejecutivo del Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM.

Participaron en este encuentro los Presidentes de las Conferencias Episcopales y los Secretarios Generales, los Obispos miembros del DEVYM y un grupo de expertos. También este Documento además de la Introducción, tiene tres partes bien definidas:

- a. **Fundamentación teológica:** Se empeña en clarificar desde la teología y la Biblia y desde el Magisterio de la Iglesia, los grandes criterios que deben animar el trabajo por la previsión social y la sustentación del clero. Enfatiza que no es un elemento puramente capitalista liberal, en el que impera el concepto de lucro como bien exclusivo del individuo, sino que aquí busca facilitar la disponibilidad de los presbíteros, liberándolos de la angustia económica pero sin prometerles enriquecimiento, a fin de que puedan estar completa y eficientemente entregados al servicio de los hermanos.
- b. La segunda parte sustenta y desarrolla el proyecto concreto de un Plan para la previsión y sustentación del clero, conocido y explicado por expertos en sus detalles.
- c. La tercera parte de Recomendaciones, desarrolla la necesidad de que sea implementado el plan en los diversos países, con ayuda de expertos en la materia.

Como conclusión vale la pena señalar que los responsables de conducir esta reflexión caen en la cuenta de que la Previsión Social del Clero y la Sustentación del Clero están íntimamente relacionados, y que no pueden estudiarse el uno sin el otro. Finalmente se toma conciencia de que ambos forman parte de un problema más amplio: El problema global de la economía de la Iglesia.

### **1.3 Animación del Presbítero comprometido en la Pastoral Diocesana (Caracas 1975)**

Este Encuentro, conocido también como el Primer Encuentro Latinoamericano sobre animación espiritual del Presbítero, produjo un pequeño documento, efectivamente haciendo un plan de trabajo para dicha finalidad. Está dividido en cuatro partes:

#### **1.3.1 Diagnóstico de la realidad del presbítero**

- Vida personal
- Vida de equipo
- Compromiso sociopolítico
- Formación espiritual desde el Seminario.

#### **1.3.2 Enfoque Orientador**

- La misión total de Cristo
- La misión de la Iglesia
- La misión del Presbítero
- Rasgos fundamentales de la misión de la Iglesia y del Presbítero.

#### **1.3.3 Objetivos**

- Objetivo General: Promover la esp. del Presbítero para su plena realización.
- Objetivos Particulares: Que el CELAM tenga un Equipo móvil para animar.

#### **1.3.4 Aspectos Operativos**

- Actividades en general
- Actividades en diversos niveles
- Recursos
- Control y evaluación.

El lenguaje que se utiliza parece bien encarnado en la realidad y el concepto de espiritualidad que se maneja, también. Hay un énfasis en el aspecto socio-político, muy comprensible, dada la situación que se estaba viviendo en esa década (veremos adelante). Curiosamente, su lenguaje tiene mucha proximidad con elementos de pastoral sacerdotal.

#### **1.4 Primer Encuentro Latinoamericano de Formación Sacerdotal Permanente (Caracas 1977)**

En el mes de Mayo de 1977, el DEVYM organizó en Caracas, este Primer Encuentro sobre F.S.P. El Objetivo General de dicho encuentro fue éste: «Estudiar y Promover la Formación Permanente del Clero en América Latina: su realidad, su problemática y las posibles soluciones».

El Documento final de dicho encuentro abrió caminos y dio origen a numerosas iniciativas en diversos países. En aquel entonces se logró unificar cierta terminología. Se habló entonces de:

Educación profesional permanente:

- Hombre de Dios

Educación personal permanente:

- Persona Encarnada

Educación popular permanente:

- Miembro de una comunidad

El Documento consta de cuatro partes estrecha-mente relacionadas entre sí:

- a. El punto de partida es la noción de Formación Permanente, objetivo del encuentro, que análogamente se aplica al mundo sacerdotal. Como guía se tomó la reflexión elaborada por la Asamblea de Obispos-Sacerdotes celebrada en España en 1971.
- b. En seguida se explicitan algunas facetas de la realidad latinoamericana globalmente considerada, en las que se ven unos retos para la acción pastoral del sacerdote evangelizador, primer agente y sujeto de la formación permanente.
- c. La tercera parte busca iluminar la realidad global que hay que clarificar y dentro de la cual se quiere implementar una formación permanente. Son los grandes criterios teológicos, psicológicos, espirituales y pastorales, para que dicha formación sea realista e integral.
- d. Finalmente, en la cuarta parte aparecen, en forma de plan, los objetivos, criterios, programas, proyectos, recursos, etc. que faciliten el camino concreto hacia la formación permanente del clero latinoamericano y del Caribe.

Destaca la novedad del tema: Formación Permanente. Recordemos que se trata de 1977.

#### **1.5 Bienestar Humano y Seguridad social del Clero (Bogotá, Marzo de 1985)**

Con la participación de 18 países y con una presencia muy clara de ADVENIAT en las personas de cinco directivos, se realizó este encuentro cuyo objetivo fue: «Señalar caminos para mejorar el bienestar humano y la seguridad social del clero diocesano, y de esta forma, facilitar su compromiso con la Iglesia en América Latina y fortalecer la solidaridad sacerdotal».

El trabajo consistió fundamentalmente en analizar la realidad y buscar proyección en torno a tres temas: **Bienestar humano - Seguridad social - Pastoral sacerdotal.**

Cabe destacar en este Encuentro que no se toma únicamente el aspecto humano y material de la Seguridad social, sino que se abarca el elemento del cuidado Pastoral del Sacerdote, incluso con una de las ponencias. Este es un hito importante en la progresividad de la reflexión.

### **1.6 Encuentro de Expertos sobre El Abandono del Ministerio (Bogotá 1985)**

Este encuentro de Obispos con expertos en el tema, fue realizado en Santafé de Bogotá del 5 al 8 de Noviembre de 1985, con el fin de estudiar las causas del Abandono del Ministerio Presbiteral. El trabajo está dividido en tres secciones:

#### **a) Causas del Abandono.**

- Cambios socio-culturales
- Cambios dentro de la Iglesia
- Problemática personal del Presbítero

#### **b) Grandes tendencias en la Iglesia.**

#### **c) Algunas recomendaciones.**

Llama la atención el párrafo tercero del Documento, en la parte introductoria que dice así: «Reconocemos también que no todo aquel que deja el sacerdocio comete una infidelidad que pudiera llamarse culpable; ni todo el que permanece en el ejercicio del ministerio ejerce auténticamente la virtud de la fidelidad».

Es de notar también que en la tercera parte sobre Recomendaciones tiene un apartado específico para la **pastoral sacerdotal y para los que han abandonado el ministerio.**

### **1.7 Encuentro sobre la Formación Permanente del Clero Diocesano (Bogotá 1989)**

El Encuentro se celebró del 13 al 17 de Febrero de 1989 en Santafé de Bogotá. El Objetivo General fue el siguiente: «Realizar un Encuentro con Obispos, Rectores de Seminario y Pastoralistas sobre la Formación Permanente del Clero, para procurar ayuda y acompañamiento a los responsables nacionales y regionales de la animación del clero diocesano, particularmente de los sacerdotes jóvenes».

Como Objetivos específicos encontramos estos:

- «Estudiar el mundo afectivo del neopresbítero para buscar su incidencia en la formación permanente».
- «Estudiar la problemática económica del neosacerdote como factor condicionante en su vida y ministerio».
- «Clarificar la tarea del Obispo en el acompañamiento de los sacerdotes, y su lugar en la formación permanente».

El Documento en sí, está dividido en tres capítulos:

**a) Hacia una madurez afectiva.** Junto a ciertos aspectos positivos de expresión de la madurez, se subrayan algunos aspectos que el sacerdote y de modo especial los sacerdotes jóvenes, deben tomar en cuenta en su ministerio: El aspecto de la fe en su vocación, posibles antecedentes familiares, el ambiente materialista y hedonista del mundo moderno. Se habla de la necesidad de tener unos «criterios de madurez afectiva» frente a los cuales revisar y orientar la propia vida afectiva.

**b) Tarea del Obispo en el acompañamiento a los sacerdotes.** Se proponen algunos criterios tanto desde lo que piensan los Obispos en sí mismos, como desde el ángulo de visión de los Rectores de Seminario y desde el punto de vista de otros sacerdotes con diversas responsabilidades en la pastoral. Sobresale en la visión de todos ellos, la

necesidad de un constante acompañamiento por parte del Obispo y la principal responsabilidad de los mismos sacerdotes.

**c) La sustentación del clero.** Se insiste mucho en el criterio de comunión y participación, en el gran criterio de la pobreza evangélica, en el criterio de fraternidad y en el criterio de una cierta reglamentación de acuerdo al nuevo CDC.

### **1.8 Encuentro con las Comisiones Nacionales y la Congregación para el Clero (1995)**

El Objetivo de dicho Encuentro realizado en Santafé de Bogotá del 16 al 19 de Febrero de 1995 consistió en: «Estudiar la aplicación del Directorio para la Vida y el Ministerio de los Presbíteros en América Latina». Hubo una participación de 18 países con sus respectivos Obispos y 10 sacerdotes de las Comisiones episcopales.

El Documento emanado de dicho Encuentro contiene en primer lugar una MEMORIA del trabajo realizado en cada uno de los días del mismo. En segundo lugar contiene una síntesis de los trabajos de grupo por REGIONES, tanto del informe de cada región, como de las experiencias de Formación Permanente. Finalmente contiene el documento unas SUGERENCIAS a las diversas instancias de la Iglesia para la aplicación del Directorio.

Sobresale en este Encuentro, la presencia y participación de la Congregación para el clero en la persona de su Secretario Mons. Crescenzo Sepe, con la ponencia sobre la **Naturaleza, finalidad y puntos claves del Directorio**. Así mismo, la participación del entonces Presidente del DEVYM Mons. Jayme Enrique Chemello con la ponencia sobre **La Formación Permanente de los Presbíteros en PDV y en el DMVP**. Participó también Mons. Felipe Arizmendi, Obispo de Tapachula y miembro de la comisión del DEVYM con la ponencia sobre **Causas del abandono del Ministerio Presbiteral en América Latina**.

Como se observa, la metodología dio prioridad a las ponencias, en torno a las cuales se estructuró el trabajo, ya que fueron seguidas de un diálogo abierto con el ponente y posteriormente por trabajo en grupos para compartir y sacar de allí algunas conclusiones.

Una de las sugerencias de dicho Encuentro fue precisamente la de continuar este tipo de actividades con alguna frecuencia, de modo que podamos ir avanzando cada vez en la reflexión y la acción en favor de los sacerdotes del Continente y El Caribe.

## **II. ¿UN AVANCE EN LA TEMÁTICA Y EN EL LENGUAJE?**

### **1. En los Encuentros Latinoamericanos**

#### **1.1 La década del setenta**

A partir de los documentos expuestos, vale la pena hacer un ensayo inicial en la temática y en el lenguaje que se utiliza, ya que eso nos puede mostrar algunas cosas interesantes para nuestra reflexión. Para ello es bueno recordar que a nivel de Iglesia nos encontramos en el post MEDELLÍN con una conciencia muy marcada en los aspectos de la pobreza, la justicia, el compromiso en lo social y la dignidad de la persona humana. Es la década del setenta, caracterizada por una profunda «crisis» en el campo sacerdotal. Es la década en la que se ha observado con más fuerza el abandono del Ministerio por muchos presbíteros y religiosas, es la década de una mayor conciencia de **persona humana, de crisis de identidad en el sacerdote, del surgimiento con fuerza de las CEB. Frente a un desencanto del sistema imperante, mucha gente pone sus ojos en el Socialismo como solución para América Latina: cristianos por el socialismo, sacerdotes para el pueblo, teología de la liberación, etc. etc.**

Los Encuentros a que hemos hecho referencia con sus respectivos documentos 1972-1973 nos presentan la temática de la atención al presbítero desde el punto de vista de su congrua sustentación y de la seguridad social: Elementos ambos de una misma realidad: la persona del presbítero y su dignidad como persona humana. En un contexto en que la justicia tenía una relevancia particular junto con la pobreza, no es raro mirar en los documentos, por un lado, la justificación de que abordar esa temática era parte de la misma justicia, y por otro lado que no va en contra de la pobreza, elementos ambos subrayados en los dos Encuentros. El lenguaje mismo en un contexto en donde el Socialismo se miró como la solución para América Latina, los documentos se esfuerzan en defender que la sustentación del clero y la previsión social no son una afiliación al capitalismo como ideología, que busca el enriquecimiento individual, sino de una búsqueda del bien común, de todo el clero y finalmente de la misma Iglesia. Ese Bien Común, como sabemos es uno de los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

El presbítero es persona y en cuanto tal requiere una seguridad social. Las circunstancias hicieron que muchos no se sintieran así en el seno mismo de la Iglesia. Frente a tanta confusión a nivel político, y buscando una mayor autenticidad, muchos presbíteros perdieron el sentido de su sacerdocio, de lo que es la Iglesia, y no se sintieron identificados con ella, se politizaron, en el sentido negativo de la palabra, y por esa y otras razones, abandonaron la Iglesia. Muchos cristianos, junto con ellos, también politizaron sus comunidades de Base y, finalmente se fueron. Muchos otros, no habiendo entendido el sentido correcto de la teología de la liberación, también dejaron la Iglesia.

Los otros dos documentos, producto de sus respectivos Encuentros latinoamericanos, el de 1975 sobre la Animación del Presbítero comprometido en la pastoral diocesana y el de 1977, sobre la Formación Permanente del Clero, son reflejo también de la conciencia que se iba asumiendo en la Iglesia sobre la Dignidad Humana. Ambos Encuentros estudiaron desde diversa perspectiva el tema del presbítero que, frente a la realidad de una problemática social tan dura por parte de las comunidades cristianas, él mismo debía ser animado y prepararse mejor para responder en forma adecuada. El sacerdote debía convertirse en factor importantísimo de promoción cultural de ese mismo pueblo, porque él crece con el pueblo y participa de sus aspiraciones.

Allí, en el año 1977, concluyeron los Encuentros a nivel Latinoamericano en esa década del setenta. No se programó ningún otro en los siguientes años, muy probablemente por una razón muy sencilla: El CELAM debía involucrarse de lleno en la preparación de la Asamblea de Puebla y todas sus fuerzas tenían que concentrarse allá.

Dos Encuentros al comienzo de la década más enfocados hacia el campo digamos material: Seguridad social y Sustentación del clero, y otros dos en la segunda mitad: Animación espiritual del presbítero y Formación permanente del clero, más dirigidos a considerar otros aspectos de la vida del sacerdote en la comunidad y en su relación con Dios. En los cuatro de esa década, sí descubrimos huellas de una inquietud por encarnarse en la realidad, por entenderla y asumirla desde la fe. Se siente en el lenguaje de dichos Encuentros, un constante palpitar por la situación del pueblo y se experimenta al presbítero como parte de ese mismo pueblo. Nos alegra constatar la preocupación por los demás, aún tratando un tema ad intra del presbítero: su persona, su realidad humana y espiritual, su formación permanente, todo ello, sin embargo en función de un prepararse mejor y ser más, para servir mejor a la comunidad.

## **1.2 La década del ochenta**

A nivel económico, se la conoce como la década perdida. A nivel socio-político, ha pasado a la historia en América Latina como la década de las grandes dictaduras, más bien de derecha, como lógica reacción a los movimientos socialistas de la década anterior. A nivel religioso, la podemos caracterizar como la década de las grandes persecuciones a personas de Iglesia, muerte de Obispos, de muchos sacerdotes, de innumerables catequistas. En términos generales, persecución ideológica a personas, que quizás tenían un fuerte trabajo en favor de los pobres. Fue producto lógico de la reacción y el temor a que continuaran los socialismos y los izquierdismos de la década pasada. La Iglesia, se convierte en pionera y promotora de los Derechos Humanos en esta década, también una lógica explicación de que no se respetaba ya la vida de sus miembros y de la sociedad en general al final de la década anterior y partiendo de Puebla, la Iglesia asume el tema de la Evangelización de la Cultura. Empezó a sonar un poco más en ambientes de Iglesia la palabra salvación, que liberación, y se habló mucho más de Evangelización.

Es interesante anotar que, no se convocaron Encuentros a nivel Latinoamericano en el post-Puebla inmediato. Parece que la preocupación se centró mucho más en difundir la doctrina y el documento en las diversas regiones. Gran parte del esfuerzo del CELAM se concentró en esa tarea, muy loable por cierto. En cuanto corresponde al DEVYM, se reinició el tema de la Seguridad Social del Clero hasta el año de 1985. Aunque en el Encuentro de Caracas en 1973 se pidió que se celebrasen con alguna frecuencia, lo cierto es que el III Encuentro se celebró hasta trece años después, en 1985 en Santafé de Bogotá. El tema, como vimos, fue **Bienestar Humano y Seguridad Social del Clero**. Curiosamente, y muy probablemente motivados por la situación tan fuerte del abandono de sacerdotes que se intensificó a mediados del 75 hasta el 85 y algo más, el DEVYM convoca a unos expertos para estudiar el Fenómeno del **Abandono del Ministerio y sus causas en América Latina**. La Asamblea de la OSLAM, también se celebra este mismo año de 1985 y tiene como tema **La Espiritualidad del Sacerdote Diocesano**. Es notable el énfasis que se pone ese año sobre dichos aspectos sacerdotales. Pareciera como si alguien tuvo de repente la conciencia de que hacía varios años no se convocaba a este tipo de reflexión y Encuentros y se apresuró a realizarlo en varios niveles.

Analizando el contenido de las conclusiones de los Encuentros sobre **El Bienestar Humano y Seguridad Social y la Sustentación del Clero, y el estudio sobre las Causas del Abandono del Ministerio**, observamos un avance en este último con relación a los de la década anterior. Aquí se habla explícitamente del Bienestar Humano, el cual se define así: «Por Bienestar Humano se entiende todo aquello a lo que tiene derecho cada persona por su propia dignidad» (GS 26 y Declaración Universal de los Derechos Humanos). (Cf. Bienestar Humano y Seguridad Social del Clero, DEVYM 16 Marzo de 1985, pág. 112).

Debemos notar la relación con los Derechos Humanos, promovidos por la Iglesia en esta década. Se observa también, un crecimiento y una ampliación en el lenguaje, ya que aquí en dicho documento se habla, además del derecho al alimento, vestido, vivienda, recreación, cultura, salud física y mental, invalidez y vejez, de una adecuada ubicación y realización ministerial y explícitamente del cuidado pastoral del clero (cf. Idem pág. 112 y 114). Por otro lado, el documento sobre el Abandono del Ministerio Presbiteral, habla explícitamente de la necesidad de una atención pastoral especializada para los presbíteros, como exigencia de la Nueva Evangelización (cf. ¿Avanza la Formación Permanente? CELAM 22, Bogotá, 1989, pág. 210). Es mi impresión que el lenguaje mismo utilizado, va expresando un avance en la conciencia de lo que significa la atención pastoral al sacerdote, sin dejar de volver la conciencia a la sociedad en que se vive.

A finales de la década del ochenta, se comienza a observar que un alto porcentaje de los sacerdotes que abandonan el Ministerio son jóvenes, lo que ciertamente preocupa a los señores Obispos. Para responder a esta nueva situación, el DEVYM busca iluminar un tanto la realidad, y convoca a Obispos y Ejecutivos de Comisiones del Clero juntamente con Rectores de Seminarios para estudiar el problema. Esa es la razón del último Encuentro de la década anterior efectuado en Bogotá en el año de 1989. Se reflexiona, se dialoga y se pone un énfasis en la necesidad de una mayor madurez afectiva en el joven sacerdote, lo mismo que en un cuidado particular del Obispo y de las diócesis para con los sacerdotes de reciente ordenación. De modo especial se recomienda el acompañamiento personal del mismo Obispo: «Favorecer el crecimiento y maduración progresiva de los sacerdotes jóvenes mediante el acompañamiento pastoral amistoso y fraterno por parte del Obispo» (cf. ¿Avanza la Formación Permanente? CELAM 22, Bogotá, 1989, pág. 32). Otra vez aparece aquí un lenguaje mucho más cercano a la Pastoral Sacerdotal.

### **1.3 La década del noventa**

A nivel socioeconómico y político, vivimos una realidad cada vez más clara de la importancia de las democracias, como instrumento para promover el neoliberalismo y la apertura de mercado. La discusión no parece centrarse tanto en pensar o no en un sistema u otro, sino más bien en los matices de cómo y dónde ubicar el colchón de los pobres. La realidad de la privatización, parece aceptada en y por la casi totalidad de los gobiernos. Aparece la necesidad de unir los mercados y el boom de los grandes consorcios.

En el nivel religioso, han aparecido los grandes movimientos pentecostalistas, las sectas y los grupos de tendencia Oriental, así mismo se han lanzado al escenario movimientos como espiritismo, satanismo, ocultismos y todo lo referente a la New Age y la postmodernidad. El joven que desde el punto de vista psicológico parece prolongar su madurez, y que por ende, no parece tan capaz de comprometerse en forma permanente, lleva inmediatamente sus repercusiones en la estabilidad del clero joven y de los matrimonios jóvenes.

A nivel de Iglesia, el discurso se ha desplazado más hacia lo que es la nueva Evangelización, cómo realizarla, cómo ponerla en práctica. Ha crecido la fuerza de los grandes Movimientos como el Neocatecumenado y ciertos grupos o Sociedades como el Opus Dei, los Legionarios de Cristo y otros.

Por otra parte, esta misma Iglesia, está buscando una Palabra Profética, cada vez más difícil en el campo económico. Pareciera que en situaciones de política y en situaciones sociales, la Iglesia tiene una palabra mucho más clara que cuando tiene que decir algo a nivel puramente económico. En este último campo no aparece tan fuerte como en los otros.

El CELAM y por ende nuestro Departamento, va a estar marcado en esta década por la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Santo Domingo en Octubre de 1992. Al igual que en las anteriores, los años inmediatamente anteriores y posteriores a ese acontecimiento, no muestran Encuentros a nivel Latinoamericano. Es una constante en las tres Conferencias últimas.

Sin embargo, El DEVYM sí promovió un Encuentro Latinoamericano para el estudio de la PDV en el año 1993, desde la perspectiva de la Formación de los presbíteros en los Seminarios, realizando una comparación con la doctrina de Santo Domingo. Con relación al tema directo de los sacerdotes, fue hasta Febrero de 1995 con ocasión de la aplicación del Directorio para la Vida y Ministerio de los Presbíteros, cuando se celebró un Encuentro a

nivel Latinoamericano, realizado en Santafé de Bogotá, con la participación de la Congregación para el Clero y el DEVYM-CELAM.

El siguiente, hace escasos años y diez meses que se celebró, convocado para estudiar la manera de **Aplicar en América Latina el Directorio para la Vida y el Ministerio de los Presbíteros. Febrero de 1995, Santafé de Bogotá**. Hubo allí una gran preocupación por el abandono del Ministerio en sacerdotes jóvenes, aunque no es tan fácil, en éste ni en el anterior, tipificar la década desde la perspectiva de la Iglesia, a no ser en una búsqueda de caminos hacia la Nueva Evangelización y preparación al III Milenio.

## **2. En los Documentos Universales de la Iglesia (PO - OT - PDV - DMVP)**

Sin negar que los documentos Conciliares referentes a los sacerdotes y a la Formación sacerdotal asuman un lenguaje muy pastoral, ciertamente su fuerza fundamental se refiere a lo Doctrinal y a ciertos aspectos normativos. Era lógico esperar esto del Concilio, ya que su fuerza estaba mucho más centrada en otras cuestiones como la relación de la Iglesia con el mundo, la colegialidad episcopal, el ecumenismo y la libertad religiosa. Sin embargo, la amplitud de miras con que el Concilio plantea el sacerdocio y la formación, implicaba un trabajo posterior también bastante fuerte.

El N° 19 del decreto *Presbyterorum Ordinis* y el N° 22 del decreto *Optatum Totius*, plantean en un lenguaje similar la necesidad de la Formación de los Presbíteros: «Pero como en nuestro tiempo, la cultura humana y también las ciencias sagradas, avanzan con un ritmo nuevo, los presbíteros se ven impulsados a completar, convenientemente y sin interrupción, sus ciencia divina y humana y a prepararse de esta forma para entablar más ventajosamente el diálogo con los hombres de su tiempo... Deben preparárseles cuidadosamente los medios necesarios, como son la organización de cursos y de congresos, según las condiciones de cada país... sobre todo en los primeros años después de su ordenación... para que puedan conseguir un conocimiento más completo de los métodos pastorales y de la ciencia teológica, y, sobre todo, fortalecer su vida espiritual y de comunicarse mutuamente con los hermanos las experiencias apostólicas.» (PO 19). «Debiéndose proseguir y completar la formación sacerdotal después de acabada la carrera de los estudios por las circunstancias sobre todo de la sociedad moderna, las conferencias episcopales podrán, en cada nación, servirse de los medios más aptos, como son los Institutos pastorales que cooperan con parroquias oportunamente elegidas, las asambleas reunidas en tiempos determinados, los ejercicios apropiados, con cuyo auxilio el clero joven ha de introducirse gradualmente en la vida sacerdotal y en la vida apostólica...» (OT 22).

Como puede observarse, existe un énfasis en la necesidad de formación del sacerdote joven, con miras a su inserción, y la necesidad de formarse todo presbítero para completar su ciencia divina y humana, debido al rápido avance de las ciencias y de la cultura humana. El documento RFIS de Enero de 1990, al referirse en el N° 101 a la formación utiliza la expresión: «formación en el post-Seminario». **Ninguno de estos dos textos, ni la RFIS, utiliza la expresión Formación Permanente**, aunque sí hablan de ciencia divina y humana, de métodos pastorales, de ciencia teológica y vida espiritual. Es interesante anotar también que **no se menciona explícitamente la formación humana del presbítero** como elemento importante que pudiese preocupar al Episcopado.

Los recientes documentos: PDV y DMVP, asumen una nueva posición con relación a esa formación en el post-Seminario. La llaman Formación Permanente y la desarrollan de

una manera mucho más integral. Analizaremos un poquito esta nueva realidad en la parte que sigue.

Concluyendo este Capítulo nos hacemos nuevamente la pregunta: ¿Ha habido o no un avance en la temática y en el lenguaje, desde lo que nos presenta el Concilio y especialmente desde 1972 con este tipo de Encuentros a nivel de toda América Latina? **La respuesta es que sí.** Y eso se puede demostrar en:

**Los conceptos**

**En el lenguaje**

**En la conciencia de lo que es la Formación Permanente y la Pastoral Sacerdotal.**

### **III. ¿CÓMO ENTENDER LA FORMACIÓN PERMANENTE Y LA PASTORAL SACERDOTAL?**

A mi modo de ver y hasta donde conozco el tema, hay tres documentos a nivel de Iglesia que abrieron el camino de la Formación Permanente:

- El Decreto Presbyterorum Ordinis en el N° 22 Año 1965
- El Decreto Optatum Totius en el N° 19 Año 1965
- La Ratio Fundamentalís en el N° 100 Año 1970

Los tres documentos enfatizan la formación de los nuevos sacerdotes, pero la amplían como una necesidad que también tienen los demás. A partir de allí, en todos los países se comenzó a estudiar y a ponerle atención a dicha formación permanente, aunque como sabemos, todavía hoy estamos lejos de alcanzarla según lo que propone la Iglesia.

#### **1. ¿Qué es la Formación sacerdotal permanente?**

##### **1.1 Antes de la Pastores Dabo Vobis**

Para adentrarnos un poco en el tema, voy a tomar dos definiciones que aparecen en algunos documentos de Iglesia. La primera de ellas aparece en el documento conclusivo del Primer Encuentro Latinoamericano de Formación Permanente, Caracas 1977:

**«Se entiende la Formación Sacerdotal Permanente como una actitud y un compromiso personal y comunitario, que obliga a Obispos y Presbíteros a:**

**1) conocer** las realidades humanas, especialmente los valores y corrientes socioculturales que más influyen en el pensamiento y la conducta de los hombres de nuestro tiempo.

**2) profundizar** en la Palabra de Dios, el magisterio y la teología e interpretar a su luz el acontecer humano.

**3) revisar** continuamente sus actitudes personales y actividades pastorales para adaptarlas siempre a las exigencias del mensaje y a las necesidades de aquellos a quienes son enviados» (cf. ¿Avanza la Formación Permanente? CELAM 22, 1989, pág. 136).

En un curso sobre Pastoral Sacerdotal celebrado en Zipaquirá por el Episcopado Colombiano en 1989, aparece la siguiente definición descriptiva elaborada por Mons. Guillermo Melguizo en una ponencia que él realizó: «Es un proceso dinámico de identidad vocacional permanente actualizada, ante Dios, ante sí mismo y ante la comunidad de acuerdo con los signos de los tiempos. Esto supone una búsqueda ininterrumpida de renovación integral en la fidelidad, sostenida por el Acompañamiento. Es en definitiva una importantísima dimensión de la Pastoral Vocacional» (cf. Formación Sacerdotal Permanente II, Conferencia Episcopal de Colombia, Editorial Kimpres 1990, pág. 21).

En ese proceso dinámico, aparecen tres polos en la Formación Sacerdotal Permanente: Dios, uno mismo y la comunidad. Ambas definiciones, anteriores a la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis, se fundamentan en el concepto de Formación Permanente que existía en los ambientes culturales y pedagógicos de ese tiempo y que incluían un triple significado:

**Educación profesional permanente (Dios)**

**Educación personal permanente (Uno mismo)**

**Educación popular (La Comunidad)**

Según lo que hasta aquí hemos visto, ambas definiciones son bastante similares, muestran una cierta preocupación por lo integral y tienen en común que son anteriores a la Pastores Dabo Vobis. Manifiestan así mismo la necesidad de tomar en cuenta un cierto dinamismo en la Formación. Es producto de una cierta necesidad sentida en la Iglesia, y de modo especial la explicación que nos brinda el documento del Encuentro de Caracas en 1977, expresa alguna motivación en aspectos negativos como: inseguridad doctrinal y criterios de acción en los sacerdotes, conciencia de falta de preparación, conciencia de una formación inadecuada en el Seminario y un cierto sentido de frustración en la acción pastoral (cf. *¿Avanza la Formación Permanente?*, pág. 137). La definición de Mons. Melguizo, muestra más bien una fundamentación ya mucho más positiva en cuanto al por qué de la Formación Permanente.

Por su parte el Encuentro del CELAM en 1989, aunque no da ninguna definición de lo que es la Formación Sacerdotal Permanente, en lo que fue el manejo de los temas y de la reflexión, parece que sí amplía el concepto, ya que en sus conclusiones nos habla de todo lo que es la problemática del mundo afectivo, especialmente del joven sacerdote. Habla de que debe asumirse la problemática propia de los primeros años de ministerio, de la amistad y confianza entre todo el presbiterio, de los grupos sacerdotales, de la promoción de los valores espirituales y de la necesidad de una planificación completa de la formación permanente de los sacerdotes. Se enfatiza así mismo la tarea del Obispo en el acompañamiento pastoral amistoso y en su esfuerzo por atender la pastoral sacerdotal. Se recomienda también que exista en las diócesis un cuidado especial para los sacerdotes en crisis, enfermos, ancianos. (Cf. Documento final del Encuentro sobre Formación Sacerdotal Permanente, *¿Avanza la Formación Permanente?* CELAM 22, Bogotá, Colombia, 1989, pág. 28-34).

El lenguaje y la temática de este Encuentro, se acerca mucho a lo que hoy se conoce como Pastoral Sacerdotal, aunque aún no se había realizado el Sínodo de Obispos del 90 en donde se abordó el tema de los Sacerdotes, ni había salido la Pastores Dabo Vobis. Se ve que en América Latina estábamos sintiendo ya una urgencia de atención especial a los sacerdotes con todo lo que ello implica.

## **1.2 Después de la Pastores Dabo Vobis**

Sabemos ya que los dos documentos que abordan el tema de la Formación Permanente a nivel oficial, son la Pastores Dabo Vobis en su Capítulo VI y el Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros en el Capítulo III.

Si en el tiempo anterior a la PDV se entendía la Formación Permanente un tanto más como participar en un curso de profundización teológica y pastoral, ahora, después de estos documentos, el panorama se amplía bastante. Ambos documentos abarcan lo espiritual, lo humano y lo pastoral. Proponen las razones teológicas de la Formación Permanente y su significado profundo, enfatizan la tarea de los responsables de dicha Formación, y hacen

énfasis en las diversas edades. Toda esta doctrina de lo que en realidad es la Formación Permanente, nos pone en una situación de pensar que estamos viviendo un momento favorable para lograrla. Va creciendo la conciencia de la misma, pero se requiere suscitar el interés en los sacerdotes como elemento fundamental, unido al interés de los señores Obispos.

Ninguno de los documentos da una definición de lo que es la Formación Permanente. Abarcan el tema desde razones y puntos de vista diversos y logran una concepción panorámica bastante integral de su significado y exigencias.

No obstante esto, la Exhortación apostólica PDV parece ensayar una especie de definición: «Opción consciente y libre que impulsa el dinamismo de la caridad pastoral y del Espíritu Santo que es fuente primera y su alimento continuo» (PDV 70m).

- Aparece como una exigencia intrínseca del don recibido en el sacramento de la Ordenación.

- Es también una exigencia de la nueva evangelización.

Sobre este punto llama la atención el Directorio cuando en los dos primeros párrafos del número 71 habla así: «La formación permanente es un medio necesario para que el presbítero de hoy alcance el fin de su vocación, que es el servicio de Dios y de su pueblo. Esta formación consiste, en la práctica, en ayudar a todos los sacerdotes a dar una respuesta generosa en el empeño requerido por la dignidad y responsabilidad, que Dios les ha confiado por medio del sacramento del Orden; en cuidar, defender y desarrollar su específica identidad y vocación; santificarse a sí mismos y a los demás mediante el ejercicio del ministerio».

El Capítulo III del Directorio, que es una explicitación del Capítulo VI de la PDV, ofrece sugerencias concretas de inmediata realización. Así, por ejemplo, se habla del año pastoral (n. 82), de la casa del clero (n. 84), de la ayuda de los hermanos sacerdotes (n. 88), de la formación de los formadores (n. 90), de la división en órdenes de edad (n. 93-96), de la soledad (n. 97). Todo esto será posible realizarlo, con el concurso de los responsables que son: el mismo presbítero (n. 87), el Obispo (n. 89) y los formadores y centros de espiritualidad (n. 90).

La formación es presentada sobre todo como un proceso que debe surgir del interno del individuo. De aquí la importancia de la autoformación, unida profundamente al de la dirección espiritual. Así se evidencia la necesidad de unir la formación seminarística a la sucesiva.

## 2. ¿Qué es la Pastoral Sacerdotal?

Conviene tomar en cuenta desde ya, que ni en PDV, ni en el DMVP aparece la expresión, Pastoral Sacerdotal. Sí viene utilizada, sin embargo y como hemos visto, en varios de los documentos de los Encuentros Latinoamericanos, incluso ya antes de la PDV. El documento sobre el Bienestar Humano y Seguridad Social del Clero de 1985 la utiliza, lo mismo que el documento del Encuentro de 1989 sobre la Formación Permanente. Esto quiere decir que de algún modo, en varios países, la expresión se comenzó a utilizar, y probablemente después de dichos Encuentros, también en otros países. Aquí en Colombia, por ejemplo, la expresión es utilizada en el Encuentro de Formación Sacerdotal Permanente, en la Introducción al libro, y muy especialmente en una ponencia del Pbro. Julio Daniel Botía, pronunciada en ese Encuentro bajo el título **La Pastoral Sacerdotal en**

**la Iglesia Particular.** Allí mismo se indica que la expresión fue utilizada ya en 1977 en otro Encuentro similar.

## 2.1 Fundamento y Ubicación de la Pastoral Sacerdotal

La pastoral sacerdotal se realiza con aquellos que **han sido llamados por Jesucristo**. Y lo han sido de un modo especial a participar con Él en su Ministerio de Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia (cf. PDV 22c). Para vivir este llamado, nosotros necesitamos, como los Apóstoles, aprovechar la Escuela de Jesús. Por ello, necesitamos:

**Estar con Él** (Mc 3,14).

**Ir con Él** (Mt 10): Acompañarlo en su ministerio Evangelizador.

**Vivir como Él** (Mt 13,23; Ef 4,11-16): Progresiva configuración.

**Ir en su nombre** (Mt 28,16-20): hacer discípulos para Él.

**Inmolarse como Él y por Él** (Mt 25,14-30; Jn 15,16): Dar la vida.

Estos seguidores de Jesucristo, estos Pastores, son quienes deben renovarse permanentemente para identificarse cada vez más con la imagen de Jesucristo Buen Pastor. Por ende, necesitamos ayudarnos entre nosotros y necesitamos que otros, nuestros compañeros, nuestro Obispo y la misma Diócesis, nos ayuden a ello. Aquí partimos de un hecho de humildad. Nosotros los pastores, debemos ser pastoreados.

El Documento de Puebla 719 y 720 nos invita a reavivar continuamente la gracia recibida en la Ordenación, y a hacernos pastoralmente competentes, siempre y en todas las edades. Lo mismo aconseja el CDC que urge la participación en cursos de pastoral.

## 2.2 Para aproximarnos a una definición

Con el autor de la ponencia: «La Pastoral Sacerdotal en la Iglesia Particular», diré que la Pastoral Sacerdotal abarca las cuatro dimensiones: Humana, Espiritual, Teológica y Pastoral. Comprende así mismo tres Áreas: Formación, Fraternidad, Organización y servicios. Finalmente se extiende a todos los niveles: Nacional, Diocesano, Vicarial, parroquial y grupal. El siguiente cuadro nos puede ayudar a visualizar mucho mejor lo dicho.

Desde otra perspectiva, pero siempre abarcando lo mismo, podríamos también mostrar qué es la Pastoral Sacerdotal mediante el siguiente cuadro:

Una vez dado un vistazo a los cuadros anteriores y con los fundamentos de la misma, podremos intentar una definición de lo que es la Pastoral Sacerdotal: **«Es el cuidado-Acompañamiento integral y orgánico que una Iglesia Particular ofrece a sus pastores –y que un pastor brinda a otro pastor– para que éstos conozcan a Cristo Buen Pastor y Cabeza de la Iglesia y sean como Él, vivan y actúen como Él, en servicio a la comunidad».**

Este concepto de Pastoral Sacerdotal nos acerca muchísimo al Evangelio. Nos remite a la persona de Jesucristo y a su modo de actuar con los Apóstoles. Comparte con ellos, les enseña, les da testimonio, los reprende cuando es necesario y también los alaba cuando conviene. Ora con ellos, les muestra a su Padre, les anima en las dificultades y les muestra cómo actuar con los demás. Ellos se sienten llamados por Él, comprendidos y tomados en cuenta, aunque también exigidos a seguirle hasta el final.

## CONCLUSIÓN

Una vez hecho este sencillo análisis debemos decir:

1. Los documentos a nivel de Iglesia Universal, utilizan la expresión Formación Permanente. No así la expresión Pastoral Sacerdotal. Su contenido, sin embargo, abarca todo lo que implica la Pastoral Sacerdotal.

2. Ciertamente ha existido un avance en el lenguaje y contenido desde lo que recomendaron los documentos del Vaticano II y la Ratio, hasta el contenido amplio que encierran sobre Formación Permanente, la Pastores Dabo Vobis y el Directorio para la Vida y Ministerio Presbiteral.

3. Los documentos de los Encuentros a nivel latinoamericano, sobre todo a partir de 1985, utilizan ambas expresiones, sin decir que se le da prioridad a una u otra. Más aún, en el último Encuentro convocado en Febrero de 1995 para estudiar el Directorio, no se habla de Pastoral Sacerdotal y sí de Formación Permanente, lo cual fácilmente podemos entender.

4. No sé si será mucho atrevimiento afirmar que, cuando hablamos de Formación Permanente estamos marcando un acento en lo que se refiere propiamente a Formación, y cuando hablamos de Pastoral Sacerdotal, estamos marcando un acento en la atención que debemos darnos entre nosotros y el cuidado que debe tener el Obispo. Se enfatiza más el aspecto de Pastor.

5. Aunque por el contenido de los documentos, si hablamos de Formación Permanente, podemos entender que se trata de Pastoral sacerdotal y al hablar de ésta sabemos que incluye la Formación Permanente, parece que en el lenguaje ordinario va ganando terreno la expresión Pastoral Sacerdotal.

6. En todo caso, en el Plan Global del CELAM aprobado por los señores Obispos, se está utilizando para este Encuentro, el término Pastoral Sacerdotal. De hecho éste es el tema que nos tiene aquí reunidos y para el cual hemos sido convocados.

7. Finalmente, hay un asunto que me alegra particularmente. Durante todos estos años de Encuentros y de reflexión en nuestra América Latina y El Caribe, hemos descubierto que al tratarse el tema del presbítero, bajo diversos puntos de vista, se nota de fondo un deseo, interés y esfuerzo porque éste responda mejor a las necesidades de su pueblo. Que en algún momento esas inquietudes hayan tenido un acento mayor en lo social que en otros, ha dependido mucho de las circunstancias sociopolítica y económicas. No podemos negar, sin embargo, la presencia de esa constante: la mira ha sido siempre el servicio del Pueblo de Dios.

8. La Pastoral Sacerdotal no se ha tratado simplemente por sí misma, sino en función de una comunidad. De un proceso de Encarnación del ser y de la misión del sacerdote. Siempre ha aparecido la inquietud de que forme parte de toda la Pastoral de una diócesis. No es algo aislado que se realiza por buena voluntad.

9. Hemos experimentado un crecimiento muy positivo en la conciencia entre el mismo presbiterio de la necesidad de esta Pastoral Sacerdotal. Vamos tomando conciencia también de que los Obispos mismos son también objeto de esta Pastoral Sacerdotal. Eso ha creado un acercamiento mayor entre presbíteros y Obispos y entre éstos y los presbíteros. Se percibe, sin embargo, que algunos sectores de sacerdotes y algunos Obispos, no han visto aún con toda claridad la importancia de esta Pastoral Sacerdotal, o no han encontrado los medios apropiados para organizarla en sus diócesis.

10. Hay de fondo una actitud de esperanza. El futuro de la Pastoral Sacerdotal parece promisorio, signo de ello es la presencia hoy de todos ustedes y el hecho de que estemos reunidos de tantos países para orar y reflexionar el tema.

#### **IV. PRESUPUESTOS DE LA PASTORAL SACERDOTAL**

Tomando como eje el Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros, vamos a dar una mirada a unos cuantos elementos que pongan ante nuestros ojos un panorama amplio de lo que comprende en realidad la Pastoral Sacerdotal y lo que nos exige a todos.

### **1. Organización y medios (DMVP 81-86 – PDV 80-81)**

El Directorio nos habla de los Encuentros sacerdotales, del Año Pastoral, de Tiempos sabáticos, de Retiro y Ejercicios espirituales y de la necesidad de programación. La Pastores Dabo Vobis tipifica esos encuentros. Encuentros con el Obispo y con su presbiterio, encuentros de espiritualidad sacerdotal como retiros, encuentros de estudio y reflexión.

Es interesante ahora cómo insiste el Directorio en **el Año Pastoral**, al comienzo del Ministerio, con el objeto de facilitar el paso del estilo de vida del Seminario al ministerio pastoral. A este propósito recomienda a los señores Obispos una serie de precauciones importante a tomar en cuenta. Destaca también los **tiempos sabáticos** tipificados como: «tiempos más o menos amplios, para poder estar por un tiempo más largo y más intenso con el Señor Jesús, recobrando fuerza y ánimo para continuar el camino de santificación» (DMVP 83).

Destaca también el énfasis en las llamadas **Casas del clero**, como elemento de alguna manera nuevo para la atención de los sacerdotes (cf. DMVP 84b).

### **2. Los Responsables de la Pastoral Sacerdotal (DMVP 87-92 – PDV 78-79)**

La Exhortación Apostólica PDV insiste bastante en la responsabilidad de **la misma comunidad cristiana** en cada uno de sus miembros en la F.P., dedicando todo el N° 78 a comentar este aspecto. El **propio presbítero** es el primer responsable de su formación. Esto es comentado por ambos documentos, lo mismo que el **Obispo, quien debe prestar una atención del todo particular** a sus presbíteros. El énfasis del Directorio en este aspecto es claro: es una responsabilidad insustituible e indelegable del Obispo, quien no sólo puede, sino que debe hacerse ayudar: «del Consejo Presbiteral que, por su naturaleza y finalidad, parece el organismo idóneo para ayudarlo, especialmente en lo que se refiere, por ejemplo, al plan de formación» (cf. DMVP 89). Destaca la Pastores Dabo Vobis, el papel importante de la familia, tanto de la familia de origen del sacerdote, como de otras familias (cf. PDV 79). Finalmente, creo que vale la pena tomar en cuenta a los Formadores: grupo de sacerdotes dedicado a llevar adelante en nombre y junto con el Obispo, la misión de pastorear a los pastores.

### **3. Necesidades a cubrir (DMVP 93-97 – PDV 76-77)**

Ambos documentos plantean con mucha claridad la necesidad de una atención a los sacerdotes en diversas edades. Hay un énfasis en los primeros años, los cuales, la experiencia de la Iglesia los considera vitales para el resto de la vida sacerdotal. Yo destacaría de un modo muy particular, la inquietud del Directorio en la atención **a los sacerdotes que han abandonado el ministerio**. Considero que esto es algo vital que muchos Obispos están realizando. La única precaución que pone el Directorio es: «evitar confiarles tareas eclesíásticas, que puedan crear confusión y desconcierto, sobre todo entre los fieles, a propósito de su situación» (DMVP 97).

Ambos documentos no son tan explícitos cuando hablan de otros problemas: los encierran en la expresión **problemas morales**. Aquí hay una gama inmensa de situaciones

que habrá que descubrir a tiempo. Lamentablemente muchas veces el Obispo es el último que se entera, ya prácticamente cuando no se puede hacer casi nada para evitar que el sacerdote abandone su ministerio. Éste es un gran reto en la atención a los presbíteros que atañe a todos, y de modo especial a quienes en nombre de cada país nos encontramos aquí reunidos.

## **LA FORMACION PERMANENTE COMO ACTITUD ESPIRITUAL**

---

*Pbro. Alain Viret<sup>1</sup>*

### **«TE RECOMIENDO QUE REAVIVES EL CARISMA DE DIOS QUE ESTÁ EN TI» (2Tm 1,6)**

Con esta invitación se abre el capítulo referente a la formación permanente de los sacerdotes en la exhortación de Juan Pablo II «Pastores dabo vobis» (PDV), publicada en 1992. Numerosos factores parecen poner en tela de juicio la pertinencia de tal formación: recargo de trabajo pastoral, envejecimiento y fatiga, indiferencia ambiente y a veces ambigüedad en los pedidos de sacramentos, y para algunos, también desilusión en cuanto a las posibilidades concretas de renovación pastoral y eclesial, necesidad actual de formarse junto con los laicos compartiendo una corresponsabilidad pastoral.

Estos puntos han estado presentes sin duda en la reflexión de los obispos reunidos en el sínodo sobre este tema. El fruto de sus trabajos transmitido al Papa Juan Pablo II constituyó el material para la exhortación, cuyo último capítulo toma en cuenta la necesidad para todo sacerdote de proseguir su formación terminado el seminario. Más recientemente (en 1994), un directorio referente a la vida y al ministerio de los sacerdotes, publicado por la Congregación para el clero, completó la exhortación con observaciones prácticas en el mismo sentido.

La cita de la carta a Timoteo con la que hemos encabezado este artículo, y que abre el capítulo que nos ocupa, da el tono al conjunto. Invita a colocar este aspecto de nuestro ministerio en el registro de una relectura de vida en el sentido de una profundización del misterio de nuestra vocación bautismal y presbiteral más bien que bajo el único ángulo de un reciclaje de los conocimientos y de los modos de actuar.

Nos proponemos retomar algunos elementos de esta reflexión en la perspectiva de destacar una actitud espiritual que permitirá responder mejor a la llamada permanente del Señor así como a los desafíos del mundo de hoy.

### **1. Crecer al soplo del Espíritu**

Cuando el caminar se nos hace cuesta arriba es a menudo cuestión de aliento: ya sea falta de aliento o necesidad de un nuevo aliento o de encontrar qué respirar, descansar y reabastecernos.

Una formación permanente es ante todo un retorno a las fuentes y al aliento primordial. Desde los comienzos, no hay vida creada, ni palabra pro-clamada, ni ley dada, ni misión confiada sin que el hálito del Espíritu esté presente; hasta la misión de Cristo y la de sus discípulos se realiza bajo el signo del Espíritu que anima y dinamiza, que revela el amor del Padre y conduce a la verdad plena.

El sacerdote, como todo bautizado, es «otro Cristo»; consagrado por el Padre, enviado por el Hijo y animado por el Espíritu, es introducido en la comunión trinitaria para anunciar la Buena Noticia del Reino en el hoy de este mundo. Por la gracia de la ordenación que lo configura con Cristo Cabeza y Pastor, está llamado a imitar de manera especial a Aquel que cuidó del rebaño hasta dar su vida por él.

Esta tarea es un don al cual el sacerdote debe permanecer fiel y a partir del cual está llamado a unificar toda su existencia.

La formación permanente es pues una exigencia vital, nacida del don mismo. Como una fuente, que no hay que dejar que se agote, so pena de que la tierra se reseque, este don debe ser reavivado y vivificado para que irrigue y unifique las múltiples actividades y encuentros que llenan lo cotidiano de una vida de pastor.

En un mundo en plena mutación y en una sociedad fuertemente secularizada, la cuestión de la identidad surge por todas partes: ¿le sería ahorrada al sacerdote, que a menudo recibe en pleno todas las interpelaciones, dudas, rebeliones, reproches que se lanzan contra Dios o, más frecuentemente, contra la Iglesia? La diversidad de sensibilidades espirituales y eclesiales, la dificultad para vivir la comunión y la falta de relevo se suman a la pregunta: ¿sirvo todavía para algo?

Por eso, el objeto de la formación no puede reducirse a un reciclaje –necesario por otra parte– de los conocimientos, sino que atañe a las fuentes vitales de una vida entregada al seguimiento de Cristo y enfrentada cada día a los imprevistos «de los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo» (GS 1).

La cuestión de la formación no es un simple aprendizaje profesional de técnicas pastorales; está íntimamente relacionada con la de nuestra identidad y por lo tanto con la de nuestra vida espiritual; ¿no sería la ocasión de dejar que el soplo del Espíritu animara un poco más nuestro ministerio?

## **2. Estar atentos a los momentos delicados de nuestra existencia**

Este trabajo de unificación necesario que sin embargo hay que volver a emprender constantemente, comienza ya en la formación inicial del seminario pero ha de proseguirse en lo cotidiano del ministerio pastoral. Existen algunos medios, ya sea en las propuestas diocesanas o a nivel regional y nacional, y hasta internacional (retiros, sesiones, revistas) pero ningún medio resultará de gran provecho si el sacerdote no se considera a sí mismo como el primero y principal actor de su formación (cf. PDV 79). Los actuales estudios sobre las diversas etapas de la vida adulta demuestran cómo hay que poner manos a la obra en cada edad y en cada situación, y encontrar nuevos medios adaptados a las nuevas condiciones de vida y de ministerio. Es a este precio cómo la persona adulta puede atravesar como de paso las crisis inherentes a toda vida humana (cf. PDV 77). La exhortación presta atención especial a tres períodos de la vida presbiteral:

### *Los sacerdotes jóvenes:*

La iniciación en el ministerio es una de esas etapas que hay que vivir lo mejor posible; ella «conduce poco a poco a los sacerdotes jóvenes a comprender y a vivir la riqueza única de ese “don” de Dios que es el sacerdocio y les permite verificar y desarrollar su aptitud para el ministerio, en la comunión y la corresponsabilidad con todos sus cohermanos». A continuación del año diaconal, los sacerdotes jóvenes «se dan mutuo apoyo, compartiendo experiencias y reflexiones» con la ayuda de consejeros experimentados, procurándose así un reabastecimiento necesario ya que están inmersos en una vida que corre el peligro de dispersarse más y más entre múltiples lugares y actividades pastorales. Existen propuestas ya hechas o en estudio en la mayoría de las diócesis o regiones.

### *Después de algunos años de ministerio:*

Los sacerdotes están expuestos a la amenaza de la rutina o de una especie de «cansancio interior», que no podrán superar sino por un examen lúcido de su equilibrio personal y de

su acción pastoral, por la búsqueda constante de motivaciones y de medios para la misión. En este sentido, y pese a las urgencias del ministerio o precisamente a causa de éstas, les tendrían que ser ofrecidos más sistemáticamente medios para tomar distancia o propuestas de año sabático (preparado por un proyecto de formación y de reabastecimiento).

*La edad del retiro y las situaciones difíciles:*

Finalmente, el presbiterio tendría que prestar atención también a los sacerdotes de edad avanzada. La formación permanente será entonces no tanto una cuestión de estudio sino una «confirmación serena y alentadora de la misión que todavía están llamados a llevar a cabo en el presbiterio», en virtud de su experiencia de vida y de apostolado.

También hay que prestar una atención especial a aquellos que atraviesan por situaciones de fragilidad física o de cansancio moral; la ayuda mutua sacerdotal puede desempeñar aquí un gran papel para acompañar a los cohermanos con la cercanía de la fraternidad y con la relectura pascual de esos momentos de prueba.

### **3. Armonizar cuatro dimensiones**

La formación permanente atañe pues a toda la persona del pastor, puesto que a imagen de Cristo, su vida y su ministerio, su identidad y su misión no pueden ser dissociadas.

Por lo tanto hay que armonizar todas las dimensiones que forman la personalidad y la misión del pastor «según el corazón de Dios», a saber las dimensiones humana, espiritual, intelectual y pastoral, que ya se hallan presentes en la formación de los seminarios (cf. *Ratio studiorum*, actualmente en curso de revisión). La formación permanente, que debe articularse sobre la inicial, sin ser simplemente su repetición, intenta tener en cuenta la experiencia adquirida y las características propias de las nuevas condiciones de la vida y del ministerio de los sacerdotes. Trata de «mantener vivo un proceso general e integral de continua maduración, mediante la profundización, tanto de los diversos aspectos de la formación –humana, espiritual, intelectual y pastoral– como de su específica orientación vital e íntima, a partir de la caridad pastoral y en relación con ella» (PDV 71).

*\* La formación humana para vivir una humanidad realizada*

Esta dimensión se impone como fundamental: «el sacerdote debe crecer en el contacto cotidiano con los demás y compartiendo su vida de cada día» (PDV 72). Este contacto es el primer lugar de crecimiento en humanidad cuando se lo puede releer con una mirada de fe y a la luz muy útil de las ciencias humanas, y sobre todo cuando está animado por una caridad pastoral que acerca a los más pequeños.

Necesita cultivar en sí cierto número de cualidades humanas, de virtudes, las descritas en las cartas de San Pablo y en las cartas pastorales referentes a la elección de los responsables de las comunidades; la bondad de corazón, la paciencia, la amabilidad, la fortaleza, el amor por la justicia, el sentido del equilibrio, la fidelidad a la palabra dada, la coherencia con los compromisos libremente asumidos... (cf. PO 3, que cita *Flp* 4,8 y remite también a la carta de Policarpo a los *Filipenses*, 6,1).

Vivimos hoy en una sociedad de liberalismo y de individualismo que dispersa los deseos y reivindica la autonomía del sujeto; en tal contexto, ¿no hay que estar particularmente atento a las relaciones afectivas, al uso de los bienes de este mundo, en especial el dinero y el poder? El equilibrio humano se podrá construir solo en una justa relación a estos grandes ámbitos de la existencia.

Está involucrado todo el ser con sus capacidades intelectuales y afectivas. La Exhortación, apoyándose en Cristo, que vino a compartir nuestra humanidad (*Heb 4,15*) invita a desarrollar en nosotros esa sensibilidad humana que se enriquece con la experiencia pastoral cotidiana, particularmente con el contacto de aquellos que sufren y están agobiados por el peso de la carga.

*\* Formación espiritual para ser hombres habitados por el Espíritu*

Ya hemos subrayado hasta qué punto la vida presbiteral crece enteramente bajo el impulso del Espíritu Santo. Éste configura al sacerdote con Cristo, Cabeza y Pastor. Este vínculo específico, elegido libremente y conscientemente, y recibido por la mediación eclesial, debe ser alimentado «por una vida de comunión y de amor más y más rica y una participación cada vez mayor y más radical en los sentimientos y actitudes de Jesucristo». Esta exigencia halla su finalidad en la santificación personal del sacerdote, pero dentro de la autenticidad y la fecundidad de su ministerio. La Exhortación cita una respuesta luminosa de San Carlos Borromeo. A la pregunta «¿Ejerces la cura de almas?», el gran obispo de Milán responde:

«No olvides por eso el cuidado de ti mismo y no te entregues a los demás hasta el punto de que no quede nada tuyo para ti mismo. Debes tener cierta-mente presentes a las almas de las que eres pastor, pero sin olvidarte de ti mismo. Comprended, hermanos, que nada es tan necesario a los eclesiásticos como la meditación que precede, acompaña y sigue todas nuestras acciones: *Cantaré* –dice el profeta– *y meditaré* (cf. *Sal 100,1*). Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces. Si celebras la misa, medita lo que ofreces. Si recitas los salmos en el coro, medita a quién y de qué cosas hablas. Si guías a las almas, medita con qué sangre han sido lavadas; y todo se haga entre vosotros en la caridad (*1Co 16,14*). Así podremos superar las dificultades que encontramos cada día, que son innumerables. Por lo demás, esto lo exige la misión que se os ha confiado. Si así lo hacemos, tendremos la fuerza para engendrar a Cristo en nosotros y en los demás» (Citado en PDV 72).

*Si vivimos por el Espíritu, dejémonos conducir por el Espíritu*, dice San Pablo (*Ga 5,25*); como la lámpara del santuario debe ser alimentada, a veces resulta necesario «reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu. Lo que el apóstol Pablo dice de los creyentes, que deben llegar al *estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo* (*Ef 4,13*) se puede aplicar de manera especial a los sacerdotes...» (PDV 72).

Los medios para alimentar esta vida espiritual son conocidos: oración, lectura de la Palabra de Dios y de los autores espirituales, celebración de los sacramentos, en especial de la Eucaristía y de la Reconciliación, retiro espiritual. Se puede añadir la elaboración personal o comunitaria de un proyecto o de una regla de vida que ayude a la relectura, y no habría que descuidar por fin el descanso necesario y los encuentros fraternos que favorecen la amistad sacerdotal siempre preciosa.

*\* La formación intelectual para ser capaz de un diálogo constructivo*

«La perseverancia en el estudio teológico es indispensable para que el sacerdote pueda cumplir con fidelidad el ministerio de la Palabra, anunciándola sin titubeos ni ambigüedades, distinguiéndola de las simples opiniones humanas, aunque sean famosas y difundidas» (PDV 72). Lo mismo vale para la auténtica riqueza de la Tradición, en particular los documentos del Magisterio. San Francisco de Sales que cuidó mucho de la formación de sus sacerdotes, les decía que «el estudio es el octavo sacramento de la Iglesia», y el Concilio Vaticano II precisó la finalidad pastoral de esta formación:

«Como quiera que en nuestros tiempos la cultura humana, y también las ciencias sagradas, avanzan con nuevo paso, se incita a los presbíteros a que perfeccionen adecuadamente y sin intermisión su ciencia humana y divina, y así se preparen a entablar más oportunamente el diálogo con sus contemporáneos» (PO 19).

Lo que caracteriza, en efecto, la formación intelectual del pastor, no es la ciencia del investigador o la pedagogía del profesor, sino la calidad del diálogo pastoral; este diálogo requiere una apertura de espíritu, una información acerca de la cultura de su tiempo, la confrontación con las ciencias y las grandes corrientes filosóficas. Esta actividad intelectual siempre sumisa a la fe, permitirá observar una actitud razonable frente a los slogans del momento, las informaciones selectivas de los medios o el desarrollo de prácticas de devoción en las que priman a veces lo irracional y lo sensible en detrimento de la razón y del discernimiento espiritual; ayudará a cada uno a detectar los a-priori, a distinguir lo esencial de lo accesorio, en fin, a permitir *dar razón de la esperanza* que hay en él (cf. *IP* 3,15).

*\* Formación pastoral para ser hombres de comunión, atentos a las personas*

La Exhortación recuerda las palabras de la carta de Pedro: *Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios (IP 4,10)*.

Se trata de actualizar día tras día la caridad pastoral de Cristo, recibida en el sacramento del Orden y que debe irrigar toda la actividad ministerial. Es una gracia y una responsabilidad para conocer mejor a aquellos a quienes se es enviado, discernir las llamadas del Espíritu y buscar con empeño las actitudes pastorales mejor adaptadas; sabemos que todo esto reclama disponibilidad y comprensión de la historia personal de cada cual, preocupación por respetar la verdad de la fe y respeto de las exigencias que ayudan a crecer.

*\* Para tender a una unidad interior*

La andadura pastoral y espiritual del sacerdote necesita integrar estas cuatro dimensiones armoniosamente; no es posible hacer esto sin volverse hacia la figura del Buen Pastor y sin desarrollar el amor universal que animaba a Cristo durante toda su vida y en cada uno de sus encuentros.

Más de una vez vemos en los Evangelios a Cristo enseñando a sus discípulos. Al regreso de su misión vienen a compartir sus experiencias y sus preguntas, a pedir consejo, a aprender a rezar y a disponerse a seguir a Aquel que es *manso y humilde de corazón* (cf. entre otros *Mt* 10 y 11...). Nos imaginamos todo lo que fue asimilado por los discípulos en ese compañerismo cotidiano con Jesús, pero descubrimos también que nada se llega a adquirir definitivamente si no hay una conversión interior a su Espíritu.

Dejarse enseñar y conducir por el Señor, forjar en sí un corazón de discípulo, tal es finalmente el objeto de una formación que ayudará a «superar la tentación de llevar su

ministerio a un activismo finalizado en sí mismo, a una prestación impersonal de servicios, sean espirituales o sagrados, a una especie de empleo en la organización eclesial» (PDV 72).

La formación permanente habrá alcanzado su finalidad si ha podido ayudar al sacerdote a custodiar con amor vigilante el misterio del que es portador, para el bien de la Iglesia y de la humanidad; si le ha permitido también mantener esa «juventud» de alma caracterizada por el deseo de aprender, y sobre todo de crecer en santidad, con una renovada confianza en la misericordia del Señor.

#### **4. Para hacer memoria del Señor en la Iglesia**

El «hacer memoria» es constitutivo de la Iglesia, comunión misionera, y del ministerio del sacerdote, servidor de la Eucaristía: hacer memoria del don de Dios y anunciarlo a tiempo y a destiempo abarcan el ser mismo del ministro, un ser que se recibe de Dios.

*Que se nos mire, pues, como a servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se pide a los administradores, es que sean fieles... (1Co 4,1ss).* A San Pablo poco le importa ser juzgado; él refiere toda su existencia a la gracia que lo ha constituido apóstol, a pesar de su indignidad. Esta mirada sobre sí mismo es mirada de fe y en la fe, mirada que se nutre de la mirada de Cristo: *Jesús lo miró y lo amó (Mc 10,21)*. Cada uno de nosotros somos ese hombre rico... con el amor misericordioso de Dios. Nos es necesario pues, como a todo creyente, cultivar esa mirada de fe, esperanza y amor sobre nosotros mismos y sobre nuestros hermanos. Solo esa mirada puede liberarnos de nuestras cerrazones y temores, de nuestros endurecimientos o nuestras actitudes frente a la desilusión, cosas todas que resecan la vida espiritual y obstaculizan el ejercicio del misterio.

En la Iglesia recibiremos la ayuda para esta mirada, porque el pastor no puede estar separado del rebaño. ¿Cómo podría el ministro existir fuera del pueblo a cuyo servicio ha sido enviado?

Ese vínculo vital con una Iglesia local se expresa en la realidad canónica de la incardinación y se concretiza en la colaboración con el obispo, el presbiterio y más ampliamente con los demás ministros, diáconos y laicos. Los encuentros de formación que congregan a los sacerdotes, así como los que congregan en una misma sesión a sacerdotes y laicos –y que son más y más frecuentes– contribuyen útilmente a la confianza y a la estima mutuas; permiten vivir la corresponsabilidad de una necesidad de los tiempos, como la alegría de cumplir en común una misma misión.

Sin embargo este arraigo local no deberá ser vivido como un replegarse sobre una particularidad; por ser local, la Iglesia no es menos universal y el ministerio de comunión invita a ensanchar los horizontes para participar en la vida de las demás Iglesias con «un intercambio de dones». También aquí, los tiempos de formación permiten prepararse a tal apertura que podrá llegar para algunos hasta la disponibilidad a partir para ponerse al servicio de otras Iglesias y para todos, a dejarse evangelizar por el testimonio de los hermanos en la fe. La fidelidad hasta el martirio de la Iglesia de Argelia o de la del Sudán, por citar solo estos dos ejemplos tan cercanos, nos evangeliza con fuerza particular en estos últimos meses.

#### **5. Abrirse al misterio**

La formación permanente es, así, tal vez más una actitud que una página suplementaria en nuestra agenda. Es esa atención vigilante al misterio que fundamenta nuestras vidas y que, más allá de las crisis y el tiempo, deja musitar en nosotros la voz del Padre y nos hace capaces de expresar una esperanza que nos supera: ... *porque el Señor no nos ha dado un espíritu de temor sino un espíritu de fortaleza, de amor y de sobriedad. No te avergüences, por lo tanto, de dar testimonio de nuestro Señor (2Tm 1,7).*

Estamos invitados a no unir nuestras voces al concierto de lamentos ni ceder en nuestros corazones (en la línea del documento episcopal francés «Proposer la foi dans la société actuelle») sino a alegrar-nos con todos los hombres de buena voluntad por las maravillas reveladas al mundo de hoy, y con los creyentes, por el don precioso y estructurante de la fe.

En medio de los cambios que nos atropellan realmente, es necesario hacer obra de discernimiento para «ver con claridad lo que hay que hacer y tener el valor de llevarlo a la práctica» (según una oración del tiempo ordinario) a fin de conservar *lo que se te ha confiado, con la ayuda del Espíritu que habita en nosotros (2Tm 1,14).*

En resumen, el objeto de la formación permanente de los sacerdotes es esa actitud espiritual que consiste en abrirse a la Buena Noticia de Cristo, que se lee tanto en el libro de la humanidad como en el corazón de Dios.

(Traducción de las monjas benedictinas de Santa Escolástica)

---

1. El autor es el Delegado diocesano para la Formación Permanente de la diócesis de Annecy, Francia. Artículo publicado en «Prêtres Diocésains», diciembre de 1996.

## FORMACION SACERDOTAL PERMANENTE

---

*Pbro. Horacio J. Álvarez<sup>1</sup>*

1. Lo que se presenta en estas páginas es sólo un conjunto de ideas y reflexiones acerca de la Formación sacerdotal integral permanente (FSIP) y de lo que algunos llaman «Pastoral sacerdotal». Gracias a Dios, en Argentina éste es un tema sobre el cual se está reflexionando con el deseo de iluminar y ayudar a los sacerdotes en su crecimiento y fidelidad.

2. Una primera afirmación importante acerca de este tema es que siempre será necesario procurar un conocimiento, más profundo de lo que viven real y concretamente los sacerdotes de nuestras Diócesis. Entre nosotros hay descripciones y reflexiones generales de mucho valor, pero ninguna puede dispensarnos de conocer más de cerca y en profundidad la situación de los sacerdotes: sus alegrías y necesidades, sus riesgos y logros, ... en última instancia se trata de ir creciendo en el conocimiento de personas y esto requiere tiempo, interés y un marco que lo haga posible. Al ser la vida sacerdotal contemporánea tan dinámica, nunca se podrá descansar en un conocimiento «adquirido» y en descripciones estáticas; cada Diócesis debiera generar espacios de comunión, encuentro y diálogo que le permita conocer la situación real de sus presbíteros. La FSIP es una forma especial de la catequesis de adultos y si no parte de esto, corre el riesgo de no tener incidencia alguna en los sacerdotes y no involucrarlos activamente.

3. Otro punto que es importante y no parece haber sido suficientemente reflexionado es el del marco general en el que debe pensarse la FSIP. El Concilio nos ha dicho que «el mismo ejercicio del ministerio» es que permite al sacerdote crecer como persona, como creyente y como signo vivo de Jesucristo Pastor. En algunos ambientes, esta afirmación parece despertar algunos recelos; se la interpreta como una especie de «canonización» del activismo. Tal vez debamos volver a los textos conciliares para redescubrir que «ministerio» no es cualquier actividad en la que el sacerdote se embarca y que en la medida en que sea realmente «ministerio», «postula, alimenta y configura la espiritualidad sacerdotal» (según la feliz expresión del Documento de la Comisión Episcopal del Clero de la CEE)<sup>2</sup>. Esta última afirmación constituye un principio que nos permite decir: todo aquello que favorezca, en nuestros sacerdotes concretos, el ejercicio del ministerio según el Espíritu de Cristo, contribuirá a la FSIP. Ejercicios espirituales, actualización teológico-pastoral, encuentros de distinto tipo, etc... no serán sino algunos elementos de un proceso en el que deben integrarse armónicamente el esfuerzo y la responsabilidad personal (autoformación), el acompañamiento y el aporte adulto de las Comunidades cristianas y el Presbiterio (coformación) y la responsabilidad intransferible del Obispo (heteroformación).

4. Como se trata de acompañar el crecimiento de personas, habrá que pensar en un itinerario permanente tan variado como los caminos que las distintas personas recorren; sin embargo, la experiencia, la psicología del crecimiento... nos muestran que se puede hablar de etapas, con sus riquezas, desafíos, problemas y gracias propios. Las sugerencias que siguen responden fundamentalmente a los primeros años de la vida sacerdotal.

5. Sin pretender describir la situación de los sacerdotes jóvenes y apoyándonos en algunos trabajos ya existentes<sup>3</sup> se pueden señalar algunas características de lo que viven:

□ muchas *ganas de dar y hacer*, después de los años de formación en el Seminario en los que se tiene conciencia de haber recibido mucho y la impresión de no haber hecho tanto. Este deseo algunas veces viene coloreado por una necesidad de autoafirmación: el joven

sacerdote quiere «probar» delante de sí mismo, del Seminario y del Presbiterio, que es capaz, que ya creció... necesita de un espacio propio y de reconocimiento... Estas necesidades pueden opacar los valores del servicio y la entrega de la vida y conducir a un activismo casi «compulsivo» en el que a veces con buena voluntad se hipoteca el futuro y se cae en la búsqueda de uno mismo.

□no hace falta que pase mucho tiempo para que ese deseo de dar y hacer se *choque con una realidad que hoy es muy compleja* y si no hay un acompañamiento acertado se pueden producir desalientos y frustraciones. La sensación habitual es que frente a tan compleja realidad no se sabe qué hacer (desorientación), y no se tienen fuerzas, energías o capacidades para hacerlo (impotencia). En ese momento es inevitable que el joven sacerdote mire para atrás (el tiempo del Seminario) y sienta su formación inútil o pobre; mire su realidad actual y se sienta solo (con grandes responsabilidades que le pesan y solo frente a ellas) y mire hacia adelante y experimente desesperanza, tristeza e incluso dudas sobre el sentido de su entrega.

. en esta etapa, lo que gusta y atrae, lo «nuevo», que llena la vida y a la vez provoca inquietudes y temores, es el ministerio, es decir, el estar de lleno en la acción evangelizadora, compartiendo responsabilidades con otros sacerdotes, trabajando cerca de la gente... Por ese motivo la FSIP debe responder a *este interés vital* y a la situación descrita.

**6.** Teniendo en cuenta este contexto, podemos afirmar que la FSIP en los primeros años de la vida sacerdotal debiera tener algunas características:

**6.1.** No debe pasar tanto por clases, actualización y cursos (aunque éstos no pueden faltar) cuanto por ACOMPAÑAR estos primeros pasos para que sean fuente de crecimiento. Este acompañamiento debe:

- ORIENTAR: para que el sacerdote no escape de la compleja realidad con que se encuentra buscando cualquier tipo de refugios, o se zambulla en ella sin ton ni son. Debe ser fraterno y cálido, pero también con autoridad, sobre todo con la autoridad que da la experiencia y la solicitud sincera de un Padre. Aunque ser «Padre, hermano y amigo» es sin duda difícil, resulta imprescindible para esto.

- ALENTAR Y SOSTENER: tanto el Obispo como los demás sacerdotes y la comunidad cristiana deben sostener estos primeros pasos con su aliento, valorando los esfuerzos limitados, pero casi siempre sinceros y generosos. No se trata de favorecer infantilismos o actitudes narcisistas, sino de ayudar a vivir con gusto y alegría lo que el sacerdote es y hace en servicio de Dios y de su Pueblo.

- El acompañamiento episcopal y presbiteral, y el que pueda brindar la comunidad cristiana, no reemplaza de ninguna manera la PROPIA RESPONSABILIDAD que deberá ser exigida con urgencia y favorecida con sabiduría. Frente a las dificultades todos tendemos a buscar responsables fuera de nosotros mismos.

- Tanto el compromiso personal como el acompañamiento deben ayudar al joven sacerdote a una NUEVA SÍNTESIS, ya que la del Seminario le resulta evidentemente insuficiente. A este propósito, vale la pena mencionar esta reflexión de Segundo Galilea<sup>4</sup>: *La crisis es la transición entre dos síntesis. Y cuanto más nos cueste hacer la nueva síntesis, más se acentuará la crisis. Hay aquí un problema pedagógico: no tenemos derecho a destruirle a alguien sus síntesis, si no le damos una síntesis mejor. Corremos el riesgo de dejarlo en una crisis permanente que no va a solucionar. Una crisis no solucionada es una ruptura y es el abandono definitivo de un valor.* Todo crecimiento, toda síntesis nueva, vistos en esta perspectiva, requiere de quien la vive mucha paciencia y discernimiento para no

desprenderse prematuramente de algo que todavía se necesita; y una prudente audacia para no aferrarse a formas y opciones que pueden impedir el crecimiento aunque den seguridad. Quienes acompañan al joven sacerdote deben ayudar con el consejo y el testimonio en este camino, pero nunca lo pueden reemplazar, ya que es él quien debe crecer.

**6.2.** Creemos que en esta etapa se debe privilegiar el acompañamiento ESPIRITUAL Y PASTORAL. Lo espiritual desde el ministerio y hacia él; es muy enriquecedor el planteo que hace el documento ya citado de la Comisión del Clero de la CE española (nota 1). Lo espiritual, también desde la particular experiencia de oración que es propia de un presbítero llamado a ser orante y maestro de oración. Y mientras más maestro, más orante, porque *toda palabra verdadera sobre la oración es autobiográfica*<sup>5</sup>. Lo pastoral para que se integren en una nueva síntesis las actitudes, lo estudiado en el Seminario, las nuevas experiencias y los recursos técnicos y las estrategias (con el espíritu que debe animarlos para que no se empobrezcan y vacíen). En este acompañamiento de los primeros años pueden ayudar reflexiones como las de Segundo Galilea en «Tentación y discernimiento» o también las que proponen el Cardenal Martini en «Pablo en lo vivo del ministerio» y Amadeo Cencini en «Amarás al Señor tu Dios»<sup>6</sup>.

**7.** En cuanto a la MODALIDAD del acompañamiento, debiera existir la posibilidad real de un acompañamiento personal del Obispo, del Vicario del Clero y del sacerdote con quien el neo presbítero trabaja. Quizá en este punto sea necesaria una toma de conciencia: esto no es sólo una necesidad de las nuevas generaciones, es algo que viene exigido por la realidad misma de la Iglesia en la medida que ella quiera vivir de verdad lo que está dicho en tantos documentos, es decir, que ella es fundamentalmente Misterio de Comunión. Obispos, presbíteros, comunidades cristianas, debemos tomar conciencia cada vez más profundamente de esta «solidaridad» que nos hace mutuamente responsables y que para no quedar en «buenas intenciones» debe concretarse en tiempo dedicado, iniciativas buscando el diálogo, aunque resulte difícil, etc... No es ésta la única modalidad de acompañamiento que debe ser promovida: los grupos de «reflexión, oración y amistad» son de un inmenso valor y no debieran ser una posibilidad solo para quienes tienen interés por alguna asociación sacerdotal, sino propuestos como imprescindibles, especialmente en los primeros años.

#### NOTAS:

<sup>1</sup> De la Arquidiócesis de Córdoba.

<sup>2</sup> *El Ministerio alimenta, postula y configura la espiritualidad sacerdotal*. Comisión Episcopal del Clero. Conferencia Episcopal Española. Documento de Trabajo para el Congreso de Espiritualidad sacerdotal. EDICE. España. Ha sido publicado en la Revista «Pastores» N° 2, 35-52.

<sup>3</sup> Además del Trabajo presentado por Mons. Arancibia en la CEA, hay un artículo del P. Carlos Galli, publicado en *Criterio*, y varios trabajos realizados en algunos de nuestros presbiterios (San Isidro, Córdoba...). Ninguno pretende ser exhaustivo, pero tienen aproximaciones valiosas.

<sup>4</sup> *El Camino de la Espiritualidad*. Ed. Paulinas, 1990, 4ª edición, p. 134.

<sup>5</sup> *La oración, historia de amistad*. M. Herraitz García. Editorial de espiritualidad, Madrid 1985, 3ª edición.

<sup>6</sup> *Tentación y discernimiento*, Segundo Galilea. Narcea Ediciones, 1991, Madrid.

*Pablo en lo vivo del ministerio*. Carlo M. Martini. Edicep, 1991, Valencia.

*Amarás al Señor tu Dios, psicología del encuentro con Dios*. Amadeo Cencini. Sociedad de educación Atenas, Madrid, 1994, 2ª edición.

## LOS MINISTERIOS ORDENADOS Y SU IMPORTANCIA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

*P. Eduardo Pérez-Cotapos Larraín ss.cc.<sup>1</sup>*

---

Se me ha solicitado esta ponencia sobre los Ministerios Ordenados y su importancia en la vida de la Iglesia. No se trata, por lo tanto, de un planteamiento estrictamente teológico sobre los Ministerios considerados en sí mismos, sino desde el ángulo de su relación con la vida de la Iglesia. Entiendo que esto puede expresarse como un esfuerzo por iluminar el papel de los Ministerios Ordenados en el conjunto de la vida eclesial. Y este aporte me ha sido solicitado en el marco de un Encuentro que tiene como objetivo «Crear espacios de diálogo y reflexión sobre la importancia del trabajo conjunto de quienes laboran en las Vocaciones, Seminarios y Ministerios Ordenados»; nuevamente aquí nos enfrentamos con algo que tiene que ver con la vida de la comunidad cristiana toda y con los procesos de formación a los ministerios. Deseo tener presente estos horizontes como telón de fondo en el desarrollo del tema.

### 1. ANOTACIÓN INTRODUCTORIA: LA SITUACIÓN ACTUAL DE LOS MINISTERIOS

#### Transformaciones en los Ministerios Ordenados

En los decenios posconciliares los diversos Ministerios han conocido un proceso de profundas transformaciones:

1. El Concilio Vaticano II puso un acento muy fuerte en el valor del ministerio episcopal para la vida de la Iglesia, que es bien conocido por todos nosotros. No son pocos los que señalan que en este hecho se encuentra uno de los rasgos más originales de la eclesiología conciliar. El rol de los Obispos en la Iglesia Latinoamericana de los últimos 30 años ha sido absolutamente determinante para la vida de esta porción del Pueblo de Dios. No sólo en un sentido teológico, sino en cuanto a la experiencia misma de la vida cristiana y a la marcha pastoral de la comunidad eclesial. Creo que aquí estamos ante un hecho novedoso para la vida de la Iglesia de los últimos siglos, y que marca profundamente su experiencia cotidiana. Podemos decir, sin exagerar demasiado, que se ha recuperado en la vida cotidiana de la comunidad cristiana la importancia vivida del ministerio episcopal.

2. A partir de la mitad de los años 60 se produce un fuerte descenso en las vocaciones al ministerio presbiteral y un cuestionamiento muy hondo del sentido y validez de este ministerio para la vida de la Iglesia. Las tres últimas décadas han remecido con fuerza el ejercicio del ministerio presbiteral. Se han abierto cauces nuevos para el ejercicio del ministerio (pensemos sólo en lo novedoso que era en los años 60 el plantearse la posibilidad de ser sacerdotes obreros). Se ha transformado la vida concreta de los presbíteros, en un nivel que aún es difícil de evaluar en sus consecuencias prácticas y en su calidad. El descenso en el número de sacerdotes ha estimulado el surgimiento de nuevos ministerios para la vida concreta de las comunidades cristianas. Aunque, por otro lado, estos años han sido también el tiempo en que ha ido surgiendo un clero nativo en AL con un rostro más claramente latino-americano y popular. En el conjunto de los Ministerios Ordenados, me parece que es el ministerio presbiteral el que ha sufrido los mayores embates y cambios más profundos. A ello se agrega que tradicionalmente se ha entendido que todos los procesos de formación ministerial son en vistas del presbiterado (no hay

Seminarios para Obispos ni para Diáconos); y por lo mismo los cambios en la vivencia del ministerio presbiteral plantean preguntas sobre la validez de las estructuras y planes formativos de los Seminarios para este nuevo momento eclesial.

3. Este mismo período ha sido también el tiempo del redescubrimiento del ministerio diaconal. El restablecimiento del diaconado permanente en la Iglesia Latina, con la consecuente admisión de hombres casados a la ordenación diaconal, ha conllevado el surgimiento de un ministerio con amplias posibilidades de un ejercicio sociológicamente más marcado por rasgos laicales que clericales. Ésta es una novedad fuerte, en pleno descubrimiento. Tengo la impresión que los avatares del diaconado permanente han sido diversos de una Iglesia diocesana a otra. En algunos casos con cosas muy bien logradas, en otros con limitaciones fuertes. Todo lo que dice relación al rol de los Diáconos permanentes en la vida de nuestra Iglesia es algo que está aún en sus primeros tanteos. Es mucho lo que falta andar para que se pueda decir que se trata de una experiencia más o menos consolidada.

En correlación a las transformaciones eclesiales

Los cambios experimentados en el ejercicio de estos ministerios están en estrecha dependencia de las transformaciones que ha ido viviendo la comunidad cristiana en su totalidad. Entre estas transformaciones –que no es del caso empezar a analizar con detalle en este momento– destacan en nuestra América Latina el rol asumido por los laicos y la experiencia de comunidades cristianas (lo que se ha llamado *Comunidades Eclesiales de Base*). Ambas realidades tocan fuertemente el modo cómo se ejercen los Ministerios Ordenados en la realidad latinoamericana.

Lo novedoso de estas transformaciones se sitúa principalmente en el modo cómo se ha ido modificando la vivencia de la fe entre los grupos más pobres de AL, los campesinos y los habitantes de los suburbios de las grandes ciudades. En ellos se ha desarrollado un protagonismo anteriormente desconocido de los laicos. De laicos populares, con poca educación formal y poca capacidad de influencia social; de gente habitualmente marginada de las grandes decisiones sociales. En tiempos preconciliares sin duda que existió una importante presencia de laicos en la vida eclesial; pero se trataba habitualmente de personas de niveles sociales medios y altos, con buena formación intelectual, y que asumían una tarea de defensa política de la Iglesia. En Chile, por ejemplo, es habitual que los grandes prohombres católicos de inicios de siglo sean a la vez prominentes miembros del Partido Conservador; o, promediando el siglo, de la Democracia Cristiana. Esta figura es en la actualidad más escasa, y a las asambleas eclesiales acude una importante cantidad de hombres y mujeres de bajos recursos que se sienten participando en la vida de la Iglesia de una manera que nunca antes lo habían hecho. Estas mismas personas son quienes componen la abrumadora mayoría de los miembros de las *Comunidades Eclesiales de Base*. En la novedad eclesial de estas comunidades se acoge a los Ministros Ordenados de una manera nueva que merece ser estudiada y valorada con seriedad. En estas mismas comunidades surgen también renovadas formas de servicios no ordenados o ministerios laicales, que bien orientados son interesantes formas de compromiso laical y un complemento importante de los Ministerios Ordenados.

En este horizonte eclesial, que con estos breves rasgos he buscado traer a la imaginación, se debe situar una reflexión actual sobre el valor de los Ministerios Ordenados en la vida de la Iglesia Latinoamericana. Y por la misma complejidad de su situación

debemos prestar una atención especial al ministerio presbiteral, que parece ser el eje en torno al cual se articulan las problemáticas más fuertes.

## 2. FUNDAMENTACIÓN BÁSICAMENTE CRISTOLÓGICA DE LOS MINISTERIOS

En la reflexión teológica contemporánea sobre el sentido de los Ministerios se ha dado un debate amplio en cuanto a la manera de situarlos como primera y fundamentalmente dependientes de la vida de la comunidad<sup>2</sup> o como teniendo una vinculación primordial con la persona de Jesús<sup>3</sup>. Esta última orientación es la que está presente en todas las orientaciones magisteriales recientes<sup>4</sup>, y es la que desarrollaremos más ampliamente. Hacer depender el origen del ministerio de la vida de la comunidad acarrea una serie de dificultades teológicas muy difíciles de resolver, y que tienden a diluir lo más específico de la concepción católica de los Ministerios Ordenados. Sin embargo quienes defienden posturas en esa línea no son personas empecinadas en el error, sino creyentes muy sensibles a la necesaria e inseparable relación que debe existir entre el Ministro y la comunidad eclesial como condición indispensable para un recto ejercicio del servicio ministerial y de la misión de la Iglesia<sup>5</sup>. A mi parecer en esto hay una percepción muy correcta, que debe ser considerada en toda presentación del Ministerio Ordenado. En caso contrario se corre el peligro de transformar a los ministros en un grupo sacral, separado de su comunidad y superior a ella; lo que no se condice de la orientaciones neotestamentarias básicas.

Una fundamental referencia a la misión de Jesús

En el presente existe un creciente acuerdo en cuanto a señalar que la fundamentación teológica básica del Ministerio Ordenado es de tipo cristológico. Una recta comprensión del ministerio no puede intentar fundarlo en una especie de delegación o encargo para desempeñar un oficio recibido por un hombre de una determinada comunidad eclesial. Lo más específico de la *ordenación* parece estar en apuntar a que el ministerio que se entrega al ordenando es un don que él recibe gratuitamente de parte de Dios mismo; un don que la comunidad discierne, pero que no encuentra en ella su origen; un don que no es para beneficio personal del ordenado, ni para el servicio exclusivo de esa comunidad, sino para el servicio de la Iglesia entera, y más ampliamente de la humanidad entera.

Para entender esto es posible tomar dos caminos complementarios. El primero consiste en mirar el conjunto del NT y preguntarse por su especificidad, por su núcleo integrador. De allí resulta que lo más original –que es a la vez lo más desconcertante del NT para sus contemporáneos– no está en un mensaje o en unas instituciones que este grupo esté proponiendo, sino en una persona. La persona misma de Jesús, como el Hijo de Dios encarnado que viene a proclamar el Evangelio de la gracia de Dios mediante sus obras y sus palabras, es el punto focal del NT. Al presentar las cosas de esta manera está involucrada una específica percepción de la persona de Jesús. Como ha señalado de manera cada vez más clara la exégesis contemporánea, es inadecuada una presentación de Jesús que se centre en su tarea de comunicador de un determinado mensaje; incluso si esta tarea se la entiende como anunciar el Evangelio del reino de los Cielos. No cabe duda alguna que éste es un componente importante de la vida de Jesús, pero lo central de su ministerio mesiánico va por otro lado. El punto focal que permite entender correctamente toda la actividad de Jesús es la reivindicación de su particular relación con el Padre. Jesús pretende tener una misión directamente recibida del Padre, la que le confiere una autoridad (*exousía*)

enteramente diversa a la de las autoridades de Israel; su autoridad proviene de la certeza absoluta de que el Padre está actuando en su persona; que su ministerio mesiánico es el concreto momento de la irrupción escatológica del reinado de Dios.

Para iluminar mejor estas afirmaciones, demos una mirada al evangelio de Juan, donde ellas están llevadas a su máxima explicitación. En el estilo circular del pensamiento joánico estas afirmaciones están expresadas de múltiples maneras. Jesús afirma que ha sido enviado por el Padre (cf. *Jn* 5,36.37.43; 8,42; 14,24); que no hace nada por su propia cuenta, sino lo que Él le ha mandado decir y hacer (cf. *Jn* 5,19-23; 8,28.38; 10,18.25.37; 12,49-50; 14,31; 15,15). Por lo mismo Jesús es quien conoce al Padre (cf. *Jn* 10,15); aquel a quien el Padre ha puesto todo en su mano (cf. *Jn* 3,35), porque todo lo que tiene el Padre es suyo (cf. *Jn* 16,15); es aquel del cual el Padre da testimonio (cf. *Jn* 8,18). Consecuencia de esto es que quien odia a Jesús odia al Padre y quien honra a Jesús honra al Padre (cf. *Jn* 5,23; 15,23-24; 16,3); los creyentes auténticos, aquellos a quienes el Padre ama, son los que quieren a Jesús y creen que ha salido de Dios (cf. *Jn* 16,27); y por lo mismo se puede afirmar que ellos son los que van a Jesús atraídos por el Padre (cf. *Jn* 6,37.40.44-45.65; 10,29). En este nivel de la actividad de Jesús el pensamiento joánico alcanza una de sus mejores expresiones en las palabras puestas en boca de Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie va al Padre sino por mí» (*Jn* 14,6). Dando un paso más, en el evangelio de Juan se sacan las consecuencias de lo que esto implica para la persona misma de Jesús. Él ha sido marcado por el sello de Dios (cf. *Jn* 6,27), santificado por el Padre (cf. *Jn* 10,36). Jesús afirma que Él está en el Padre y el Padre está en Él (cf. *Jn* 10,38; 14,10-11; 17,21); que el Padre lo ama (cf. *Jn* 10,17; 15,9-10); que el Padre está con Él (cf. *Jn* 16,32); que Él vive por el Padre (cf. *Jn* 6,57). En el contexto de estas afirmaciones no es extraño que los judíos, entendiendo el fondo de sus afirmaciones, se enfurezcan con Jesús acusándolo de hacerse igual a Dios (cf. *Jn* 5,18.26). El conjunto de esta explicitación joánica de la conciencia mesiánica de Jesús encuentra su cumbre en *Jn* 10,30: «El Padre y yo somos uno». Para Juan éste es el núcleo articulador de todo el NT. Entender esta reivindicación es lo que abre las puertas para entender el resto de todas las problemáticas presentes en los evangelios.

Sería posible cuestionar los planteamientos anteriores señalando que el pensamiento joánico es la teología más tardía de todo el NT –cosa sin duda verdadera– y que por lo mismo aquí podríamos estar ante un pensamiento teológico del evangelista más que ante la conciencia de Jesús mismo. La pregunta es en sí misma correcta. Pero en esta línea es interesante constatar que en los últimos decenios se ha ido desarrollando un importante trabajo sobre el material sinóptico y su relación con la teología paulina y joánica que muestra la profunda fidelidad de éstas al mensaje de Jesús. No cabe duda que los textos evangélicos más propios de Jesús son sus parábolas. En ella es posible reconocer en germen estas mismas acentuaciones básicas que después son ampliamente explicitadas por Juan. Es decir, la reivindicación efectuada por Jesús del carácter mesiánico de su misión, y especialmente de su persona; en Él es el Padre mismo quien está actuando, quien está instaurando su reinado en favor de los pobres y los pecadores<sup>6</sup>. Por ello podemos afirmar que en el evangelio de Juan se encuentra una explicitación de las afirmaciones básicas de Jesús sobre su persona, y no el desarrollo de una cristología alejada de los acentos característicos de la primera predicación del Evangelio.

Volviendo a retomar *in recto* el tema del ministerio confiado a los discípulos, podemos ver que éste se sitúa en una dinámica semejante a la de la relación de Jesús con el Padre. Tomando las palabras del evangelista Juan: *Tal como el Padre me ha enviado, así también yo los envío a ustedes* (cf. *Jn* 13,20; 17,18; 20,21). El ministro no está invitado a entrar en

una tarea consistente en el simple anuncio de un mensaje o en el cumplimiento de determinadas funciones; su condición de discípulo le involucra en la misma misión de su Maestro, la que sólo adquiere sus auténticas dimensiones cuando se la mira desde su nexo con el Padre. Se trata de una misión en la cual se es invitado a hacer y decir aquello que proviene del Padre por medio de Jesús.

Otro camino para entender el sentido esencialmente cristológico del ministerio es partir de una concepción trinitaria del misterio de la Iglesia. La Iglesia es misterio porque es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo el que se ofrece de manera gratuita a cuantos han nacido del agua y del Espíritu, y que por lo mismo han sido llamados a revivir esta comunión de Dios en su vida fraterna y han recibido la misión de manifestarla y comunicarla en la historia<sup>7</sup>. En el seno de este misterio de comunión trinitaria en tensión misionera es posible entender adecuadamente la identidad del presbítero. En expresión de la *Pastores dabo vobis* «El presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo». La Iglesia está esencialmente relacionada con Cristo; es su cuerpo, su esposa, su presencia en medio nuestro. Por lo mismo, en una eclesiología de dimensión trinitaria la referencia del presbítero a la Iglesia se transforma, en último término, en una referencia a Cristo.

En este sentido se puede afirmar, con la *Pastores dabo vobis*, que la identidad del presbítero tiene un aspecto esencialmente relacional. Partiendo del misterio del amor intratrinitario, por su ordenación «el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo». Buscando expresar las cosas con sencillez, es posible decir que el punto medular está en percibir que la Iglesia sólo se entiende correctamente en su relación con Jesús (no en sí misma, a partir de su sola estructura interna); que Jesús sólo es entendido en su real hondura cuando se pone de relieve su particular relación con el Padre; y que por lo mismo, el Ministro Ordenado, sólo encuentra su verdadera identidad cuando se entiende a sí mismo a partir de su relación con Jesús y en vistas al servicio de una Iglesia que es continuadora de la misma misión de su Señor.

#### Breve indicación sobre Ministerio y Eucaristía

Por lo anteriormente señalado, la relación de los ministros ordenados con la Eucaristía no es en absoluto una cosa accidental o lateral. Si la Eucaristía es aquel signo que compendia el sentido de toda la obra de Jesús y entreabre a la comprensión del por qué profundo de su muerte en cruz, en fidelidad al Padre y para el servicio de los suyos (como dice *Jn 13,1-3*), ella es un momento central en la vida del Ministro.

Jesús, en fidelidad al Padre se entregó a sí mismo en la cruz. Su muerte voluntariamente asumida es la sangre derramada que sella el misterio de la Nueva Alianza. Es el momento supremo de su misión mesiánica. No percibir que el Mesías *debía* morir es lo que tenía desconcertados a los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24,26*). La Eucaristía al vincular la entrega de Jesús con el camino del *Servidor de Yahveh* (cf. *Is 52,13–53,12*) y con una actitud de servicio humilde (cf. *Jn 13,1-20*) nos permite entender el sentido de toda su vida; nos entreabre el misterio de su amor al Padre y a los hombres, de su fidelidad y su servicio.

El Obispo y los presbíteros son aquellos que han recibido la misión de ir configurando una comunidad cristiana capaz de celebrar en verdad la Eucaristía. Es decir, una comunidad

que ligue su propia vida a la entrega de Cristo en la cruz. Y por lo mismo es la palabra bíblica escuchada y actualizada en la homilía la que permite ofrecerse junto con Cristo al Padre, para hacer de la propia vida una oblación a Dios en servicio del mundo entero. El sacerdote no es el hombre del rito, sino el que ha recibido el ministerio de estimular una vida cristiana, personal y comunitaria, capaz de hacerse ofrenda a Dios. Éste es su ministerio cultural de la Nueva Alianza. San Pablo ha hablado magistralmente de esto (cf. *Rm* 15,16).

### 3. CONSECUENCIAS PARA LA VIDA DE LOS MINISTROS

Buscar un fundamento primariamente cristológico para los ministerios, como lo hace habitualmente el Magisterio reciente, tiene una muy importante consecuencia de carácter vital. Si el sacerdote quiere ser presencia activa de Cristo, único Sumo Sacerdote –es decir, mediador–, en la comunidad cristiana, tiene que aprender a hacerlo anulando cualquier pretensión de asumir él mismo un rol mediador. De hacerlo, estaría *substituyendo* a Cristo, en vez de hacerlo presente. Su manera de hacer presente la única y definitiva mediación de Cristo es asumiendo un rol de humilde servicio y despojo de sí mismo, que sea equivalente al rol sacerdotal de Jesús, quien se despojó de su condición divina para hacerse servidor humilde, obediente hasta la muerte de cruz. Quien quiera ser presencia de este sacerdocio único de Jesús necesita hacerlo en su mismo estilo, y no arrogándose una autoridad de intermediario. Es la manera de hacer confluir todo al Padre.

La Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* es particularmente lúcida en la percepción de este estilo de ejercicio del Ministerio en la Iglesia. Quiero retomar algunos de sus planteamientos en torno a la forma en que el sacerdote de la Nueva Alianza necesita conformar su vida sobre el sacerdocio único de Jesús.

#### Configurarse con Cristo Cabeza y Pastor

Jesucristo a lo largo de toda su vida, pero de manera suprema en el momento de la cruz libremente aceptada, ha manifestado en sí mismo el rostro perfecto, definitivo del sacerdocio de la Nueva Alianza. «Jesús lleva a su plena realización el ser mediador al ofrecerse a sí mismo en la cruz, con la cual nos abre, una vez por todas, el acceso al santuario celestial, a la casa del Padre (cf. *Hb* 9,24-26)»<sup>8</sup>.

«Jesucristo es *Cabeza de la Iglesia, su cuerpo*. Es “Cabeza” en el sentido nuevo y original de ser “Siervo”. ...La autoridad de Jesucristo Cabeza coincide pues con su servicio, con su don, con su entrega total, humilde y amorosa a la Iglesia. Y esto en obediencia perfecta al Padre: Él es el único y verdadero Siervo doliente del Señor, Sacerdote y víctima a la vez»<sup>9</sup>. Entender la autoridad de este modo es fruto de la comprensión del camino de Jesús, que marcha voluntariamente hacia Jerusalén para dar su vida (cf. *Mc* 9,30-37; 10,32-45). En palabras de San Agustín, «El que es cabeza del pueblo debe, antes que nada, darse cuenta de que es servidor de muchos. Y no se desdeñe de serlo, repito, no se desdeñe de ser el servidor de muchos, porque el Señor de los señores no se desdeñó de hacerse nuestro siervo»<sup>10</sup>. La forma de ser presencia de Cristo Cabeza es despojarse de toda forma de autoridad con características puramente humanas para aprender esa autoridad que se hace servicio. La autoridad de esa cabeza que ama y sirve a su cuerpo.

Jesús es el Pastor anunciado por los profetas (cf. *Ez* 34), que tiene una particular intimidad de conocimiento mutuo con sus ovejas (cf. *Jn* 10), pero se caracteriza

especialmente porque no ha venido a ser servido, sino a servir (cf. *Mt* 20,24-28; *Lc* 22,24-27). Con la finura teológica que lo caracteriza, Juan nos presenta a Jesús, con plena conciencia de ser el Maestro (*didáskalos*) y el Señor (*kyrios*), asumiendo la humilde tarea de lavar los pies a sus discípulos, invitándoles a hacer lo mismo a fin de ser dichosos (*makarioi*) haciéndolo (cf. *Jn* 13,1-20). Pero, yendo claramente más allá de lo anunciado en el AT, este pastor verdadero está dispuesto a dar la vida por sus ovejas (cf. *Jn* 10,11). Por lo mismo, manteniéndose en el mismo ámbito semántico los textos neotestamentarios hablan de Él como el cordero inocente inmolado para nuestra redención (cf. *Jn* 1,29.36) que aunque degollado está vivo y triunfante (cf. *Ap* 5,6.12).

Cuando el Señor llama discípulos y los invita a participar en su misión, los está invitando a entrar en esas mismas actitudes profundas que han caracterizado su ministerio mesiánico. «Los presbíteros son llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado»<sup>11</sup>. Esto es lo que ya fue tan bien percibido en las etapas finales de los tiempos neotestamentarios: «Apacienten el rebaño que Dios les ha confiado, no a la fuerza, sino con gusto, como Dios quiere; y no por los beneficios que pueda traerles, sino con ánimo generoso; no como déspotas con quienes les han sido confiados, sino como modelos del rebaño. Así, cuando aparezca el supremo pastor, recibirán la corona de la gloria que no se marchita» (*IP* 5,2-4).

Este modo típico y propio en que los ministros ordenados participan del único sacerdocio de Cristo está bien resumido en el siguiente texto: «Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación..., ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu»<sup>12</sup>.

## La Caridad Pastoral

«El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la *caridad pastoral*, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo. ... El contenido esencial de la caridad pastoral es la *donación de sí*, la *total donación de sí a la Iglesia*, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la *donación de nosotros mismos* lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente»<sup>13</sup>.

En esta manera de plantear el sentido profundo del ministerio, se explicita una vez más la referencia directa a Jesús. «El don de sí mismo a la Iglesia se refiere a ella como cuerpo y *esposa de Jesucristo*. Por esto la caridad del sacerdote se refiere primariamente a Jesucristo: solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo. Ésta ha sido la conciencia clara y profunda del apóstol Pablo, que escribe a los cristianos de la Iglesia de Corinto: somos *siervos vuestros por Jesús* (*2Co* 4,5)»<sup>14</sup>.

Esta forma de proponer la caridad pastoral como raíz articuladora de la vivencia del ministerio permite visualizar bien la amplitud de consecuencias que tiene esta fundamentación cristológica de los Ministerios Ordenados. Ellos son mucho más que

servicios puntuales en beneficio de una comunidad concreta. Son un sello que debe marcar la orientación profunda de toda la existencia del ministro, configurándolo con el corazón de Jesús.

### Vivencia espiritual del ejercicio ministerial

A partir del horizonte propuesto resulta bastante claro que el ministerio no es un carisma recibido en beneficio propio, ni una función extrínseca a la dinámica profunda de la propia vida<sup>15</sup>. La ordenación recibida es una consagración en vistas de la misión; de tal manera que esa misma misión queda marcada por el sello del Espíritu. El camino privilegiado que tiene el Ministro Ordenado para alcanzar su propia santificación está en el ejercicio del ministerio recibido. Lo más enriquecedor de su vivencia espiritual se juega en este esfuerzo por irse configurando con Cristo servidor de sus hermanos mediante la entrega de su propia vida. En la profundización de la conciencia de este especial vínculo que tiene el Ministro Ordenado con Jesús está la clave para ir ejerciendo el ministerio con mayor calidad.

A mi entender, el mundo actual necesita con urgencia de Obispos, Presbíteros y Diáconos que mediante una vivencia seria y profunda de su ministerio vayan haciendo presente las diversas facetas del misterio de Jesucristo. Que las hagan presente de esa forma sacramental que hace posible la ordenación recibida. Una forma en la cual se entrecruzan de manera inseparable la dimensión simbólica y la eficacia concreta. Una forma en la cual el ministro es el primero que ha sido renovado, transformado, transfigurado por la gracia de Dios recibida en el sacramento; y esa misma transformación experimentada es la que le permite ser signo viviente y eficaz de Jesús. Una renovación del sentido de los Ministerios Ordenados en la vida de la Iglesia va de la mano con esa problemática.

### Vínculo a una Iglesia particular y disponibilidad misionera

En directa vinculación con las consideraciones anteriores se debe plantear el asunto de la disponibilidad misionera de los Ministros<sup>16</sup>. Se trata de un asunto de disponibilidad interior, de orientación espiritual profunda más que de organización administrativa. Parecen estar en juego varias dimensiones que es necesario saber conjugar armónicamente, sin dar preeminencia absoluta a una por sobre las otras.

En primer lugar, «es necesario considerar como valor espiritual del presbítero su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular ... El presbítero encuentra, precisamente en su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral como su vida espiritual»<sup>17</sup>. Este debe ser siempre el punto de partida: el Ministro pertenece a una Iglesia particular concreta; no flota en una suerte de difusa universalidad. Tal como el apóstol Pablo, que recorrió muchas regiones, pero siempre como misionero enviado por la comunidad de Antioquía (cf. *Hch* 13,1-3); que partía de ella y volvía a ella (cf. *Hch* 14,26-27; 18,22-23); que compartía su mirada de lo que significa ser cristiano (cf. *Hch* 15,4.12.22.35). Así como la tradición monástica alerta contra los *giróvagos* como la peor especie de monjes<sup>18</sup>, sería conveniente alertar actualmente contra presbíteros que parecen vivir desligados de toda referencia a una Iglesia particular, con su Obispo, su presbiterio y su porción del Pueblo de Dios.

La pertenencia a una Iglesia particular es mucho más que el asunto jurídico de la *incardinación*. Es hacerse parte de una comunidad cristiana mayor con la cual se busca la

fidelidad a Jesús y su Evangelio. Este ser parte de una comunidad es lo que hace posible vivir la encarnación del evangelio; y también la que posibilita recibir el apoyo y la corrección fraterna de los hermanos. Es la manera concreta de responder a la común vocación a la santidad. Me parece necesario volver con frecuencia a meditar la experiencia tan bien expresada por San Agustín : «Para ustedes soy obispo, con ustedes soy cristiano. Aquél es un nombre de oficio recibido, éste es un nombre de gracia; aquél un nombre de peligro, éste de salvación»<sup>19</sup>. Si el ministro interior o espiritualmente se distancia de su comunidad, corta el cauce privilegiado para la vitalización del ejercicio de su ministerio.

Pero, por otro lado, todo Ministro tiene una irrenunciable pertenencia a la Iglesia en su más amplia dimensión; pertenencia de la cual deriva una orientación misionera. Por su ordenación, el Ministro está llamado a proclamar el Evangelio *hasta los confines de la tierra* (Hch 1,8)<sup>20</sup>. Esto significa ante todo una actitud de apertura a la vida de la Iglesia en toda su universalidad, un aprender a sentir las necesidades de toda la Iglesia. Y también implica una serie de compromisos más concretos. Entre otros, podemos señalar los tres siguientes:

a. Ante todo, plasmar una comunidad cristiana abierta a toda la Iglesia e impulsada por un auténtico anhelo de proclamar el Evangelio a todas las personas, de cualquier raza y condición. La primera actividad misionera del Ministro no es tanto partir él mismo a una misión *ad gentes*, sino configurar comunidades cada vez más marcadas por un sello misionero.

b. Estar particularmente atento, él mismo y su comunidad, a los más lejanos. Se trata de una apertura preferente a los no creyentes de su propio entorno, a los que viven situaciones irregulares, a los que sufren el cuestionamiento de su propia fe. Esto implica aprender a presentar la propia fe de una manera tal que resulte atrayente y creíble a los más lejanos a la vida de la Iglesia.

c. Si somos coherentes con lo antes señalado sobre el fundamento principalmente cristológico de los Ministerios, se puede anotar que un rasgo muy propio de esta dimensión misionera tiene que ver con el testimonio de la propia vida humildemente entregada en el servicio de los demás. Los gestos concretos suelen ser mucho más significativos que las meras palabras. Y en este contexto el que un presbítero parta en misión *ad gentes*, fuera o dentro de su propio país, puede tener importantes repercusiones.

Cuando el Ministro ejerce su ministerio con un espíritu eclesial amplio, no encerrado en los pequeños márgenes de su comunidad de fieles, pone de forma muy clara ante la universalidad del amor de Cristo. Es este un desafío abierto para un ejercicio significativo del Ministerio.

### Algo sobre las funciones del Ministro

En cuanto a las funciones que le caben a los Ministros en razón de su ministerio es bastante habitual hablar de una triple función profética, sacerdotal y real u *odegética*. La Exhortación apostólica *Pastores dabó vobis* en su nº 26, trae algunas interesantes anotaciones sobre este tema. Me permito recordar lo que dicho texto señala sobre el sacerdote en cuanto *ministro de la Palabra*: «El sacerdote mismo debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y

engendre dentro de sí una mentalidad nueva: *la mente de Cristo (1Co 2,16)*, de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio. ... El sacerdote debe ser el primer *creyente* de la Palabra, con plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son *suyas* sino de Aquél que lo ha enviado. Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios».

La predicación de la Palabra debiera ser una de las principales ocupaciones del presbítero. Una predicación cuidada y profunda. Que sea fiel al sentido de los textos y a la sensibilidad del hombre contemporáneo. Una predicación que ponga en contacto con la fuerza salvífica de la Palabra. No creo que nuestra predicación tenga siempre la calidad que debiera tener. Estamos desafiados a aprender a leer y a enseñar a leer espiritualmente la Sagrada Escritura (cf. *1Co 1,17*).

#### 4. ANOTACIONES FINALES

A mi entender, plantearse una pregunta por la importancia de los Ministerios Ordenados en la vida de la Iglesia es un asunto muy relevante, pero que no puede responderse mediante consideraciones genéricas de índole intelectual. Es indispensable plantearse la pregunta por la forma en que los Ministros debieran vivir el Ministerio recibido a fin de servir de la mejor manera posible a la Iglesia. De aquí brotan una serie de desafíos que quisiera dejar insinuados.

1. En la medida en que la persona del Ministro se configure más a la persona de Jesús, su ministerio se hará más eficaz. Será transparencia de Jesús, quien por ser Cabeza y Pastor supo hacerse servidor de todos. Será un signo sacramental más claro. Y, por el contrario, en la medida en que el Ministro busque ejercer su Ministerio como un espacio en el cual desplegar un poder autorreferente, o intente poner a los fieles a su servicio está deslavando el servicio que le cabe prestar a la Iglesia, y en vistas del cual ha recibido la ordenación.

2. De lo anterior queda claro que se espera del Ministro una vida cristiana de mucha calidad. «En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres»<sup>21</sup>. Es el profundo desafío de vivir seriamente la *caridad pastoral*, la que adquiere toda su amplitud cuando se abre a la dimensión misionera.

3. De los Obispos y Presbíteros, en sus respectivos niveles, se espera una conducción pastoral marcada por un sello evangélico. Es decir, atenta a las realidades de las personas, muy fiel al mensaje de Jesús, profundamente misericordiosa y abridora de nuevos horizontes de vida para todos. Una conducción marcada por esa experiencia que entrega al *presbyteros* una vivencia profunda de la fe y un amor sincero por cada ser humano. Una conducción ofrecida con estas características siempre encuentra acogida respetuosa en casi todos; es valorada y deseada. Hay momentos en los que llego a sentir que nos falta mayor *peso evangélico* en nuestra manera de guiar a las comunidades cristianas; y que nos sobran consideraciones de carácter político.

4. La tensión entre pertenencia a una Iglesia particular y a la Iglesia universal plantea a los Ministros un desafío interesante de abordar a fondo. Vivimos en un mundo en el cual parecen darse a la vez tendencias hacia una internacionalización o planetarización de los procesos y un resurgimiento violento de los nacionalismos. La forma en que los Ministros

de la Iglesia nos situemos en esta problemática será determinante para la audiencia de nuestro mensaje.

5. Los Ministros Ordenados ejercen su servicio en favor de toda la comunidad cristiana. Y por lo mismo se entrecruzan con los servicios prestados por los Ministerios No Ordenados y por los laicos. El tema de la armónica relación entre los laicos y los Ministros, no por conocido se debe dar por resuelto. En la medida en que los Ministros se pongan al servicio de los laicos, para estimularlos en su fe, para alentarlos en su participación activa dentro de la Iglesia y en su anuncio del evangelio en medio de las realidades temporales, será posible ir encontrando una vivencia eclesial menos clerical; o menos marcada por pequeñas rencillas de poder.

6. El testimonio de la comunión entre los Ministros es un signo altamente valorado en nuestro mundo. Aprender a ser hombres de comunión sincera es un desafío abierto. Tanto dentro de cada Iglesia diocesana, presidida por su Obispo, como entre las diversas Iglesias particulares. Para esto es fundamental la configuración de un auténtico cuerpo presbiteral dentro de cada Iglesia particular; el fortalecimiento de una sincera colegialidad episcopal; y la comunión de corazón con el Santo Padre. En la medida en que el Ministro sea hombre de comunión en este plano, sabrá serlo también frente a los fieles que tiene confiados a su responsabilidad pastoral. Individualismo y autoritarismo suelen ir de la mano.

Este elenco podría aumentarse con muchos otros aspectos. Pero es bueno dejarlo así. Reiterando mi convicción de que el gran desafío enfrentado en la actualidad por los Ministerios Ordenados no es el de una clarificación teológica de su rol, ni el de resolver cuestiones de tipo canónico o administrativo, sino el darle a la vida de los Ministros un carácter profundamente testimonial y transparente de Jesús, más que una apariencia de funcionarios o ejecutores de determinadas tareas<sup>22</sup>. Es algo que tiene que ver con su espiritualidad, en el sentido hondo de la palabra.

## NOTAS

<sup>1</sup> El autor es sacerdote chileno, religioso de los Sagrados Corazones.

<sup>2</sup> Una obra clásica en esta línea es EDWARD SCHILLEBEECKX, *El Ministerio Eclesial. Responsables en la comunidad cristiana*. Madrid: Cristiandad, 1983 (traducción de la 2ª edición holandesa, de 1980). Más recientemente, JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS, *Hombres de la comunidad. Apuntes sobre el ministerio eclesial*. Santander: Sal Terrae, 1989.

<sup>3</sup> En esta línea es sugerente el capítulo «Naturaleza del sacerdocio» en la obra de JOSEPH RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*. Madrid: San Pablo, 1992, pp. 63-78.

<sup>4</sup> Documentos recientes especialmente importante son: JUAN PABLO II Exhortación apostólica postsinodal sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual *Pastores dabo vobis*, del 25 de marzo de 1992; y SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, del 31 de enero de 1994. Allí se encuentran las referencias a los documentos anteriores.

<sup>5</sup> Una buena expresión de esta sensibilidad es la siguiente anotación: «Se me ha ido haciendo convicción personal la idea de que hay siempre un paralelismo tácito entre la forma de relación entre ministro y fieles al interior de la Iglesia, por una parte, y, por otra, la forma de relación de la Iglesia con el mundo. Una Iglesia que en su estructuración interna sea clerical tendrá pretensiones clericales al presentarse en la historia de la humanidad. Si la relación ministerio-comunidad es una relación de autoridad y de dominio, la Iglesia se presentará ante el mundo con pretensiones de dominio y de autoridad exterior. Si se hace consistir el ministerio en la distancia respecto de los fieles, la Iglesia intentará también distanciarse del mundo y de sus tareas en lugar de “recapitarlas en Cristo...”» (J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Hombres de la comunidad*, p. 9).

<sup>6</sup> Permítase una referencia a un trabajo mío, en el cual se puede encontrar un *estado de la cuestión*: EDUARDO PÉREZ-COTAPOS L., *Parábolas: Diálogo y Experiencia. El método parabólico de Jesús según Dom Jacques Dupont*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile 1991 (*Anales de la Facultad de*

*Teología* 42); resumido en «Las parábolas de Jesús: su sentido y adecuada interpretación» en *Teología y Vida* 33 (1992) 165-178.

<sup>7</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 12. Seguimos de cerca este pasaje para tratar este punto.

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 13.

<sup>9</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 21.

<sup>10</sup> Citado a partir de JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 21.

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 15.

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 15.

<sup>13</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 23.

<sup>14</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 23.

<sup>15</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 24.

<sup>16</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 31-32.

<sup>17</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 31.

<sup>18</sup> SAN BENITO, *Regula monachorum* I,10-12.

<sup>19</sup> SAN AGUSTÍN, *Sermón* 410,1 (PL 38,1483).

<sup>20</sup> Es posible que a nivel de los Ministerios Ordenados aún no hayamos sacado todas las consecuencias de la Carta Encíclica *Redemptoris missio*.

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 26.

<sup>22</sup> En este sentido comparto la anotación de la *Pastores dabo vobis* cuando señala en el n° 3 que los problemas actuales sobre el sacerdocio no se refieren a asuntos de la identidad del sacerdote, sino a problemas de su itinerario formativo y del estilo de vida de los sacerdotes.

## SACERDOTES DE CORAZÓN

---

Hna. María Josefina Llach, aci<sup>1</sup>

«Con el paso de los años, cobro cada vez mayor conciencia de que todo sacerdote encierra en sí un “misterio de fe”. Su “hoy” humano trasciende las circunstancias contingentes de la vida diaria, puesto que está injertado en el “hoy” eterno de Cristo redentor. El sacerdote, a pesar de estar insertado plenamente en el entramado social en el que vive, se da cuenta que pertenece también a una dimensión diversa, precisamente porque sabe que el Espíritu Santo lo ha reservado para una “obra” específica que Dios quiere realizar por medio de él entre los hombres (cf. Hch 13,2): está llamado a ser el administrador de los misterios de Dios (cf. 1Co 4,1)»<sup>2</sup>.

«Estoy en este mundo como en un gran templo, y yo, como sacerdote de él, debo ofrecerle continuo sacrificio y continua alabanza...»<sup>3</sup>.

1. En puntas de pie, pero con la fraternidad que sólo Dios da, me atrevo a compartir estas reflexiones con mis hermanos sacerdotes. Lo hago desde mi propia vocación de consagrada, pero pisando sobre un terreno doblemente común: el del sacerdocio, justamente llamado «común», que recibí en el bautismo y ejerzo en la vida y en la participación de la Eucaristía, y el del carisma propio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, carisma definido como «reparar al Corazón de Jesús», y que creo que enfatiza la dimensión sacerdotal del bautismo.

2. El sacerdocio ministerial, sacerdocio propio de los pastores, arraiga en el sacerdocio bautismal: ¡no se puede recibir el Orden sin estar bautizado!; y está al servicio del sacerdocio común, tiene la misión de pro-moverlo: «el ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios»<sup>4</sup>.

3. Creo que el ahondar en el significado del sacerdocio común, puede ayudar a quienes han recibido el sacramento del Orden, a vivir mejor toda la extensión y la profundidad de su sacerdocio. Es por eso que encabezé este artículo con el texto de Juan Pablo II, dicho en el contexto de sus bodas de oro sacerdotales. Aunque el mismo sacramento del Orden tiene una dimensión de misterio, el experimentar y creer cómo el sacerdocio común toca las fibras más íntimas de toda persona bautizada, puede ayudar a vivir dicho ministerio con una conciencia más clara de lo que está en juego en la vida de los pastores, puede dar mayor dinamismo y mayor profundidad a la vida entera del presbítero. Quiero compartir entonces unas breves ideas sobre el *sacerdocio del corazón*, común a todos los bautizados, pero que por opción puede llenar de manera más plena la vivencia espiritual y apostólica de los cristianos todos, pero en especial de los presbíteros.

El corazón queda tocado, inclinado hacia algo que lo trasciende: la humanidad de Cristo, único sacerdote, del que todos participamos, en formas diversas. Ésta es una realidad ontológica, que puede y debe cultivarse como experiencia psicológica. El hoy humano alcanza entonces dimensiones trascendentes, en cuanto que Cristo es Señor del tiempo y de la historia<sup>5</sup>. Es cierto que Juan Pablo II lo refiere al sacerdocio ministerial, y es así de manera propia. Pero podemos usar la analogía, para comprender mejor: primero lo que puede significar en la vida de todo bautizado, realizar y hacer consciente su participación en el único sacerdocio de Cristo; y segundo, para que los ministros ordenados vivan su propio don sacramental desde el corazón, desde lo más profundo de sus personas, como don que se acoge y se realiza, que da forma a la misma persona.

Y desde esta vivencia, el «sacerdocio del corazón» nos puede ayudar a todos los bautizados, cada uno desde su propia vocación, a comprender mejor los problemas de la humanidad actual, mirándolos desde el Corazón de Cristo, que nos da la perspectiva de la fe; y a encarar mejor esos problemas desde una actitud pastoral que los aborde con amor y esperanza.

4. Todo sacerdocio encuentra su expresión más genuina en la celebración de la Eucaristía: «participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella» (LG 11). Y esto se aplica de manera más evidente al sacerdocio ordenado: «Esta caridad pastoral fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial» (PO 14; cf. PDV 23). Es la Eucaristía, con su propia gracia y con su propia pedagogía, la que va formando, generando gradualmente, el sacerdocio del corazón: la praxis eucarística va gradualmente conformándonos con Cristo, a medida que participamos más y más de su sacerdocio único.

5. Lo más propio del sacerdocio –que es siempre una realidad pastoral– es mediar, abrir la puerta, abrir el acceso al Padre, a la vida, a la paz y la justicia, al Reino. Es dar cauces a la vida. En esto consistió la obra de Cristo: «Jesús lleva a su plena realización el ser mediador al ofrecerse a sí mismo en la cruz, con la cual nos abre, una vez por todas, el acceso al santuario celestial, a la casa del Padre» (PDV 13; cf. *Heb* 9,14-16).

Lo que muchas veces cuesta entender, es por qué para abrir las puertas, para dar cauces a la vida y la comunicación, hay que ofrecerse, darse uno mismo. Esta relación entre el abrir brechas a la vida y la tarea de un mediador que se entregue a sí mismo, es la misma esencia del sacerdocio. En este sentido quizás no fuera casualidad que fuera un sacerdote –aunque de la antigua alianza– quien profetizara: “*Ustedes no comprenden nada. ¿No les parece preferible que un sólo hombre muera por el pueblo y no que perezca la nación entera?*”. *No dijo eso por sí mismo, sino que profetizó como Sumo Sacerdote que Jesús iba a morir por la nación, y no solamente por la nación, sino también para congregar en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos* (*Jn* 11,49-52).

El texto citado de Juan Pablo II destaca, unidas, las acciones típicas del sacerdocio: *mediar, ofrecerse, abrir acceso*. Porque la finalidad, el objetivo de la Iglesia misma, es la unidad; el contenido del plan de Dios consiste en la comunión. El pecado actúa como división. El pontífice, hacedor de puentes, une y comunica, media. Pero mediatiza con su misma vida, con su mismo ser: por eso se entrega a sí mismo, ya que es él mismo hecho, por gracia, puente<sup>6</sup>. La comunión se hace posible gracias al puente. Y por el puente transcurre la vida: desde Dios hacia el hombre, por el puente fluye la vida, irrumpe en nosotros. Y el mismo puente recoge todos los pequeños «sí» humanos para devolverlos a Dios.

6. Pongamos ahora esta misión del sacerdote, misión del corazón, en relación con la realidad que vivimos. Lo primero que podemos anotar es que al final del segundo milenio encontramos que la vida está empobrecida, debilitada, menospreciada y descreída<sup>7</sup>.

¿Cómo puede un sacerdote reparar la vida? Con los medios propios, que son pobres: es decir, desde la impotencia. Porque Dios nos llega en la impotencia. Se ha revestido de tanta pobreza, ha optado libremente por utilizar en su empresa medios tan pobres: tan pobres como la palabra, el pan, la gracia que invita y en todo caso inclina, atrae, pero nunca obliga. Dios ha optado por respetarnos. Por eso toda su fuerza se detiene ante el umbral de nuestro propio corazón libre: *He aquí que estoy a la puerta y llamo...* (*Ap* 3,20).

Ahora bien, esta impotencia de Dios, de la que el sacerdote se hace cargo, es eficaz. ¿Cómo se realiza la eficiencia sacerdotal?

**a)** Con los gestos sacramentales, que incluyen la fe, el amor y la esperanza. Es decir: creyendo que Dios viene, que hoy y aquí nos da la vida que derrota el mal. Son los medios propiamente sobrenaturales, tan pobres y tan eficaces, más eficientes que los milagros: todo ejercicio de las virtudes teologales se convierte en ejercicio del sacerdocio de corazón que es, primeramente, contemplativo, receptivo. Lo mismo decimos de los sacramentos, y en primer lugar de la celebración y la participación en la Eucaristía, vivida por cada uno desde su propia vocación. Estos «medios sobrenaturales» suponen que la vida se repara, primero, recibéndola, acogiéndola. Con lo cual nos damos cuenta que este «sacerdocio del corazón» es el sacerdocio mariano, que ha tenido en la historia un momento supremo: *Yo soy la esclava del Señor, que se cumpla en mí como has dicho (Lc 1,38)*. «Nunca en la historia del hombre tanto dependió, como entonces, del consentimiento de la criatura humana» (TMA 2). Es así como el sacerdocio del corazón afianza soberanamente la libertad humana.

En este sentido podemos decir que esta realización mariana del sacrificio, adelanta el máximo sacrificio, el del Verbo hecho carne, Jesucristo en la Cruz; y por supuesto puede adelantarlo porque ya participaba en él, de él: de hecho son contemporáneas la palabra de la Madre (*Lc 1,38*) y la del Hijo: *Aquí estoy, yo vengo... para hacer, Dios, tu voluntad (Heb 10,7; Sal 40,7-9)*.

Ésta es la dimensión más misteriosa y más profunda del sacerdocio; también la más eficaz en su manifiesta pobreza, la que más repara: el ministro ordenado la realiza en el gesto sacramental, por el cual fluye la gracia de Dios. Pero él mismo actúa marianamente, en la medida en que toda su vida sea ofrenda a Dios en la fe, el amor, la esperanza; y particularmente lo sea cuando ejerce el ministerio. Porque aún en el ejercicio de su máximo poder humano, el de traer al mismo Hijo de Dios entregado, a la mesa de los hombres, allí no es más que ministro de Cristo, instrumento de la gracia. Por eso «por su misma naturaleza y misión sacramental, el sacerdote aparece, en la estructura de la Iglesia, como signo de la prioridad absoluta y gratuidad de la gracia que Cristo resucitado ha dado a su Iglesia» (PDV 16). Y esto nos permite descubrir lo importante que es para los presbíteros vivir su sacerdocio desde el corazón, desde la dimensión mariana del mismo.

Este sacerdocio mariano, del corazón, siempre participación del sacerdocio de Cristo, «quiere decir *derrotar el mal* extendido por la historia humana. *Derrotar el mal: esto es la Redención*. Ella se realiza en el sacrificio de Cristo, gracias al cual el hombre rescata la deuda del pecado y es reconciliado con Dios» (TMA 7)<sup>8</sup>. Es puro don, pero don que pide humildemente permiso para hacerse eficaz, y por eso no da la vida si no es acogido por la libertad del hombre. La acogida se da a nivel del corazón, y por eso la mayor actividad, la mayor eficiencia de esta dimensión del sacerdocio es la que consiste en acoger libremente el don: una actividad que realiza el corazón en cuanto lugar de la libertad que se implica.

**b)** El sacerdocio se ejerce también con todas las actividades que restablecen la comunión. Aquí podríamos poner toda la actividad de la Iglesia, que ciertamente va a variar según tiempos y lugares, porque en las diversas circunstancias de la historia, el pecado se plasma en rostros, tendencias y estructuras concretas. Por eso hay que saber mirar la historia, el tiempo, el barrio, la nación, las personas, las estructuras: mirar la historia concreta desde el corazón de Cristo da una especial perspicacia esperanzada, sensible a la vez ante el poder destructor del mal y ante la capacidad reparadora de la gracia: «sólo se ve bien con el Corazón, lo esencial es invisible a los ojos» (Saint Exupéry, *El Principito*).

En todo momento, pero especialmente en momentos bisagra como el actual, en los que la vida aparece especialmente debilitada porque se da un giro de civilizaciones, hay que atender principalmente a las personas. La reparación tiene que empezar por fortalecer lo más propiamente personal de las personas: la conciencia de la propia dignidad, la seguridad afectiva, la inteligencia, la voluntad: «El hombre, única criatura a la que Dios ha amado por sí misma, sólo puede encontrar su propia plenitud en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (GS 24). Seguramente la actividad más importante para afianzar la persona es la educación, en el sentido más amplio y más sobrio a la vez: estamos en tiempos de cosas esenciales, y en este sentido los ámbitos privilegiados son la familia, la escuela, los medios. Sólo en la medida en que se fortalezcan las personas, la política podrá volver a ser un campo que construya la comunión.

c) Tanto el ejercicio más profundo del sacerdocio mariano, como las actividades reparadoras que se ejerciten en cada momento y lugar, van conformando la persona misma del sacerdote, le van dando una fisonomía particular, porque tanto la gracia como la propia libertad forman en él los rasgos de Jesús. De manera que sin perder la propia personalidad, se potencian los mejores rasgos de cada uno, siempre en el sentido de hacernos parecidos a Jesús, *mediador de la Nueva Alianza entre Dios y los hombres* (Heb 9,15), que manifiesta:

- preferir servir a quienes no pueden devolver
- amar humildemente
- dejar espacio a otros; crear espacios de libertad
- afirmarse en la única certeza esencial, la de ser hijos de Dios y hermanos de todos
- poder reposar allí
- dejar siempre en cualquier situación, por desesperada que parezca, una ventana abierta a la alegría y la esperanza
- mostrar algo de la ternura incondicional del Padre por cada persona
- estar sobre todo con quienes más sufren
- poner en conexión con Jesús, único Salvador.

7. Estas respuestas sacerdotales pueden parecer excesivamente pobres, a la hora de querer reparar la vida, tan a la intemperie como hoy la tenemos. Es lo que nos permite asumir nuestra condición de criaturas, y vivir el sacerdocio no como ejercicio del propio poder, sino como constatación de la «prioridad de la gracia».

Llegamos a la vida porque la recibimos. Lo que nos toca es acogerla, abrazarla. Luego podemos dar la vida, entregarla. Y es así como el mayor amor consiste en la mayor pasividad: el martirio (*Jn 15,13*).

También podemos colaborar activamente en el engendrar la vida, tanto en la vida natural como en la vida sobrenatural.

La sensibilidad posmoderna nos abre a valorar especialmente nuestra colaboración pasiva en el nacimiento de la vida. Después de tantas utopías casi fanáticamente defendidas y estruendosamente fracasadas, nos hemos hecho mucho más prudentes y cautelosos a la hora de afirmar nuestra capacidad de engendrar la vida, y de transformar la sociedad haciéndola más humana.

Pero además, en la situación de emergencia que vivimos, quedamos reducidos a la desnudez de lo esencial. Y lo esencial es eso: decir «aquí estoy», «yo soy la servidora, la esclava, el esclavo, el servidor», ya no con el gesto del héroe que tiene en sus manos las armas del triunfo, sino con la actitud del sacerdote, que pone la propia vida, a ciegas, en las manos del Padre, apostando a que esos brazos sólo contienen ternura, abandonados al amor que confluye siempre en más vida. En situación de bisagra, de terminaciones y comienzos,

hay que volver a lo esencial, a la raíz: porque es origen lo que da origen: nos genera la entrega suprema del Hijo en la Cruz, que da su Espíritu: «Cristo, aceptando la muerte en la cruz, manifiesta y da la vida al mismo tiempo porque resucita, no teniendo ya la muerte ningún poder sobre Él» (TMA 7); «el Espíritu Santo, que sondea las profundidades de Dios (cf. *1Co* 2,10), nos introduce a nosotros, hombres, en estas profundidades en virtud del sacrificio de Cristo» (TMA 8).

Éste es el poder del sacerdocio del corazón, poder dado a través del gesto de mayor importancia: dar la vida. Poder vivido en los gestos diarios de los que hemos hablado recientemente, que pueden conformar, dar forma a la personalidad de cada uno, y que tienen en la celebración eucarística la fuente y la cumbre.

**8. Tres tentaciones.** El corazón del sacerdote necesita ser constantemente purificado, como lo son la plata y el oro (*Mal* 3,3). Creo que la situación actual nos enfrenta a tres tentaciones principalmente:

**a)** la de creer que nada se puede hacer frente a males tan globalizados, tan sistematizados, cuyo origen es difícil reconocer. Tenemos frecuentemente la sensación de que es la raíz de nuestra cultura la que está podrida: la raíz de nuestros sistemas. ¿Dónde apuntar entonces? La primer tentación es la desesperanza: no hay nada que hacer, todo parece una farsa.

Pero podemos –otra vez– volver a lo esencial, al origen, a ese amor que ha vencido y que se nos sigue entregando. La escatología ya está acá. Hace falta purificar los ojos del corazón para ver la vida que brota de heridas profundas, y purificar las fuentes de la persona para creer en el poder de la semilla: el Reino está en semilla, y lo nuestro es sembrar amor, materia y forma del Reino. La respuesta sacerdotal a la desesperanza es *señalar* el origen de toda vida y toda salvación: *He aquí el Cordero de Dios* (*Jn* 1,36). Porque nosotros sabemos que es el único que *quita el pecado del mundo*, aunque lo deje merodear entre nosotros, «por un tiempo» (cf. *Mt* 13,29-30), con esa larga paciencia tan propia del Dios de la historia. Es una respuesta que consiste en mediar, conectar con las fuentes de la salvación. Tiene mucho que ver con la esperanza.

**b)** La segunda tentación del sacerdote es ilusionarnos, volver a ilusionarnos con las utopías, creer que el Reino está acá, y bautizar con nombres mesiánicos distintas búsquedas humanas, diferentes proyectos humanos: ahora serán más probablemente, religiosos (new age, espiritualismos, control mental, apariciones, sanaciones, religiosidades del milagro), o de distintos saberes humanos (desde la economía de mercado hasta las técnicas de la información).

La respuesta sacerdotal que nos purifica de esta segunda tentación es la fe en la vida eterna; la vida plena es siempre y sólo don de Dios, se nos dará más allá de la muerte, y mientras tanto tenemos que saber reconocer, aceptar y aguantar el gris de la vida, con paz por lo menos, si no con alegría. Estamos en deuda con nuestro pueblo, a quien poco hablamos de la vida eterna; más bien son ellos quienes nos la anuncian.

También la humildad nos purifica de los mesianismos, que son formas más o menos enmascaradas del poder, o mejor dicho, de la omnipotencia. La humildad de contar con otros, de abrir espacios a las y los laicos, a las y los religiosos; la humildad de creer en serio que solamente entre todos construimos la Iglesia, que la autoridad se ejerce escuchando, sirviendo y dando espacios a otros también en las decisiones: es la humildad de la Iglesia de comunión. Esta respuesta propiamente sacerdotal a tantos mesianismos consiste entonces en «abrir acceso», en crear y reforzar los vínculos humanos y divinos. Abrir el acceso a Dios para que podamos creer que esta pequeña historia humana está habitada por el

Absoluto a través de Jesús, *la puerta* (Jn 10,9), la única puerta, *el camino* (Jn 14,6), «y no otro camino hay»<sup>9</sup>. Abrir acceso al Padre en Jesús desmitifica todos los mesianismos, que en general lo que niegan es la encarnación, y por eso se resuelven en espiritualismos o en materialismos. Lo sacerdotal es en este sentido, la fe, con su propia, austera, sobria luminosidad.

c) Y la tercera tentación es cerrar los ojos: no hay mal, la insensibilidad, la distancia. Es la tentación que Jesús de Nazareth reconoció como la más propia de los sacerdotes... y los levitas, la tentación del *pasar de largo* (Lc 10,29-37). Es la tentación que se reviste de ritualismo, de solemnidad; la tentación de creer que para adorar a Dios hay que armarse y protegerse; hay que alejarse de aquellos a quienes Dios prefiere.

Esta tentación es purificada por la cercanía, por la proximidad. *No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado* (Heb 4,15). Anunciamos y celebramos la habitación de Dios con nosotros, entre nosotros, al Dios que se hizo carne, al Dios que se hizo pueblo, pan, sangre, historia nuestra. La cercanía nos desarma, desmitifica nuestros ídolos, materiales y espirituales. Lo que nos purifica es la capacidad de hacernos cargo del dolor ajeno: el sacerdocio es en este sentido una función de padres y de madres: gente con los brazos ocupados, brazos que sostienen, que alimentan, que luchan, que consuelan, que acunan, brazos que abren espacios a los demás. Nos purifica el hacer camino con la gente, con los pueblos, el meternos entre ellos, y acompañar.

Por esto la respuesta sacerdotal a la tentación de cerrar los ojos y poner distancia es la acción de ofrecer, ya que *no hay amor más grande que dar la vida por los que se ama* (Jn 15,13). Y basta aproximarse a los sufrientes y a los desplazados de este mundo, para experimentar un ejercicio concreto de la caridad, en el que, si de veras nos hacemos cargo de ellos, vamos dejando el pellejo, se nos va gastando la vida. Es el éxodo, no sólo del propio egoísmo, sino aún del propio yo: «porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales cuanto saliera de su propio amor, querer e interés»<sup>10</sup>. La gente, como los hijos, son quienes nos van agrandando el corazón, porque nos despiertan y aún nos arrancan el amor, con sus propias urgencias, ponen en juego nuestra propia libertad.

9. Hay *dos preguntas* que el corazón sacerdotal queda rumiando: dos desafíos, dos planteos, dos inseguridades para seguir pensando:

Primera pregunta: ¿cómo hacernos cargo del dolor y la miseria de los demás, sin invadir la libertad: la libertad de Dios y la de los prójimos? Porque podemos bandearnos entre la frialdad, la distancia, y la omnipotencia, el paternalismo. Puede ser que queramos controlar el misterio del amor de Dios en cada persona; y que la ansiedad por los resultados nos empuje compulsivamente a buscar otras eficacias más vistosas que la del humilde, respetuoso y lento germinar de la vida por amor.

Segunda pregunta: ¿cómo entusiasrnos con el mejoramiento del mundo, con la lucha por hacerlo más humano, cuando sabemos que la vida plena sólo es la eterna, y lo de acá siempre tiene algo de utopía? Necesitamos soñar y programar proyectos, y embarcar a otros en ellos; y a la vez no poner todo el corazón en los proyectos: porque se nos queda hecho girones, a la corta o a la larga. Ya que «el Pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente sino que busca la futura» (LG 44), y cuando no mantenemos viva, en nosotros y en la gente, la memoria de la Patria, los defraudamos, les mentimos. Esa memoria tiene que estar más viva en momentos en que la vida es tan frágil; de modo que cuando aparezca la hermana muerte, pueda ser vivida con la suficiente cuota de gracia, y no como la absoluta desgracia. Y que de este modo, también, el caminar sea un caminar que hace historia, pero que a la

vez construye eternidad: para uno mismo y para los demás. Pero esto también soñando, proyectando y creando.

**10.** El sacerdocio radica en el corazón, y el corazón se forma en la Eucaristía. La Eucaristía celebrada, recibida, adorada, vivida, es el lugar donde el sacerdocio del corazón se amasa, se engendra. El lugar donde se hace concreta la prioridad de la gracia, el hecho de que somos hechos antes de hacernos, la realidad de que «el sacerdote aparece, en la estructura de la Iglesia, como signo de la prioridad absoluta y gratuidad de la gracia que Cristo resucitado ha dado a su Iglesia», y que «la Iglesia no proviene de sí misma, sino de la gracia de Cristo en el Espíritu Santo» (TMA 16).

Porque ¿dónde, si no es en la Eucaristía, la mediación se concreta, la persona se ofrenda en Su Persona, y el acceso se abre? Para que muchos tengan vida, y la tengan en abundancia.

El sacerdocio del corazón nos hermana.

## NOTAS

<sup>1</sup> La autora es Superiora Provincial de la Provincia Argentina-Uruguay de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Meditación mariana en la plaza de San Pedro*, 1-11-96, en L'Osservatore Romano, 8-11-96, p. 1.

<sup>3</sup> SANTA RAFAELA MARÍA, *Palabras a Dios y a los hombres* (apuntes espirituales, septiembre de 1905), BAC, Madrid, 1989, p. 1127.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, Exhortación apostólica postsinodal, 25-3-92, en adelante PDV.

<sup>5</sup> Jesús como «plenitud de los tiempos y Señor de la historia» es la intuición que funda la idea misma del Jubileo del año 2000. Es una comprensión cristológica muy presente en la *Gaudium et Spes* (cf. p. ej.: 10,45). Juan Pablo II la retoma utilizando el mismo texto que cita dicho n. 10: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre» (*Heb* 13,8; cf. TMA 2ss; cf. también IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo, 1992, etc.); ver en especial TMA 5, así como la oración de Juan Pablo II para el primer año del jubileo.

<sup>6</sup> Por eso, la etimología de *ponti-fice* se puede interpretar en un sentido no sólo activo, sino también y primeramente pasivo: el que hace puentes, pero también el que es hecho, él mismo, puente.

<sup>7</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, nn. 7-28.

<sup>8</sup> JUAN PABLO II utiliza la analogía para hablar del ejercicio mariano del sacerdocio en la Eucaristía, como «el don de la esposa», común a todos los bautizados: lo que llamamos el «sacerdocio común»; cf. *Mulieris dignitatem*, nn. 25-27.

<sup>9</sup> SANTA RAFAELA MARÍA, op. cit., (apuntes espirituales del 29-10-1887), p. 1025; el texto más completo dice: «tuve grandísima luz de que todos los bienes nos vienen por el Unigénito de Dios, nuestro Señor Jesucristo; que por sus méritos debían pedirse todas las cosas y que en su imitación estaba nuestra salud y vida. Y no otro camino hay, éste ha sido el de los santos; cualquier otro, es falso».

<sup>10</sup> SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, n. 189.

## **MINISTERIO E INCULTURACION**

---

*Mons. Jorge Casaretto*

Obispo de San Isidro

Uno de los grandes logros del Vaticano II fue señalar la profunda relación que existe entre fe y cultura. Este tema fue retomado lúcidamente por Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* y a partir de entonces ha sido un ítem prioritario en los documentos de la Iglesia en Latinoamérica, sobre todo en Puebla y en Sto. Domingo.

Les propongo que reflexionemos ahora la relación fe-cultura en referencia a la vida y el ministerio de los presbíteros, en este momento de la Iglesia.

### **Un Nuevo Desafío Cultural**

Lo primero que quiero señalar, es algo que parece estar bien claro para todos: vivimos en un tiempo de ininterrumpidos cambios culturales, en el que conviven a la vez fuertes manifestaciones de materialismo consumista, junto con un resurgir de valores espirituales. Los avances científicos y tecnológicos y otros muchos signos de una cultura de la vida, coexisten con signos de una cultura de la muerte.

Podemos hablar de una cierta esquizofrenia cultural: el bien y el mal son aceptados juntos en ciertas realidades, sin ser discernidos y en una admirable confusión.

El desafío que se les plantea a los cristianos y entre ellos a los sacerdotes, es el siguiente: son hijos de esta cultura y por lo tanto tienen muchas características de la misma, pero han sido llamados a evangelizarla, con todo lo que la evangelización implica.

Es clave comprender la novedad de esta cuestión. En otras épocas, el problema de la inculturación del Evangelio se planteaba cuando se iba desde una cultura cristiana, hacia una cultura pagana. Era el caso típico de los misioneros: hombres de cultura esencialmente cristiana eran enviados a los paganos. La pregunta para ellos era: cuántos cambios debemos realizar para adaptarnos y traducir el mensaje a estos nuevos destinatarios del Evangelio?

Ahora la cuestión es otra. Los mismos jóvenes y niños cristianos, a medida que crecen, deben procurar su propia evangelización, discerniendo los signos de paganismo con los que han crecido y conviven. Extremando el planteo, podríamos decir que estamos ante una cuestión crucial: si alguien que aspira al ministerio no resuelve este problema, ante todo en su propia interioridad, nunca podrá estar seguro de no perecer ante la misma confusión que la cultura actual le produce.

### **Ser «sal de la tierra y luz del mundo»**

El problema es sumamente complejo y quizás describiendo la situación a grandes rasgos, corro el riesgo de simplificar, ya que todo esto habría que matizarlo mucho más. Se trata más bien de comentar en voz alta un planteo que aparece frente a los hechos que se van presentando en la vida y en el ministerio episcopal.

En nuestra cultura pluralista hay mucha «siembra del Espíritu», aún fuera de lo visiblemente cristiano. Al mismo tiempo, todo lo cristiano está expuesto a una constante prueba de autenticidad, para convivir en una cultura plural, sin perder su identidad.

Todavía querría señalar algo más: tal como recordábamos, los documentos de la Iglesia, nos hablan de evangelización de la cultura. Por eso creo que pueden iluminarnos aquí, dos párrafos de *Evangelii Nuntiandi* N°20:

*«El Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes respecto de todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del Reino no puede menos que tomar los elementos de la cultura y las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas, sin someterse a ninguna....La ruptura entre Evangelio y cultura, es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras pocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos en vistas a una generosa evangelización de la cultura o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva...»*

La cita es un poco larga pero creo que valía la pena transcribirla. Pablo VI nos señala que no se trata de asumir una posición pasiva, que me permita «seguir siendo católico» en una cultura de signos encontrados; sino que se trata de ejercer positivamente la misión de ser «sal y luz», para que la cultura sea transformada por el Evangelio.

El N° 400 del Documento de Puebla nos presenta el principio general de encarnación formulado por San Ireneo: «lo que no es asumido no es redimido» y los criterios concretos para la inculturación del Evangelio. Entre ellos señala:

- la evangelización no es un proceso de destrucción, sino de fortalecimiento de los valores presentes en las culturas,
- la Iglesia asume con especial interés, los valores específicamente cristianos de los pueblos,
- la Iglesia debe esmerarse en adaptarse, realizando un esfuerzo de traducción del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en la que se inserta,
- la Iglesia, al proponer la Buena Nueva, denuncia y critica la presencia del pecado en las culturas, purifica sus desvalores, ejerciendo una crítica de las culturas.

En este sentido, pensando en la misma vida del Señor vemos que se encarnó y se inculturó. Hasta dónde? Podría haber sido el fariseísmo, tal como estaba, el soporte cultural y religioso del Evangelio? Evidentemente, Dios juzgó que no. El Señor fue un renovador y un transformador de lo religioso, lo que él traía asumía y completaba la Antigua Ley. El, al «inculturarse» fue el primero en ejercer una postura crítica frente a los desvalores de la cultura en la que se encarnó.

### **Sacerdotes de una cultura nueva**

Vayamos al tema de nuestra vida sacerdotal. Un dato clave, (confieso que me costó mucho aceptarlo), es que los jóvenes sacerdotes son hijos de una cultura nueva, distinta de aquella en la que me tocó crecer y formarme. Comprender esto es fundamental, porque de lo contrario encararemos erróneamente el acompañamiento de la formación sacerdotal. Cuando no entendemos el problema así, solemos volver nostálgicamente al pasado y recurrimos a métodos de otra cultura para solucionar los problemas de nuestra cultura.

Cuando digo que son hijos de una nueva cultura, estoy diciendo que conviven en ellos, casi estructuralmente, una serie de valores y contravalores que generan, por lo menos, grandes contradicciones.

Luego de la aceptación de este hecho, la respuesta formativa debe ser eminentemente «discernidora». Hace poco, después de dar una charla, se acercó un seminarista y me dijo:

«Usted dice cosas muy buenas y serias, pero no esté tan seguro que nosotros entendemos lo mismo que Usted pretende transmitirnos»...

Insisto en esta cuestión: me parece que tanto en el ciclo introductorio como en los primeros años de seminario, debemos dar una respuesta formativa personalizante y facilitadora del discernimiento. Tenemos que ayudar a que aparezcan un poco más claros (dentro de la complejidad de la vida) los valores y los antivalores. Intentar clarificar las diversas confusiones que se van manifestando.

No se trata aquí de detenerse a analizar todos los pasos de la formación sacerdotal. Por lo demás, esta cuestión creo que no está aún del todo resuelta y sigue siendo motivo de oración y reflexión para la Iglesia. Quisiera, solamente, dejar planteada la cuestión: qué significa para un sacerdote el hecho de que debe inculturarse para poder evangelizar?

La respuesta teórica es sencilla: según lo que leímos en EN y en Puebla, se trata de tomar lo bueno y transformar lo que no va con los valores del Evangelio. En la práctica la cuestión es mucho más compleja, justamente porque lo complicado de la cultura actual es que no aparecen claramente distinguidos el bien y el mal. En el orden de las vivencias, si en esta inculturación no se preserva una «interioridad evangelizada», este mismo proceso puede llegar a derrumbar la vida sacerdotal.

Es por esto que se vuelve necesario que nuestros ministros ordenados tengan una clara identidad sacerdotal católica, que les permita SER plenamente sacerdotes.

Volvamos a los primeros cristianos: Podían esas comunidades convivir con el paganismo sin una clara identidad cristiana? La pregunta merece ser reflexionada.

Me parece que hoy el acento sacerdotal hay que ponerlo más que en las formas, en una vida intensamente evangélica. En este momento, más que en otros de la historia, nos damos cuenta que se puede ser sacerdote solamente desde convicciones fuertísimas que involucren absolutamente toda la vida. La fuente de una actitud tan clara y firme, sólo podemos tenerla en una intensa vida espiritual, una vida «según el Espíritu» que impregne todas las dimensiones del ser y del hacer de nuestra vida sacerdotal. Una interioridad constantemente evangelizada por el Espíritu.

### **Algunos Ejemplos**

Esta cultura juvenil tiene como rasgos positivos la mayor espontaneidad y capacidad para valorar lo vital. Es más vivencial y menos formalista. En el caso concreto del ministerio, difícilmente hoy entre un muchacho al seminario buscando «status social» o por hacer «carrera eclesiástica». Sin duda, esta cultura predispone a lo vital y no a lo formal.

Los elementos positivos de esta cultura, bien encauzados, facilitarán un ministerio más vivo, encarnado y humanizado. Por el contrario, esta cultura no predispone para lo estable y definitivo. Prepara mal para la que es, quizás, la más dura de las pruebas a la que está sometida una persona: la prueba del tiempo.

Esto nos lleva a pensar que la novedad en la formación está en la fortaleza con la que se afiance el hombre interior. La principal de las tareas, sobre todo en los primeros años de seminario, consistirá no en criticar la cultura juvenil desde parámetros de una cultura del pasado, sino en lograr, que desde lo más positivo de dicha cultura, se superen los elementos negativos.

Pongamos un ejemplo bien sacerdotal. La cultura actual es anticelibataria. El joven que entra al seminario tiene algunos conocimientos del significado del celibato, pero no capta

todas sus consecuencias. Puede suceder que la cultura llegue a convencerlo de la necesidad de un celibato optativo para los sacerdotes.

Me parece que si alguien llega a ordenarse contando con esa posibilidad, está predispuesto a relativizar su celibato. Accede al sacerdocio sin haber transformado al celibato en una opción profunda que signe vitalmente su ministerio.

Una formación adecuada consistiría en aplicar al celibato toda la capacidad vital y afectiva del joven, de modo que en vez de percibirlo como una ley a cumplir, lo entienda y lo viva como una necesaria expresión del amor radical de Dios hacia él y de él hacia Dios y hacia los hermanos.

El desafío formativo de hoy es más intenso y apasionante porque nada puede quedar librado al acompañamiento de las estructuras o de las culturas. Dadas las características del tiempo, parece ser que si no se llega a una personalidad profundamente evangelizada, no se alcanza la aptitud para el ministerio.

### **El Maestro Interior y el maestro exterior**

De todo lo dicho, queda clara la necesidad de empeñarse en la búsqueda de los medios adecuados para esa actitud de perseverante discernimiento. Entre dichos medios, debido a su importancia en el proceso espiritual, apunto la necesidad de dos maestros, el Interior y el exterior.

Cuando hablo del Maestro Interior me refiero al Espíritu Santo. Sólo quien, como el Señor, está conducido por el Espíritu, podrá llegar a ser un constante discernidor, dado que de esto se trata.

Responder a una cultura desde el Evangelio implica más que nada tener luz interior, dejarse conducir en todo por el Espíritu, vivir según él. Todos sabemos que esto no se improvisa, solamente quienes llegan a generar una intensa dimensión contemplativa en su vida, pueden vincularse cuasi connaturalmente con el Espíritu Santo.

El segundo maestro es el acompañante espiritual (es la terminología que suele usarse hoy, aunque también podemos hablar de director, guía o padre). En realidad es el maestro espiritual que vive comprometidamente una relación de acompañamiento y que con su escucha y desde su experiencia, ayuda en esta difícil tarea de discernir.

Podríamos hablar también de otros medios, los que trabajan en la formación los conocen bien. Me remito sólo a estos dos para priorizarlos.

### **Un tema que apasiona y cuestiona**

Mi intención es dejar estas reflexiones para que tomemos mayor conciencia de estar ante uno de los grandes temas de la vida sacerdotal.

Hasta dónde debe llegar nuestra inculturación, de modo que no solamente no perdamos nuestra identidad sacerdotal, sino que como el Señor podamos seguir recibiendo y viviendo desde el Espíritu para evangelizar nuestra cultura? Cómo compatibilizar una fuerte identidad sacerdotal con una actitud permanente de diálogo en esta sociedad pluralista?

Son los apasionantes desafíos de nuestro tiempo. Demos gracias a Dios por ellos, ya que son los que le dan a nuestro ministerio una vitalidad que quizás no tuvo en otros momentos de este siglo.

Que el Señor nos regale la audacia del Espíritu para vivirlos y responder a ellos desde el Evangelio, con valentía y generosidad.

## **DE PLÁSTICO: RUTINA, CANSANCIO, INSATISFACCIÓN<sup>1</sup>**

---

*Pbro. Víctor Fernández*

*La diócesis de Río Cuarto (Provincia de Córdoba) viene trabajando desde hace muchos años la formación permanente de su clero, con particular atención a las jóvenes generaciones. En este contexto de atención pastoral a los sacerdotes un miembro del presbiterio, el Pbro. Víctor Fernández, ha querido compartir con sus hermanos unas sencillas reflexiones sobre un tema que a todos interesa. Hemos creído provechoso transcribir estas reflexiones como aparecieron en el Boletín Diocesano de Río Cuarto, para no perder el estilo “fresco” y directo del autor, que revela un clima de cordialidad fraterna, supuesto indispensable de todo trabajo en favor de la pastoral sacerdotal.*

Si bien a los curas jóvenes nos molesta sobremanera la afirmación irónica «son de plástico», no podemos negar que somos hijos de nuestra época, que nos agobia fácilmente el encierro, que nos cuesta estar varias horas seguidas confesando, que necesitamos variedad, novedad, libertad, que nos cuesta renunciar a ciertos placeres y, después de un trabajo algo más intenso, necesitamos mucha distracción. Reconocemos también que los sacerdotes mayores de sesenta años manifiestan una particular resistencia al cansancio, a la rutina, a las contrariedades; son más estables y sacrificados.

Por otra parte, las mismas personas que dicen que «somos de plástico», reconocen que la gente está «muy loca» (depresiva, exigente, exaltada, agresiva, sensible), y que es más difícil dar respuesta a todos los requerimientos espirituales, psicológicos, afectivos y sociales que plantean al cura, mientras antes la demanda se reducía más a la confesión de los pecados.

Frente a las exigencias de la tarea pastoral no asumimos tan fácilmente nuestra identidad, no aceptamos vivir en «otro nivel», alimentados por el amor a las cosas de Dios y por el gozo de un servicio desinteresado. El servicio al pueblo se nos presenta más complicado y exigente de lo que imaginábamos, y nos hace descubrir que no somos los supervivos, los resuélvelo-todo, los pastores admirados que esperábamos ser antes de ordenarnos.

*La insatisfacción del ego, acentuada cuando nos critican o nos cuestionan, el deseo de salir de la rutina y de la permanente obligación de atender a otro, la ansiedad por lograr algo digno de elogio, la necesidad de vivir la vida antes que la juventud se nos acabe del todo, pueden llevarnos a buscar la intensidad en el consuelo íntimo de los brazos de una mujer (o peor, de un hombre), o a obsesionarnos por la seguridad económica, o a dedicarnos a algo que nos haga sentir «distintos», o a convertirnos en nómades sin raíces. Así, el viejo ideal de ser cura, el deseo de ser «el padre», el sueño de ser un buen párroco, se va desdibujando poco a poco, hasta que no sabemos bien qué somos, qué queríamos ser, qué nos gustaría hacer con nuestra vida.*

Pero a «los de plástico» no nos sirve saber que lo somos. Sólo nos prestan un servicio las motivaciones que nos ayuden a fortalecer el viejo ideal como algo deseable, y no como una

obligación; no como una ley impuesta por los sacerdotes mayorquinos<sup>2</sup> de otras generaciones, que agrega un peso más a nuestras ya doloridas conciencias.

Y creo que, entre todos, podríamos buscar y compartir las motivaciones que puedan ayudarnos. Más que competir entre nosotros y más que demostrarnos unos a otros que somos buenos, vivos, santos y sabios, lo ideal sería que compartiéramos sinceramente lo que nos cuesta, que nos agarremos unos a otros para no caer, y nos comuniquemos las pequeñas luces que vamos encontrando en el camino.

A mí, por ejemplo, hay algunas pequeñas cosas que me ayudan a no ser tan «de plástico». Te las comento por si te sirven:

1.- Tener un **horario fijo de atención**, dos o tres horas diarias, para que la gente sepa a qué hora puede encontrarme. Cuando llega esa hora, antes de ir al escritorio, hacer una pequeña oración pidiendo por los que voy a atender, para que Dios los ilumine y los fortalezca a través de mí.

2.- En cada persona, particularmente en los que me molestan (en mi caso, los depresivos que se dan manija), **tratar de imaginar al Cristo sufriente**.

3.- **Si me siento impotente**, porque no tengo una solución para ofrecerle, pongo las manos en su cabeza y hago en voz alta una oración pronunciando varias veces su nombre. Así la persona siempre se siente tenida en cuenta y se va agradecida.

4.- Cuando tengo la posibilidad de **descansar** o de hacer algo que me gusta, trato de disfrutarlo al máximo, sabiendo que mi felicidad también es un culto a Dios, que me ama.

5.- Intento fomentar el **sentido de lo sobrenatural**, para advertir que cada vez que celebro la Eucaristía eso significa más gracia para mi pueblo y significa elevar la vida de mi gente junto con la hostia.

6.- **Con creatividad trato de encontrar la variedad y la novedad en la misma vida de la Parroquia**, pero sin obsesionarme creyendo que todas esas actividades son indispensables, para no convertir el ministerio en un peso que no brinda satisfacción alguna.

7.- **Acostumbrarme a ofrecer a Dios las contrariedades, los fracasos, las molestias inoportunas**, ofreciéndolos por amor, o por alguna intención particular, por algo que me gustaría conseguir.

Estas son algunas motivaciones que me ayudan, pero te sugiero que aportes las tuyas a través de este Boletín, para que todos nos enriquezcamos con la vida de cada uno.

## NOTAS

<sup>1</sup> Del *Boletín Diocesano*, Diócesis de Río Cuarto, noviembre 1996.

<sup>2</sup> Antiguos formadores del Seminario de Río Cuarto.

## **“LA ENFERMEDAD ES UN GRAN DON DE DIOS”**

---

“No escondí tu justicia dentro de mí, proclamé tu fidelidad y tu salvación, y no oculté a la gran asamblea tu amor y tu fidelidad” (*Salmo 40,11*)

Desde la revista “Pastores” me piden la colaboración de mi testimonio de enfermo, categoría que integré hace ahora ya algo más de once años.

Al aceptar la propuesta entiendo mis palabras como proclamación del amor misericordioso que Dios me manifestó. No persigo otras intenciones. Hablar de la experiencia de un Dios tierno y providente es un modo sencillo y genuino de evangelizar.

Al hablar de sencillez soy consciente de la modestia de mi aporte. Testimonio mucho más impactante podrían dar tantísimos hermanos y hermanas sometidos a lacerantes sufrimientos, en diversos tipos de enfermedad. Pienso en los que son afectados por el cáncer, los que no logran atenuar sus dolores, los que carecen del afecto de familiares y amigos. A estos héroes anónimos, parrayos en un mundo tempestuoso, como instrumentos de Jesús Salvador, dedico mi testimonio.

“La salud es un don de Dios, la enfermedad es un don mayor”: este concepto se me grabó imborrablemente en el corazón, durante los meses de mi enfermedad. El virus, en 48 horas, me transformó de un hombre desbordante de energías en un parálítico inmóvil; sólo podía mover el cuello y la cabeza. Esta sensación de pobreza extrema me hizo valorar la primera bienaventuranza.

El encuentro con Dios fue la primera gran experiencia de la enfermedad. “No temas: todo será una demostración de mi misericordia”, escuchaba resonar en mi conciencia. En momentos en que presentía el desenlace final, ante la alternativa de rendir cuentas de mi vida, apelé a la misericordia de Dios apoyándome en la Sangre de Jesús. Entonces éste parecía repetirme: “felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia”.

En el Hospital Francés, al día siguiente de mi internación, Jorge, un enfermero judío, vino con un crucifijo y moviéndolo sobre la pared me preguntaba: “¿lo ves, lo ves bien?”, fijándolo luego definitivamente. “Hago siempre lo que ayuda al enfermo”, explicaba. Ese amigo estaba bien inspirado. Desde el mismo comienzo de mi parálisis me sentí trasladado al Calvario, muy cerca de la Cruz de Cristo. Medité largamente las siete palabras de Señor en la Cruz, quedando en profunda paz y aún alegría.

Siempre había admirado a los enfermos que sonreían en medio de grandes dolores. Ahora experimentaba en mí mismo ese desborde de gozo que Jesús demostró en su vida: “te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra ...” Si no con los labios, ciertamente con el corazón, repetía: “¡gracias, sencillamente gracias! Ciertamente lo que me pasa está muy bien, ¿quién se atrevería a negarlo?, es lo mejor para mí”.

Mi relación con la Iglesia también se hizo sentir fuertemente. En Costa Rica me vino a ver el Arzobispo de San José, asegurándome una acogida fraternal, para el período que hiciera falta. El Rector del Seminario, en su visita, me hizo saber que tenían ya reservado un cuarto para mí. Así, otros sacerdotes se me acercaron, en plena comunión con mi situación.

Sentí la fuerza de la oración de nuestra Diócesis apenas circuló la noticia de mi enfermedad. “Ahora comienzan a rezar por mí”, me decía a mí mismo, verificando la fuerza espiritual que me invadía.

Esta oración se prolongó en los meses y año siguientes, en algunos casos con detalles conmovedores. ¡Qué poco había dado a la comunidad diocesana, cuánto amor recibía en retribución! Cuando el 8 de diciembre, en las fiestas patronales, presidí, sentado y todavía muy limitado en mis movimientos, la Santa Misa ante un gran número de fieles, me dije: “¡Más que nunca quiero ser un buen Pastor de esta ejemplar Iglesia local!”

El Señor me invitaba a pastorear la comunidad diocesana, no a través de una acción desbordante, sino mediante la ofrenda silenciosa de mi vida. Tuve la convicción de que nunca mi ministerio episcopal había sido más eficaz y más fecundo. Lo mismo puedo decir de la celebración de la Santa Misa. En los tres meses de mi internación en el Hospital Francés no presidí la Acción Eucarística de pie, sino que la viví en mi inmovilidad horizontal, con la mirada puesta en el cielo, como diciendo con el corazón: “Aquí estoy, que se haga en mí tu voluntad”. Estas limitaciones físicas como las que se prolongaron en forma definitiva a consecuencia de la enfermedad, han sido comprendidas y aceptadas por la Diócesis en una forma que me edificó. “Nunca el después pudo compararse con el antes”: ésta línea durísima que trazó la enfermedad la he aceptado plenamente, para gloria de Dios y edificación de su santo pueblo.

Es el momento de expresar en este testimonio mi agradecimiento. Ante todo a Dios, Padre providente, tierno y generoso. Agradezco a la Virgen y Madre María, cuyo amparo he sentido en todo momento. Ya expresé mi agradecimiento a la comunidad diocesana, por su oración, su afecto, su acompañamiento. Una gratitud muy grande se la debo a los médicos, a las enfermeras, a los auxiliares del Hospital. Igualmente es constante mi reconocimiento a quienes me asistieron con mis ejercicios de recuperación: las cinco horas diarias de gimnasia, por prolongados meses, se me hicieron más fáciles con esa presencia y ayuda. Pude apreciar la importancia del entorno de los enfermos, para superar crisis de salud.

Esto me lleva, al término de mi testimonio, a repetir mi compromiso por el mundo de la salud. ¡No todos los enfermos, ni mucho menos, cuentan con la asistencia profesional humanizante y con el acompañamiento eclesial solidario que gocé yo en esos años. Más que nunca reitero mi ministerio profético en favor del Evangelio de la vida. Más que nunca ratifico mi misión animadora en el campo de la pastoral de la salud. “Estuve enfermo, y ustedes me visitaron”: son palabras decisivas, que señalan la dignidad del que siente afectada su salud. Son palabras definatorias de una conducta que nos identifica como discípulos y seguidores de Jesús.

## **BREVE SEMBLANZA DEL “PADRE” MANUEL MOLEDO**

---

*Continuando con la presentación de semblanzas sacerdotales en este número de “Pastores” hemos querido acercar la figura sacerdotal de Monseñor Manuel Moledo, sacerdote del clero de Buenos Aires muerto en 1988, insigne predicador y promotor del apostolado de los laicos. Su figura es evocada con varias notas suyas sobre el sacerdocio, el testimonio del Arq. Carlos Alberto Sabatté y una Homilía del Cardenal Antonio Quarracino. No pretendemos hacer una reseña biográfica; más bien cada uno de estos textos nos ofrece algún rasgo de este pastor generoso y fiel, que nos ayuda y estimula a buscar nuestro propio camino de fidelidad.*

## **SACERDOTE, POR LA ETERNIDAD<sup>1</sup>**

---

*Pbro. Manuel Moledo*

Me parece que la literatura actual comprende mejor al sacerdote que la que le precedió. ¡Qué progreso entre el Jocelyn de Lamartine, el abbé Bonnet de Balzac o el Monseñor Myriel de “Los Miserables”, y el sacerdote que nos dejó Bernanos en “Diario de un cura de Campaña”!

Pero, a pesar de ello, me parece que la literatura moderna no ha sabido penetrar en el misterio interior del sacerdote. Es verdad que no presenta ya ese personaje convencional, un poco cómico que huye del diálogo con el mundo, que parece temer realizar precisamente lo que constituye su oficio: penetrar en el sentido de su tiempo, conocer el verdadero drama de los espíritus. No, el sacerdote no es manera alguna ese hombre retirado, tímido.

Por el contrario, es un hombre lleno de misterio, pero también de amor. Es un ser, cómo decirlo?, extraño y misterioso, que tiene de los hombres una experiencia personal tejida de sufrimiento y misticismo, y destinado a no obtener éxitos prácticos y visibles, a causa de la sordera del mundo que lo rodea.

La literatura nunca ha contemplado al sacerdote a esta luz. Valery dijo que el sacerdote es un ser incomprensible, a veces irritante. Para algunos, es el heredero de un medioevo superado, aliado al egoísmo conservador, bonzo de una liturgia sin sentido. El sacerdote es, a los ojos del existencialista moderno y del marxista, un ser ambiguo.

Pero sería un error creer que el sacerdote no percibe esta turbación del mundo respecto de él. Sí, la advierte y la siente en lo más profundo de su ser; por eso se mira en la pupila de sus contemporáneos. Y se dice y les dice, como un día lo hiciera Jesús: “Y tú, quién dices que soy yo?”

El sacerdote puede resultar hoy para algunos o para otros, el símbolo de lo mejor o de lo peor: de lo sublime o de la mala fe. Pero el clero actual conoce esta ola de interés por los secretos de su alma. El sabe que algunos querrían eliminarlo de los nuevos aspectos del mundo. Pero, qué se ha producido? El sacerdote se ha recogido en sí mismo. Es necesario, se ha dicho interiormente, retomar conciencia de sí, verificar sus poderes y sus deberes, ajustar su misión propia a las condiciones de un mundo que cambió y cambia profundamente.

Este movimiento fue, quizás, en un primer momento, un movimiento de defensa, de repliegue. Esto ocurría antes del Concilio.

Algunos creyeron que lo que importaba, antes que nada, no era tanto defender la gracia misteriosa del sacerdocio, que al ser ignorada por el mundo no estaba cuestionada, sino defender el envoltorio de esta gracia, las formas exteriores, sociales, canónicas, que definían la vida del sacerdote, su hábito, su lengua, su estilo. Ciertos creyeron que todo se centraba allí. O, al menos, que era el aspecto más amenazado. En efecto, cada vez que el espíritu se expresa en la letra, son muchos los que se imaginan que para salvar el espíritu basta mantener la letra.

Otros sacerdotes se consagraron a revivificar desde adentro la expresión del culto. El movimiento litúrgico devuelve significación y poesía a la plegaria; el rito reaparece en un ábito de austeridad y belleza. La celebración de los misterios reilumina el sentido de la inefable unión de lo divino y lo humano en la acción sacramental. Una corriente de gozo misterioso, de divina presencia, de humana caridad, invade las comunidades de plegaria, reconstruidas en torno al altar.

Pero de estas asambleas están lejos las masas. El pueblo parece, en una gran proporción, ausente, pertinazmente ausente. Volverá? Yo creo que es el sacerdote el que tendrá que desplazarse hacia él. Un signo de los tiempos: el retorno del Evangelio a la misión primera. No esperar que vengan a Jerusalén. Sino que Jerusalén se desplace, esto es Pentecostés. El sacerdote tiene que hacerse misionero, si quiere que el cristianismo cumpla con su misión de fermento.

Recuerdo lo que dice el héroe de Stendhal, Julien Sorel, al fin de la novela "le Rouge et le Noir": "Ah, si yo encontrara un sacerdote, un verdadero sacerdote!" Un sacerdote verdadero, bueno, humano y santo, es el que salvará al mundo, suscitando un irreprimible avance del amor cristiano. La consagración de los hermanos a los hermanos es el resorte que puede restaurar la paz y el bien en el mundo.

Yo espero que un día se encontrará el mundo con la reconfortante sorpresa de descubrir, en el sacerdocio católico, un mundo único en su género, el mundo de lo sublime y de lo heroico: un mundo siempre en devenir, como lo es la perfección en esta vida terrestre; un mundo sobrehumano y muy humano, un mundo ideal al extremo y al extremo concreto.

Para que esto se alcance, el arte del sacerdote tiene que ser, como dice San Gregorio, un arte supremo. Necesita de todas las facultades desde las más humanas. Que en él se encuentre todo lo que hay en el hombre, menos, en lo posible, el pecado. Lo que se busca en él es un eco, un reconfortante, no siempre necesariamente el perdón y el consejo, muchas veces, simplemente, ser escuchado, ser comprendido.

### ***Clericalismo***

El sacerdote que prescinde de la oración -por las causas más nobles- pierde indefectiblemente el sentido de su identidad sacerdotal, y deja de ser el ministro de Dios para ser el ministro de sus propios sentires, de sus propios apasionamientos, y pasa del ejercicio de una actividad sacerdotal, a una actividad clerical. El clericalismo es el mayor enemigo de la Iglesia porque implica la intervención desmedida y no sacerdotal en los asuntos temporales. Este embanderamiento en tendencias políticas o tendencias sociales, lo desplaza de la propia función, a una función que no es la suya. Por consiguiente no está ya asistido por la gracia de Dios, y la iluminación de Dios. El clericalismo siempre divide a los hombres entre sí, inclusive divide a los hombres de la Iglesia entre sí, los contrapone; y entonces surgen las actitudes clericales, las exclusiones. Pero el sacerdote nunca puede amar a alguien contra alguien. No se puede amar a Cristo contra los hombres o contra un

sector de los hombres y a unos hombres contra otros porque eso es contraponerlos; es quebrar la fraternidad.

### ***Sacerdote***

¡Sacerdote! Sea cual fuere el título que se le pueda adjuntar, nada añada, que no sea accesorio.

El sacerdocio tan pronto nos eleva a alturas incomparables, como nos lleva, bajo el peso de la dignidad y deberes que importa, a la clara y humilde percepción de nuestra indignidad.

Pero ser solamente sacerdote no significa que nuestra vida haya de reducirse a celebrar devotamente la Misa, sentarnos unas horas en el confesionario, adoctrinar desde la cátedra o desde el altar, recitar con amor la liturgia de las horas, administrar con diligencia los sacramentos... y luego retirarnos a nuestro tranquilo rincón, entendiendo por espíritu sacerdotal un sereno aislamiento, una cómoda lejanía, despreocupado e inerte desinterés por los demás hombres y su mundo.

No puede ser así. Es propio de nuestra vocación un auténtico horror a todo lo que pueda ser mediocridad; debe ser propio, por lo tanto de nuestra vocación, una radical aversión a cuanto pueda minimizar la plenitud de nuestra misión, y su perenne y actualizada presencia en medio de los hombres.

### ***Alter Christus***

Veamos al sacerdote como lo que es, un auténtico “alter Christus”, un hombre divinamente elegido para ser el continuador de toda la misión redentora del Señor. Están para afirmar el Evangelio y los enunciados entusiastas y ardientes de San Pablo.

Un sacerdote, por consiguiente, que no sea luz que ilumina, sal que sazona, fuego que incendia, apóstol que se entrega, hostia que se ofrece, es ininteligible. “Hecho todo para todos”, no sólo debe dedicarse a toda clase de hombres, sino que tiene que estar dispuesto a responder a todas las necesidades de su tiempo.

Creo que nada debería entristecernos tanto como un sacerdote satisfecho y sereno por lo que puede dar a los hombres “ex opere operato” con la pura administración de los sacramentos, sin experimentar la fiebre de los que podría brindarles también “ex opere operantis” con su trabajo, empeño, oración, sacrificios y méritos personales.

De aquí el anhelo generoso e intenso por llegar a ser un perfecto “hombre de Dios”, un sacerdote en todo sobrenatural y ejemplar. No sólo debemos amar la oración, sino tener nuestras miras puestas en llegar a hacernos oración, convertir nuestra vida en una oración.

Nuestro comportamiento, si bien desenvuelto y siempre alegre, será, para emplear palabras del Concilio de Trento, “una especie de predicación continua”.

Enaltece nuestro sacerdocio el desapego de todo lo que sea interés, comodidad, aseglaramiento, dinero, carrera, fama...

Para ser lo más dignos de Cristo que sea posible, al entregar nuestra vida a los hombres como El lo hizo, amemos todo lo que pueda enriquecerla, para ser sacerdotes que sirvan, que honren a la Iglesia y a la humanidad que se les confía.

Dignos de Cristo y de los hombres, no caigamos en la tan necia como dañosa ilusión de creer que la vulgaridad y el desenfado en el decir y en el proceder nos acerca más profunda e íntimamente a los hombre. Nada de esto confiere eficacia a una auténtica acción sacerdotal.

Se ha dicho que el momento privilegiado para percibir la calidad espiritual del sacerdote es el de la celebración de la Santa Misa, la acción más sublime de nuestra religión, la más augusta del mundo, el Sacrificio de Cristo. Si el sacerdote se acerca al altar y en él habla y actúa profundamente convencido de ser allí, más que en ninguna otra parte, el que ocupa el lugar de Cristo, el pueblo que lo rodea cae de rodillas y gozoso ante el misterio eucarístico, renueva la fe en la eficacia del sacrificio que nos redimió; y todo esto porque el sacerdote no aparece como un actor, sino como un hombre que siente y hace sentir la real presencia de Aquel a quien representa y en cuyo lugar habla y actúa.

Puedo afirmar, para dicha mía, que es lo que experimento, y muy gozosamente, cuando os veo celebrar a todos vosotros sacerdotes, mis hermanos y amigos.

Quizás el secreto más profundo de esta hermosa y profunda realidad se da cuando el sacerdote celebrante alimenta el ofrecimiento de sí mismo con el ofrecimiento de Cristo, unificando el uno con el otro, hasta fundir la pequeña hostia en la grande Hostia.

!Que nuestra jornada sea una Misa confirmada, un perenne ofrecimiento de la Eucaristía y de nosotros en la Eucaristía! Creo que en esta viva unificación se produce lo mejor de nuestra purificación en el altar. No es fácil decir cómo ocurre esto; es como un despojarse de cada uno de nosotros que queda cada día en el altar.

Este pensamiento me penetra, me posee, me renueva -lo reconozco hoy con sincera modestia- !Que cada día algo de nosotros se consuma en el altar, que por esa jornada una fibra de nuestra vida quede junto al Santísimo, afirmando el ofrecimiento vivaz y fiel de nuestra vida!

Junto a la sobrehumana potestad de sacrificar, conferida al sacerdote, está la de perdonar los pecados. Estoy seguro de que todos nosotros recibimos un día esta investidura con un formidable temblor del alma: ¡Cómo no atender a nuestra propia purificación, para dedicarnos debidamente a la purificación de otros! Sería una irresponsabilidad incomprensible -no me atrevo a decir falta de fe en el sacramento de la reconciliación- no sentirlo así. Conservemos siempre un vivísimo sentido de este divino poder, aceptemos las obligaciones que acarrea, considerémoslo como el termómetro que mide nuestro amor al hombre. Cristo lo ejerció con misericordia y ternura sin igual. "In persona Christi" debemos ejercitarlo nosotros. Ello significa revestirse de los sentimientos de Cristo Redentor y Padre y Médico de las conciencias de los hombres. !Que todos los que se acerquen a nosotros en confesión sientan que late en nosotros algo del corazón de Cristo!

Junto a la potestad de hacer la Eucaristía y perdonar los pecados, nos encomendó Jesús el Ministerio de iluminar. En el altar elevamos con nuestras manos consagradas, la luz que bajó del cielo para iluminar la tierra: cuando se alejan del altar nuestras manos resplandecen. Es algo como una saturación de luz que debemos llevar a los otros, porque el sacerdote es el gran deudor... El sacerdote debe predicar siempre, en toda ocasión, predicar, predicar, transmitir a los hombres una palabra más grande que él y no desear más que penetrar, llegar a los corazones, iluminarles el camino.

Sería traición, infamia e imperdonable culpa descuidar o rebajar o subordinar a otros fines la palabra sacerdotal. Estimemos, alimentemos una inmensa veneración por esta palabra que no es nuestra; es una gracia infinita que Dios nos concede al encomendarnos que la pronunciamos; amarla, respetarla, emplear nuestra vida en comunicarla dignamente, es síntesis y objetivo de nuestra vocación: decirla con íntima gratitud, con humildad profunda y con ardiente amor a los hombres.

Más se sumerge el sacerdote en las riquezas que Dios le ha confiado al ungirle las manos, más siente estremecerse y palpitar en lo profundo de su espíritu el misterioso poder del sacerdocio, más acuciante se hace el deseo de darlo todo por sus hermanos.

### ***Oración***

Dios mío, quiero ser sacerdote en todo, por todo, en toda jornada de mi vida, en todo momento de mi jornada, en toda actitud de mi ser. Quiero que todo sea sacerdocio en mi conducta, es decir: destrucción de mí, glorificación de Ti; donación de misericordia y de paz para los hombres. Intensifica, Señor mío, centuplica el fuego que me abrasa, que no me deje en paz, ayúdame a que mi grano deshecho fructifique al pie de la Cruz de tu Hijo, que tu luz resplandezca en el arder de esta “zarza” que soy yo, que el amor a María, Madre del Sacerdocio, sea en mi vida la fuente de Vida donde los hombres sacien su sed de Misericordia y, en todos, tu Gloria. Amén.

### **NOTAS**

<sup>1</sup> Con este título José Luis de Imaz compiló varios escritos de Mons. Moledo sobre el sacerdocio y fueron publicados en el libro “Escuchando a Moledo”, ACDE, Buenos Aires 1987, pp 101-106.

## TESTIMONIO DE UN LAICO<sup>2</sup>

---

*Carlos Alberto Sabatté*

*“La Palabra de Jesús «el que quiere ser el primero debe hacerse el último de todos y el servidor de todos», ha de evangelizar a los ministros, para que confíen más en los laicos, los ayuden a capacitarse y estimulen en su misión”* (LPNE 43). Creo que este párrafo de ese importante documento de nuestros obispos muestra la faceta del P. Moledo que más influyó en mi formación cristiana y que rescato hoy de su múltiple personalidad.

Obviamente al P. Moledo no puede ni debe reducirse a esa sola faceta; pero también es cierto que su pluralidad impediría una enumeración completa y justa, que no dejara algún aspecto sin atender. Por ello, y sin pretender ser exhaustivo, trataré de dar mi visión, cuyo único valor es ser testimonial. Además debemos recordar que su imagen nunca podrá ser separada de la acción pastoral de la Iglesia que tanto amó y, especialmente en su vinculación con la acción evangelizadora del laicado a realizar organizadamente.

Tomemos un solo ejemplo que, por otra parte, es el que yo mejor conozco. Desde joven trabajó mucho y bien en la Acción Católica Argentina, a quien se dedicó en tiempos de bonanza y seguridad y también en momentos conflictivos y tumultuosos, tanto por los arranques juveniles como por la tozudez y desesperanza de los adultos. En ambas situaciones la actitud característica del P. Moledo era su inmensa paciencia para soportar y canalizar los desbordes de esa juventud que el amaba fervorosamente o en los momentos de angustia y desaliento de los adultos imponer su capacidad pacificadora, con su tono coloquial, que también aplicaba sabiamente ante la acción vital y comprometida de la ACA, llevándonos a saber sobre la humildad y el compartir.

Un recuerdo puntual, que muchos tendrán presente, nos ayudará: la Asamblea Federal de San Miguel de Tucumán, en 1973. En esos tiempos la Iglesia estudiaba, no en forma oficial o explícita, la posibilidad de cerrar sus 40 años de actividad ante una presunta pérdida de vitalidad y vigencia. Esa Asamblea mostró una realidad diferente e insospechada aún por sus más fervientes defensores. Allí, en medio del bullicio y la alegría que llenaba el gimnasio tucumano, el P. Moledo nos dio su interpretación del hecho, más o menos con estas palabras: “..de la ACA sólo se veían cenizas, metí la mano en ellas y me quemé, abajo había brasas rojas, ardientes de amor por la Iglesia...” Fácil de imaginar la explosión de los asistentes ante esa expresión de esperanza y fe en el futuro. El P. Moledo no se equivocó.

Reflexiones similares se podrían aplicar a otras instituciones y movimientos que con su creación o inspiración dieron, y siguen dando su aporte a nuestra Iglesia. Recordemos tan sólo a la Liga de madres de Familia, el Movimiento Familiar Cristiano y la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa.

Esta modesta semblanza me ha hecho recordar viejos tiempos que tuve la gracia de compartir con el P. Moledo. Para terminarla quisiera recordarlo como un amigo fiel, como un padre por la confiabilidad de sus consejos, como maestro de la Acción Católica y, finalmente, como pastor de nuestras conciencias de laicos. Esto me lleva a agradecer a Dios, Nuestro Señor, que lo haya puesto en mi camino.

### NOTAS

<sup>2</sup> El autor, que ocupó la Presidencia de la Junta Central de la Acción Católica Argentina en varios períodos y actualmente integra el Departamento de Laicos de la Conferencia Episcopal Argentina.

## HOMILIA DEL CARDENAL ANTONIO QUARRACINO<sup>3</sup>

---

Hace un mes aconteció el “paso” a la Casa del Padre, la Pascua definitiva, de uno de los sacerdotes más prestigiosos y meritorios, escuchados y queridos del clero argentino de los últimos cincuenta años. Hoy lo estamos recordando en esta celebración eucarística que ofrecemos por el descanso eterno de su alma.

Estoy seguro de que todos los aquí presentes lo trataron y admiraron, conocieron por lo menos las grandes líneas de su trayectoria sacerdotal, lo estimaron profundamente y, de una u otra manera, recibieron de él más de un favor o beneficio espiritual.

Por eso me pregunto si ante ustedes es menester recordar, por ejemplo, qué significó el Padre Moledo (así como siempre se lo llamó) para la Acción Católica Argentina. Hay alguien que desconozca cómo llegaba especialmente al corazón de la juventud de los años cuarenta y cincuenta aquel sacerdote diminuto, casi tímido, de expresión calma y palabra justa, que transmitía tanto entusiasmo y fervor, que hacía sentir la alegría de creer en Cristo, el gozo de ser miembro de la Iglesia y el santo orgullo de ser católico? Acaso no parecía, tanto entonces como después de su inolvidable asesoría de jóvenes, que algo faltaba, sobre todo en las asambleas de las ramas, si el Padre Moledo no hablaba?

Me pregunto si es necesario traer a la memoria que a su impulso nació la Liga de Madres de Familia de la que fue permanente inspirador.

No está de más recordar que fue él quien insufló a ACDE Argentina el primer aliento, que la acompañó y guió con perseverancia, paciencia y cariño, hasta su último aliento.

Ignorará alguno de ustedes que no hay rincón del país donde no se haya escuchado alguna vez su palabra fervorosa, cálida y oportuna?

Sin pretenderlo y sin caer en la cuenta, el Padre Moledo despojó a nuestros púlpitos de aquella solemne y grave retórica en la que parecía casi obligación encarnar el mensaje del Señor. Pero a no engañarse: nunca las palabras del Padre Moledo fueron banales en su contenido ni dejaron de poseer una tersura y elegancia envidiable.

No se comentó con frecuencia que cuando hablaba el Padre Moledo cada oyente tenía la sensación de que sus palabras iban dirigidas a él, personalmente?

No es exagerado afirmar que durante largos años se lo consideró “el predicador” del país. Ejercicios espirituales, conferencias, sermones, televisión, clases magistrales: la siembra de su palabra cayó en los más distintos ámbitos de la geografía de nuestra patria y en el seno de los más diversos auditorios. Su palabra fue una mansa lluvia de recta y sana doctrina, de generosa espiritualidad, expuesta con claridad diáfana y religioso fervor.

Usé el calificativo “predicador” porque a mi juicio constituye una categoría religiosa, en contraposición a la de “orador” que más bien me parece que señala una categoría profana. Pues bien, en mi personal experiencia, a muy pocos he conocido que como él poseyeran con tanta densidad y relieve el carisma de la predicación.

Y, quién no recuerda otra faceta notabilísima de la personalidad del Padre Moledo? Me refiero a su cordial y generosa amistad. Cuando la celebración de su octogésimo aniversario, escribí en una sucinta semblanza que “nadie se había acercado a él sin recibir la impresión de que lo estaba esperando desde hacía mucho tiempo y que se encontraba disponible para él solo”; que “nadie se despedía de él sin estar convencido de que se habían establecido definitivos y firmes lazos de amistad”, y que “era en el diálogo personal, en el trato *cor ad cor*, donde y cuando se reveló siempre el Moledo amigo, en permanente y paciente actitud de escucha, en donación generosa de tiempo y consejo, de apoyo y afecto”.

Pero todo en el Padre Moledo estaba enmarcado y animado en la profundidad, riqueza y gozo de su sacerdocio vivido con verdadero espíritu eclesial. Por eso, la realidad y los problemas de la Iglesia, la existencia sacerdotal y la concreta vida de los sacerdotes, los diversos aspectos de la realidad pastoral y apostólica, eran temas recurrentes en su reflexión y conversación. Quizás sea mejor decir que constituían los temas de su permanente reflexión, que luego dialogaba o exponía con seguridad y lucidez; comprensión y sensibilidad; con esa sensibilidad, digámoslo también, que le hacía asumir con tanta intensidad los problemas y los dramas, las dificultades y los dolores de los demás, que a veces podían obstaculizar su objetivación y llegar a repercutir dolorosamente en él afectando no sólo las fibras de su espíritu sino hasta su misma salud física, cuyo cuidado - sea dicho de paso- nunca pareció preocuparlo mucho. Lograba superar semejantes momentos por su fe honda y firme, por su caridad fraternal y ese exquisito sentido del humor cuyas expresiones en él constituían manifestaciones de ocurrente gracia e inteligente finura de espíritu. *Dilexit Ecclesiam*, amó a la Iglesia, profunda y generosamente.

Un delicado pudor interior y la amplitud de su corazón sacerdotal respondieron con perdón magnánimo y recatado silencio a las personas y a los hechos que de una u otra manera acibararon determinados momentos de su vida. Es sabido que la estatura de los espíritus grandes muchas veces molesta, incomoda e irrita a los pequeños y mezquinos... También supo de ello el Padre Moledo, pero ni su espíritu se amargó, ni su corazón se empequeñeció, ni su talante se agrió, ni su generosidad espiritual disminuyó.

Sin duda el Señor ha recibido en el descanso eterno a este sacerdote, siervo bueno y fiel, que lo sirvió amorosamente durante casi sesenta años. Está ya en la gloria prometida, en la posesión plena e inefable del Misterio de Dios.

A nosotros nos corresponde no olvidar su ejemplo y sus enseñanzas; y, porque la memoria humana es frágil y por ello olvidadiza, pienso que de alguna manera será bueno darle forma concreta a su recuerdo. Podría ser la edición de muchas de sus palabras (y tengo presente que en parte esto ha sido hecho), o que alguna organización, institución o fundación lleva su nombre. Será expresión de recuerdo, gratitud y afecto al Padre Moledo, amigo, maestro y sacerdote.

Que él ahora nos tenga presente a todos ante la faz de nuestro Dios; a nosotros, amigos y espirituales deudores suyos, a esta patria cuyo bien espiritual promovió y cuyos males le dolieron hondamente, a la Iglesia Argentina de la que fue servidor infatigable y ministro preclaro y ejemplar.

Gracias, Señor, por habernos dado a un sacerdote de los quilates del Padre Moledo. Que su alma descanse en la paz y gozo de tu Gloria y su recuerdo permanezca muy vivo en nuestro espíritu. Amén.

## NOTAS

<sup>3</sup> Homilía pronunciada en la Catedral de Buenos Aires, el 25 de julio de 1988.

## RECENSIONES

---

### ORDEN Y MINISTERIOS

Ramón Arnau García

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1995

*“En estos últimos años y desde varias partes se ha insistido en la necesidad de volver sobre el sacerdocio, afrontándolo desde un punto de vista relativamente nuevo y más adecuado a las presentes circunstancias eclesiales y culturales. La atención ha sido puesta no tanto en el problema de la identidad del sacerdote cuanto en problemas relacionados con el itinerario formativo para el sacerdocio y con el estilo de vida de los sacerdotes ...”* (PDV 3)

A pesar de esta constatación introductoria de la Exhortación *Pastores dabo vobis*, el Papa ha querido volver la mirada de toda la Iglesia sobre este punto ya que *“el conocimiento recto y profundo de la naturaleza y misión del sacerdocio ministerial es el camino a seguir ... para salir de la crisis sobre la identidad sacerdotal...”* (PDV 11). De hecho, a este tema ha dedicado el Capítulo II de la Exhortación.

Por otra parte es evidente que las dificultades y crisis que atraviesan muchos sacerdotes en su vida ministerial están ligadas -en muchos casos- a una insuficiente captación de la propia identidad. Los cambios culturales -y eclesiales- de las últimas décadas también han contribuido a esta desorientación. Por ello no estaría demás el detenerse a revisar algunas categorías aprendidas en el Seminario o posteriormente, a menudo dadas por supuesto, pero no siempre verificadas en el ministerio vivido cotidianamente.

Esta necesidad de “volver a las fuentes”, de refrescar o de conocer algunos conceptos básicos de la teología del orden sagrado, es lo que hace particularmente recomendable la obra que presentamos.

Se trata de un manual breve (300 páginas), de la serie “Sapientia Fidei”, que la Biblioteca de Autores Cristianos viene publicando en los últimos años, y que ha sido dirigida hasta su reciente desaparición por Juan Luis Ruiz de la Peña.

Con los límites de todo manual, el autor ha logrado hacer una presentación exhaustiva e interesante de los principales temas y debates en torno a la teología del orden sagrado y los ministerios. Por lo pronto ha elaborado su obra a partir del planteo del Concilio Vaticano II, que visualiza al episcopado como plenitud del sacramento y al presbiterado como colaboración necesaria pero relativa. Mérito que merece ser destacado puesto que no es frecuente en los pocos manuales que existen escritos o traducidos a la lengua castellana sobre el sacramento del orden. En esta perspectiva cristo-lógica y eclesiológica también se ubican el diaconado y los ministerios conferidos a los laicos. Se alude a distintos temas que son, o han sido, objeto de debate entre los teólogos y se incorpora el más reciente magisterio eclesial sobre el ministerio sacerdotal (*Pastores dabo vobis*, Directorio, Catecismo de la Iglesia Católica). A todo estos logros hay que añadir la abundante bibliografía propuesta para profundizar según los intereses del lector.

*(Mons. Carlos Franzini - San Isidro)*

## SER SACERDOTE

---

Gisbert Greshake

Sígueme, Salamanca, 1996 (3ª edición)

Es bueno que los sacerdotes (y, porqué no?, también los demás cristianos) nos detengamos a reflexionar una y otra vez sobre quiénes somos. No por afán narcisista; más bien, como el busca con actitud humilde y sincera ahondar más y más en el misterio de la propia existencia, iluminada por la fe y la experiencia de la vida cotidiana. Tanto más necesaria esta búsqueda cuando por aquí y por allá se oyen voces que quieren derribar certezas adquiridas o -lo que es más triste- se buscan justificar flojeras y quebrantos con argumentos falaces pero incisivos, cuestionadores, y -pretendidamente- fundados.

En este sentido el libro de Greshake ofrece interesantes aportes que, recogidos y apreciados en su propio contexto, pueden ser aprovechados también por nosotros. Como el mismo autor lo señala en el prólogo, el libro es producto de conferencias dadas a seminaristas y formadores de seminarios de Alemania y se hace eco del debate teológico suscitado en los últimos años en torno al ministerio sacerdotal. No obstante, el autor ha querido concentrar su discurso en algunos puntos que -a su juicio- describen el perfil del sacerdote a la luz la Biblia y de la tradición eclesial y sirven de orientación para la existencia sacerdotal.

Con este objetivo la obra se estructura en tres partes claramente diferenciadas. La primera, "Perspectivas de una teología del ministerio sacerdotal", constituye -a nuestro juicio- el aporte más valioso de la obra. Después de una caracterización de los rasgos más notables de la actual crisis, presenta su "idea trinitaria del ministerio", un intento de superación de la falsa disyuntiva en la que se viene debatiendo la teología en las últimas décadas: el ministerio entendido como *repraesentatio Christi* o como *repraesentatio Ecclesiae*. En otras palabras, el ministerio es "don" recibido del Señor, que llama y capacita?, o es "delegación" de la comunidad para el cumplimiento de tareas y funciones que le son necesarias para su desarrollo orgánico?

En la segunda parte el autor, que ya había señalado en el prólogo que *la condición sacerdotal es mucho más que un problema teórico*, describe los rasgos fundamentales de una espiritualidad sacerdotal. Posiblemente se note aquí, más que en las otras secciones del libro, la "distancia" entre este autor y su contexto eclesial y el nuestro. No obstante, hay interesantes elementos de validez universal para avanzar en la elaboración de una espiritualidad específica del clero secular.

Por fin la tercera parte que es una sección añadida después de varias ediciones de la obra, en las que el autor responde algunas de las críticas que se le han hecho y "actualiza" sumariamente algunos de los motivos de crisis y temas de debate en torno al ministerio eclesial.

*(Mons. Carlos Franzini - San Isidro)*

## **LORENZO MILANI**

Tiscar Espigares - Editorial Central Catequística Salesiana - Madrid, España, 1995, 104 páginas.

Dijo Juan Pablo I –refiriéndose a Lorenzo Milani y a Primo Mazzolari–: «Tengo una deuda con los dos. Los he conocido personalmente. Dos curas, dos pro-fetas, dos pastores dejados solos. Merecen recuperar el puesto que les corresponde en la Iglesia y en el corazón de todos aquellos que los han amado».

En pocas páginas la vida de este profeta aparece narrada con claridad y con un estilo atrayente. El lector encuentra lo esencial del corazón y de la lucha de Lorenzo Milani.

- su entrega total al Evangelio de Jesús.
- su amor entrañable por los más pobres.
- la búsqueda permanente de caminos nuevos.
- la pertenencia cordial a la Iglesia.
- su espíritu agudo y crítico –sin contemplaciones– con todo aquello que no expresa el proyecto de Jesús.

Desterrado a Barbiana –una pequeña aldea de montaña– justo el día después de su llegada compra una tumba en el pequeño cementerio. Diría entonces: «La tumba hace que me sienta unido totalmente a mi nueva gente en la vida y en la muerte».

Murió el 26 de junio de 1967 a los 44 años después de un largo tiempo de dolor y purificación.

Tal vez, estas líneas que él mismo escribió lo pinten de cuerpo entero:

«Mi querido Franco está nuevamente sin trabajo. Me ha pedido que lo acompañe a ver a algunos empresarios para buscar trabajo (las recomendaciones, ¿son justas o injustas? Y yo qué sé. ¿Acaso tendría que decirle que no a mi amigo desocupado?).

El industrial ha estado amable conmigo. Le ha dicho a la secretaria que haga la ficha de Franco. Cuando ya me marchaba le dije: «le mandaré una carta del taller donde Franco ha trabajado antes para que le informe lo que sabe hacer». El industrial me tendió la mano y con una sonrisa cómplice me dijo: «No importa, reverendo, si me lo recomienda Ud. estoy seguro que no será un comunista».

¿Por qué no le he retirado la mano? ¿Cómo no me he dado cuenta que aquella mano y aquella mirada eran un insulto a mi sacerdocio y a Ti, Señor?

Señor industrial: cuando me ha venido la respuesta ya estaba en el ascensor y no he tenido el coraje de subir a discutir. Tengo miedo por el trabajo de mi amigo. Pero me parece que he engañado. Hace falta que responda.

Sí, mi amigo Franco es comunista, ¿y qué? ¿Es que un comunista no tiene necesidad de comer? Puedo rezar por ti para que Dios te perdone por ser rico. Pero no puedo rezar por tu mundo por el que mi Señor no ha querido rezar.

Y tú Franco, ¿lo sabes de verdad?, ¿que yo no estoy de parte? Los comunistas te han engañado. Los industriales te han pisoteado. Los curas no hemos sabido qué hacer. Franco: me avergüenzo del pan que como. El mundo es injusto, lo sé. Cuando tú seas más grande y yo más bueno lo cambiaremos juntos».

En síntesis: un libro pequeño con mucho contenido, como oxígeno renovador para una Iglesia siempre necesitada de testigos.

La «deuda» de Juan Pablo I con su amigo Lorenzo Milani comienza a ser pagada.

*(Pbro. Fernando Montes - Neuquén)*